

LA ESTATUA
LUIS CAMPODÓNICO

LA ESTATUA
LUIS CAMPODÓNICO

LA ESTATUA

URU
863.6
Cam
est.

EDICIONES ARCA

LUIS CAMPODÓNICO

Uru
863.6
CAM
est

LA ESTATUA

FACULTAD DE HUMANIDADES
INSTITUTO DE ESTADÍSTICA

Uru 863.6 CAM est
La estatua /



FHCE/099195



Ediciones ARCA
Montevideo

99195

LA ESTATUA

Huyendo. Tumultuosos, avanzaban, se detenían, —rápido, corrían; el rostro apresurado—, rezongan los ómnibus, frenan, apenas, otra vez iniciaban la marcha este y aquel taxi —primera velocidad, segunda velocidad, y no llegan a la tercera—; una señora con perfil de ave nocturna observaba, desconcertada, las luces, esperando un amarillo contrario que justifique el verde; rostros, manos y piernas avanzando, doblando, adelantando, segundo a segundo, su prevista destreza, su fatiga, también y su impotencia; su número inútil:

flaca economía del universo. En todas partes, pocos rincones de silencio; cuerpos, cuerpos no airados pero tampoco inertes, cuerpos quizá bastante sólidos, en los que no entra fácilmente un cuchillo (hay que saber guiarlo), cuerpos de hombres y mujeres, más y menos distintos, que cruzan, avanzan, se rozan; a veces se saludan con dos eufemismos, y desatienden la vuelta entusiasmada del verano; mejorando su marcha o empeorándola, acaso un instante detenidos, absortos frente a una vidriera profunda con algún objeto contundente y una cifra roja como roja rosa —cifra contante, ceros y comas—, regresando enseguida —muy alto el precio— al

apresuramiento, al calor de un sol que perdona sólo los rincones libres, que cortaba en dos la acera y cubría la calle como una larga, rectangular, clara alegría, —de otra parte;

para dónde, esa alegría sola, sin compañía, ensimismada, en todo caso diferente, de todos diferente, sin hombre ni mujer, sin nombre. ¿Para dónde? Allí un cartel anuncia la fundamental película, el film inolvidable: (¿para dónde?, dicen) la biografía de este inventada por aquél, y allá un hombre perdidamente viejo, transeúnte meticuloso, atrapa, con gesto torpe y mecánico, la noticia de quien quiere enterarse: "Con Fidel — Por Cuba"; folleto limpio aún, leído o para siempre incierto, arrugado ya, caído, no entre basuras, al borde de la calle, en una sucia esquina; ni siquiera recostado al cordón: sin esperanza.

Ocho horas diarias, iguales las idas y las vueltas; todo el día. Trabajan —cuentan— se olvidan todo el día. Qué tarde terminan estas gentes de mentirse. Cuánto trajín antes de amontonarse en un ómnibus esquivo y resbaladizo, antes de la terrible media hora de lástima y dispersión inconsciente pero empedernida, degradante, en que deben frotarse, golpearse, insultarse, en los pasillos, poner su sexo sobre el hombro del que va sentado (el corredor es chico), o sentir el sexo del que va de pie; cuánta lasitud crispada, antes de dejarse caer en una silla con las piernas dobladas y los ojos más turbios, cuánto olvido cerrado, cuánto deseo postergado y cuánta lucha por ganarse la muerte honradamente. Son prisas;

tenían el aire, la forma, el carácter de prisas y entonces llevaban la factura y traían la cuenta y presentaban reclamaciones corteses, según el formulario, y depositaban cheques y entregaban solicitudes y recibían el pago y avisaban a la compañía; avisen, avisen pronto, se trata de un caso urgentísimo; luego confirmaremos la cita y acudiremos a otra, tarde, tiene que apurarse, tengo que apurarme, tenemos, es absolutamente evidente: tenemos que apurarnos. Así, representar y mostrar y recibir y oír y ver, llevando, dando, trayendo. Creen. Papeles. Papeles vacíos o pintados con vida equivocada, vacíos y llenos de con-

venciones ininterrumpidas, abolidos, con sentido estrictamente nacional, a lo sumo continental o planetario, pintados en varias direcciones. Caramba. Papeles de colores, con líneas, números y firmas que afirman la victoria; papeles con sellos, referencias, indicaciones de nuevas y futuras referencias, matasellos, doblasellos y dibujos simbólicos, atravesados de datos, de secciones y cúmplase y llévase y tráigase. Archívese, asimismo, pero antes, complétese; papeles que afirman la victoria del signo y del color negro sobre fondo blanco. Papeles de metafísica bancaria. ¿Tienen otros sentidos? Ah, bueno, ellos lo ignoran, y ustedes, no lo cuenten. No les den semejante noticia, no hay que apabullarlos. Cruentas novedades, serían esas. Así dicen los cristianos: caridad y mejillas, eso hace falta. Aún la Iglesia vela, condescendamos en la miseria ajena, es la nuestra vista desde enfrente, sonriámosles, no les pidamos que levanten el corazón y se rebelen; no les mostremos la otra cara de su cara, porque se les caerían las manos al suelo, quedarían las calles repletas de hombres tendidos, sorprendidos *in fraganti* en su sarcasmo, unos sobre otros, a lo largo de las aceras y en los lugares más frecuentados, superponiéndose como muertos inseguros, vendidos al sol, quebrados de vergüenza, descompuestos de tanto correr y sacar y guardar papeles. Lamentables; compondrían un espectáculo indecoroso, el colmo de la incorrección, y el cielo seguiría vacío. ¿Qué sentirían, si supieran que se mueven por otros que se burlan del movimiento? ¡Caerían aquí mismo! No se lo digan, no les expliquen, por favor, déjenlos revolcarse en la inocencia desesperante, ignorar que son desesperados. ¿Para qué les van a contar que el mundo es así, de necesaria manera, si igual no lo creerían? Deben morir tranquilos, cada uno con su mínimo pretexto, y no enterarse de nada. Hoy, 12 de noviembre, aquí, también yo debería morir tranquilo, y no puedo.

Hace falta un poco más de sueño, pero no se lo digan. ¿No es verdad que hace falta sueño, más sueño? ¿Y fe? ¿No hace falta fe? Alguien introduce subrepticamente

estas preguntas en mi oreja derecha. Por eso es necesario dormir, respondo; es necesario dormir, soñar, quedarse muchas horas en la cama, en suma. Un poco más de sueño en el rostro de los niños, demasiado solicitados por los vaqueros de las televisiones esquemáticas, o por cohetes astronómicos que viajan con metales, monas y sargentos de colores; aquí, señores, lo que hace falta es maravilla y de la buena, ya lo saben, y no, no lo saben; por eso lo canto: él lo canta porque le es satisfactorio cumplir, varios segundos, su destino. Un poco más de sueño, un poco más de magia en las praderas, menos estupidez en las ciudades, más respeto alrededor de los árboles que habéis plantado en las calles para después acosarlos con prisas impuras, torpemente neumáticas. Un poco menos de gimnasia, de una oficina a otra, y más sueño en las almohadas, señores que corren, van, vienen, suben, bajan; pero sueño del que despierta, y sueño en los ojos tanto como en los dedos. (Nunca más). Nunca más, orientales, futboleros, bebedores de mate al noventa por ciento; montevidianos, uruguayos, distraídos en quehaceres mal hechos, confundidos en aventuras sin grandeza, parodistas. Basta.

Basta, caramba; resulta que también soy, yo, montevidiano y uruguayo. Las cuatro y media de la tarde, dice ese reloj de gran cabeza redonda. ¿Adónde iba? Lo he olvidado y no quiero detenerme a recordar. Tampoco quiero caminar más. Este paisaje me trae espeluznado; subo a un ómnibus sin mirarle las letras, el guarda tiende el boleto —me esperaba, ese boleto y yo, ignorante; era el 38.752 (los treinta y ocho mil setecientos y pico precedentes, no los he conocido)—; yo me siento y dejo de mirar el boleto. Cómoda ventanilla, pero mal ómnibus, tenemos, tan desvencijado; ¿quién se habrá tomado la molestia de dejarme sus señas? Pedro, 1959; Rosa y yo, 1960. No entiendo. Y cruje mi respaldo, con la misma pereza con que ese agente de tránsito persiste en darnos la espalda. Esperamos, y el guarda habla con el conductor al lado de un cartelito que reza "Prohibido hablar al conductor." El también es uruguayo, probablemente, y lo

mismo el conductor, que le responde con consideraciones sobre problemas de horario.

Huyendo. Junto a una vendedora de jazmines, pasaba una explícita adolescente, las faldas apenas sobre las rodillas —rodillas llenas y redondas como manzana, y suaves, suaves; fino, su talle, y los labios esperan. Me volví. No hay tiempo. Cambiaba de aire la mano del agente, un pitido, el infeliz carromato tose y comienza a avanzar. Vamos, pues, y adiós a la adolescente carnosa, fresca como fresca uva. Vamos, ¿adónde? Espero adivinarlo. Todos los ómnibus deben seguir esta avenida —es la calle mayor— y paran cada doscientos metros porque los habitantes del país —que es la capital del país— son muy lerdos, se cansan de caminar, y han convenido encontrarse todos, regularmente, en la misma calle; acaso tengan miedo de estar solos. Han construido, para rodear la calle convenida, edificios de seis o siete pisos, entre los cuales viejas casonas de comienzos de siglo, sumergidas, se ahogan y tratan de sostenerse mutuamente, bajo los miradores opacos, redondos y obscenos;

basta de opiniones, este ómnibus está doblando; al cabo de pocos segundos que inundan la tarde de gas negro, es la calle Durazno. ¡Y el mar! Lo entreveo. El mar, lejos, ¿por qué no bajamos hacia él? No es mar, es estuario; no, ni estuario ni río. ¿Qué es? En esta ciudad, todo es verdad sólo a medias; río, sucio, mal dragado, que corresponde, simétrico, a la suciedad, los baldíos, las aceras rotas, los campos de pastoreo y las calles agujereadas que al agua se asoman.

Basta. Bajé. Tenía ganas de ir hasta la tarde del mar. (¿Huyendo?) Por una melancólica calle, caminaba, interesando poco a los niños que jugaban y mucho a los mayores que conversaban en grupitos, abajo; abajo: junto a las puertas. Las casas pequeñas no se distraen del sol, por pequeñas que sean; las gentes, sí, y miran hacia abajo. De tanto en tanto, un plátano vetusto frente a un corredor sin techo; triste y dócil Montevideo, tranquilizador;

tarea difícil, caminar, tan cansado. Camino desde hace

horas; necesitaba llegar al mar, sin embargo, y no iba a preguntarme por qué. ¿Qué me sucedió, hoy, esta mañana? Más vale no acordarse —que no me acordara, que no me acordara—; ¡ja! Decir eso, ya es acordarse.

Aquí, la paz. No, no es cierto, apenas me siente empezarán a molestarme los autos rápidos que prefieren la rambla a la avenida única, que detestan 18 de Julio o pueden privarse de ella; luego me molestará otro solitario que no se ponga lejos y de vez en cuando mire hacia aquí. Por fin la fatiga de mis piernas me habrá de molestar, no me atreveré a marcharme, perezoso, ganado por la inercia y me quedaré —¿cuánto tiempo?—, mecido por ideas cruzadas e inservibles, sin coherencia, indeciso, incapaz de elegir una solución, huyendo hasta de mí.

Como si hubiera una solución. Qué difícil; veintiséis años levantándome, bien o mal, cada mañana, sin pensarlo, automático por lo menos hasta fregar el cepillo en los dientes, y luego emprendedor metódico, dominado por espejismos, trabajador, aullador, consciente de un futuro que pretendo trazar con mano propia; años, día a día, llenos de los mismos hábitos, organizados, repitiendo a tantos seres de quienes mi memoria no guardaba ni el color de sus uñas; ¿dónde tenía yo los ojos, cuando reiteraba los gestos, cada mañana? El lunes, el lunes empezaré otra vez, o el domingo, tal vez, sin detenerme en la gratuidad de mis manos; será un orden distinto, turbado, acaso sórdido, pero preciso; ¿no es eso, vivir? ¿No es alternar raros momentos de asombro, de conciencia justa, iluminada (pero intraducible) con hábitos que parecen salvadores y sirven para olvidar, mientras esperamos? ¿Qué me sucedió esta mañana? ¿Qué hice?

Dios. Bastaría que fueses cierto y todo sería juego; con sus reglas, claro; juego de niños, como el fútbol, con penas y perdones; debe ser fácil, aceptar las circunstancias, si se lo cree; ¿cómo se puede sufrir, en esas condiciones, llorar, siquiera un poco, cuando se cree en Dios?; y aún, ¿cómo se sobrevive a esa fe? ¿Cómo no estalla el cerebro

de alegría? Nadie cree; creen que creen, pero si fuera cierto, cómo morirían, resplandecientes. Dios mío;

Dios ha dejado de ser una posibilidad, lo mataron hace mucho. Prohibido. Como una palabra impronunciable. ¿Por qué la toqué? ¿Por qué no me quedé quieto, intacto? ¿Cómo un cuchillo adquirió esa importancia? Un asesino. No veo el sentido de la palabra. Las palabras sueltas nunca lo tienen, o se cargan de demasiados a la vez. ¿Cómo, asesino? ¿Cuándo? ¿Por qué? Y entonces, al contestar, se acumulan las complicaciones, las complejidades, también, aunque menos, y las líneas se van entreverando, tejen rápidas tramas, y el que las condujo, el que ayudó a tejerlas, ya no las entiende. Era la segunda vez que su cuello me tentaba. De no estar en la mesa, no la hubiera matado. Qué tontería. Antes o después del almuerzo, no la mataba. Su muerte fue virtual sólo quince minutos, cuando mucho. Y el gesto duró un segundo. Mientras levantaba el cuchillo ya me estaba arrepintiendo, pero no podía dejar de bajar la mano, era como si temiese el ridículo, como si me pareciera imposible detenerla, retroceder. Además, el tiempo es tan corto, así. Una reflexión cuesta más, dura más que un ademán;

bastó un movimiento. Cómo la amé, cómo la quise, no bien solté el arma, asustado; qué miedo sentía, y sin embargo, cuánto crecía mi piedad, mi dolor, mi amor por ella, mezclados. Virginia, y cómo hubiera cerrado tu herida, cómo te hubiese curado; mis caricias multiplicadas, muchas, muchas, como antes, cuando nos queríamos como amantes, antes del casamiento, antes, antes de que agregáramos mentiras a una verdad que se fue evaporando a fuerza de pacientes hábitos, de falsas costumbres. Antes. Casi me sentí como si te hiriese para poder curarte, como si necesitara hacerte daño —deseo irresistible, ya— sólo para mostrarte, después, hasta dónde era dócil y cómo en mí quedaba más de un fuego de aquel amor trepidante, absurdo, que gozamos juntos un largo año y medio.

¿Por qué no hiciste un gesto, uno solo? ¿Por qué no

esquivaste un poco el golpe, por qué me enterraste en la frente esa mirada de piedra, justo al cerrar yo la curva del brazo? Con que esquivaras, ya estaba; nunca hubiera lanzado un segundo golpe. No quería mirarte. Te vengaste de mí dejándote matar. Sutil muerte; debo haber calculado mal, o bien alguien lo hizo por mí. Te golpeé demasiado fuerte. Golpe torpe; seguramente yo aspiraba a recuperarte enseguida, curándote; yo aspiraba a intensificar mi dulzura y compensar esa violencia.

¿Cuándo olvidaré tu cabeza mal sustentada por el cuello abierto, y la sangre rápida? Cómo no correr. ¿De dónde iba yo a sacar coraje cuando mis pies temblaban, cuando no conseguía soportar ni el piso bajo los zapatos, ni el aire que danzaba con mi ropa, si se desmoronaba todo junto —sin par— el pasado, en ese segundo, y ambos con el futuro derramado, —si te necesitaba quizá por primera vez con vehemencia y absolutamente?

La paz. Tú te vengaste. Ahora sí que me estará negada. Nunca más. No extirparé tu rostro de mi vida, no te arrancaré de mí. Te vengaste; tú decías amarme, te quejabas de mis olvidos, de mi parcialidad. Ahora debo estar empezando a amarte, porque tu sombra, débil y penosa, queda conmigo para todos los días. Si ya pudiera estar en la cárcel;

si ya hubiesen pasado varias semanas, los papeles, los expedientes, los fotógrafos y diarios y lectores; si ya hubiese olvidado a los fieles y los desertores de la amistad. ¡Cuando lo sepan! Tema para varios días; un poco de mi vida entre dos cenas. Envejeceré sin ayuda. ¿Cómo harán? Primero las declaraciones. Voy y me presento: "He matado a mi mujer". Y empiezan: nombre, profesión, domicilio, edad, nacionalidad, gustos, opiniones, posesiones, bienes, virtudes, defectos; Virginia mía—, vacía, vacía como un nardo, pálido, en medio de un charco seco. ¿Me dejarán verla, antes del entierro? Tendrá un gran pañuelo en torno al cuello, y las ojeras profundas y la frente apenas velada. En los labios secos una sonrisa débil de triunfo. Murió forzándome, me obligó a quererla; murió obligándome a no olvidarla. A lo mejor ya la encontraron.

Alguien oyó el ruido, o me habrán visto salir corriendo, sin cerrar el portón. ¿Salvada? No, no es posible. Yo saqué la hoja, y quizá eso sea peor. Qué sé yo. Horror, del hecho, dentro de él, sometido a su contingencia, parte obligatoria, consecuente de un solo gesto, de un movimiento solo, único, que determina el resto de mi vida; siempre consecuente al mismo segundo, siempre a causa de él. Nunca más.

El mar se agita apenas. Se sienta en el murito de la Rambla a la altura de la calle Ciudadela, y contempla la lengua curva de arena, la playa irrisoria escondida al pie de una escalera, frente al edificio del Gas. Se queda acurrucado. La tarde cede luz, lentamente. Sopla del sur un viento tenue. Detrás, invisibles, los grandes depósitos del gas esperan, como circulares, enormes abismos cerrados. Titila alguna primera luz eléctrica. El sol rojo se acuesta al fondo, donde se juntan el mar y las nubes. Aire fresco, sereno, ¿le prestarás algo de tu paz? ¿No habrá de veras soluciones para este prisionero?

Corría un auto, de tanto en tanto. Enlazados, dos enamorados doblaban la esquina desde la calle Andes y se encaminaban hacia aquí con paso absorto. ¿Quién se acercará a ofrecerles un poco de futuro? ¿Y a ella? ¿Le ofrecerán a Virginia un futuro razonable? En la calle Ellauri, los ladridos de un perro detienen al cartero; (Pocitos empezaba la siesta). Penetró por el jardín de lantero y se asomó a la ventana entreabierto. Luego corre, corre hacia el bar de 21 de Setiembre y pide una guía de teléfonos, un número, pronto, creo que está muerta, no sé, con los brazos colgando y la boca abierta, sentada en una silla como si fuera a resbalarse, sola y la mesa puesta, y no hay nadie más. Se ve, a través del ventanal de la sala, al perro asomado, en el jardín de

atrás, ladrando y ladrando. Pronto. ¿Y está manchada de sangre? No, eso no; sangre, no vi. Pronto.

Qué van a ver; salió menos de lo que me pareció. Pequeñas olas se insinúan. Quieto en su rincón, con los pies juntos y las rodillas a la altura del mentón, apoyando en ellas la cabeza; los brazos alrededor de las piernas. Se diría que duerme. ¿Qué pasa, Fernando? ¿No sabías cómo comenzar las ceremonias? ¿Nadie te va a sacar de ese lugar? ¿No veían cómo se esforzaba en creer que vivía? Nunca más;

nunca más veré adolescentes por las calles, nunca vendré a a Rambla cuando desee ver el mar, ni caminaré entre la muchedumbre por el centro, contento de ella y detestándola, satisfecho, solo, histriónico, desbordando de orgullo y fanatismo. Ya no será soledad consentida, conquistada. No la interrumpiré. Miseria, qué raro. Me lamento de mí, no de Virginia, que es pasado. Aunque nunca me abandone, estaré cada vez más absorbido, más clausurado.

He cambiado, eso me ha sucedido. No como se suele cambiar, por grados imperceptibles; he cambiado con una brusquedad que no se mide. Algo, en mí, ha cambiado, y no sé adónde, ignoro el lugar exacto; algo ha cambiado pero mi cuerpo vuelve a tener hambre y a cansarse, con la regularidad de cada día. Todos los demás lugares han cambiado, en mí, sin alterar más que el pensamiento: miro mis manos y no compruebo diferencias. El resultado de todas mis infinitas partes ha cambiado, pero uso la misma voz, apoyo los pies del mismo modo al caminar, mis pupilas siguen de igual color. El cambio es sólo en la cabeza. Sería soportable si aún fuese dueño de mí, si me dieran tiempo de cercar y borrar a mi modo cada uno de los fantasmas que vendrán. Pero no. Ellos se encargarán en adelante de acelerar mis modificaciones. Me trastocarán el orden, mezclarán mis voces, me pondrán en contradicción conmigo mismo. Seré, por primera vez, verdaderamente terrible y desgraciado. ¿Cómo se resistirá a un conflicto así, mantenido desde fuera? ¿Cómo

se soportarán, además de la impotencia, los alardes y las autoridades? Caramba, parece difícil ser delincuente.

En una isla o en una montaña, solo, ermita soñando, me hubiera rehecho, hubiese logrado volver en mí, regresar a mi melancólica serenidad, explicarme lo que hice, aceptando nuestro destino común y sin remedio. Solo. Con ellos encima, no. Habrá gente que creará comprenderme, gente que creará compadecerme, gente que creará detestarme, horrorizarse de mí; otros imaginarán comprender cómo no comprendo, ver lo que veo y lo que no, sentir y no sentir lo que siento. Algún amigo inteligente pensará: "ya no soy su amigo, porque no puedo oírlo". Y otros, menos amistosos, habrá, que creerán conocer mis dolores. Entonces, cuando comience a derrumbarme, surgirán los funcionarios, tan acostumbrados a sellos y matasellos, a números y firmas, a papeles y formas; tan seguros de su pequeña etiqueta; tan confiados en sus respectivos bigotes, que les bastará mirarse por encima de mi cabeza, sin hablar, para entenderse; tranquilos, como el carcelero que mira sus llaves y se dice, sin oírse: "son mis llaves, las llaves de la cárcel", e ignora que esas llaves son otra cosa, innominable, y que cuando las mira, él es las llaves; creerán hallarse frente a otro más, un nuevo caso que en realidad es viejo, una repetición. Yo, un repetido. ¿Yo? Pero, Dios mío, ¿cómo van a saber quién soy yo?

No sé si sufriré menos de ellos que de la sombra de esa mujer, esa maravillosa obsesionada que me torturó varios años. Celos: los romanos los llamaban por la misma palabra que la envidia. Celos, los suyos, porque pretendía guardar el absoluto en el corpiño, y yo no demoraba en mentir. ¿Nos amamos? Claro: hasta que abdicamos. Seguimos, no supimos aceptar el inevitable fin, nos amamos hasta que empezaron las mentiras. ¿Quién no quiso, alguna vez, traicionar? Tantos meses;

meses, cercándome de preguntas y dudas, ensayando escenas de melodrama; meses policiales —y no, qué ha de ser ironía: su amor era policial—, jugando a inquisi-

dora. Meses de conversaciones, ella preguntando con y sin interrogación, y yo respondiendo, defendiéndome, justificándome. Me justificaba hasta cuando aludía al tiempo, hasta cuando comparaba el calor del día con el de la víspera. "Está más fresco que ayer", observaba yo. Y eso significaba: "Ayer sí, hacía calor de veras. Por eso, después de terminar el ensayo, me detuve, contra mi costumbre, en el bar del teatro, para beber una Crush. Sí, en el bar, estuve, ayer, ya te lo dije, no con una mujer. ¡Tonta! Por eso llegué tarde, tontita..."

(Caía la noche. La tibieza rosada de la Rambla recibía el aire silencioso donde brillaban resplandores del sol desaparecido. Caía, la noche, y los niños, allá, en un baldío, corrían para probar una última jugada, antes de dejar el fútbol. Alguna madre venía a investigar si su hijo transpiraba todavía. Distantes, las voces se quedaban contra los muros.)

La degradación fue lenta y firme. Acabó en gratuidad, ridícula como todo acto humano definitivo —ridículo y sublime, oscilante—, y terminó porque, en un segundo, mi mano se puso romántica, le dio por manejar fugazmente un cuchillo de mesa. Cómo insistía, ella, no se podía evitar, la degradación. Escalón por escalón, uno y otro. Si pensaba en mis años anteriores, sentía una vergüenza indomable, —viril, quizá, pero indomable—; no hubo rincón de los labios que no volviese a morder. Mordía vergüenza, primero; luego tomaba confusas decisiones, hasta que creía ver claro y me alegraba unas horas.

Antes de dormir (antes de morir) hablábamos. Yo le explicaba, y sus manías terminaban en llanto, y ella pidiéndome el divorcio. Nunca entenderé por qué rechazé siempre esa idea con energía; ¿de qué modo la necesitaba? La lucidez testimoniaba, y yo tomaba el partido contrario. Escalón por escalón, cada una de mis vergüenzas fue aceptada, ocultada, aprobada en mí, por mí, a escondidas. Hasta que empecé a mentir; prefería evitar las conversaciones, decía que había estado en un lugar para no explicarme; o que no había recibido correo, para

no corroborar dudas extrañas con datos que ella confundía hasta hacerlos encajar en su manía.

A escondidas, me abstraía, a veces, para leer o estudiar, en los pocos ratos de soledad. Soledad acosada, ya, marchita, lamentable. Cuando ella salía tampoco estaba solo. Se había marchado, pero dejándome su ausencia. Su ausencia pesaba en mis hombros, me apretaba, me crispaba. Yo no hablaba conmigo sino con un usurpador, no había modo de concentrarse, de leer, de pensar. Me habían prohibido ser yo. Luego la ausencia se ponía tensa, y la inminencia de su vuelta, me molestaba, me ofuscaba. Llegué, literalmente, a una forma de femineidad. Un esclavo, un imbécil. Que vengan ahora a exponerme teorías y derechos, que reclamen pagos, sanciones. Nunca comprenderán. ¿Y quién va a devolverme la soledad conquistada, consentida? ¿Y quién me va a regalar meses que compensen los que perdí en esa entrega? Tantos celos, tantos ojos,

pero, Virginia, arriba, también, están las estrellas; no sólo miro a las personas. ¡Y dale!

—No, no es eso, es que...

ojos humildes, desamparados, y yo harto; trivialidad, que voz, te canta mucho en la mujer; no es lecho ni noche ni perfume lo que queda en la memoria, de aquel hosco momento; es la boca abierta y la sangre (miserable sangre, que sale con tanta rapidez); cada vez que terminaba el acto me sentía inferior; cuando se llega a eso, qué grave, la mirada, y menos escalones por bajar. Mire que se obstinaba, y se obstinaba. Buscaba mi locura, o su muerte. Debí dejarla. Irme de golpe, desaparecer, enviarle una carta solemne y crucial, cursi: "Nuestra vida ha alcanzado su peor encrucijada. Hace falta coraje y silencio. Tú comprenderás. Palabras, ya gastamos demasiadas. Y todo quedó igual, porque las vaciamos, las ahuecamos como una concha de mar. Será preferible terminar así..." No sé desistir; me vencen porque no sé retirarme.

Obsesionado, también, obstinado en otro sentido que ella. Dos eminentes maniáticos. Pero sólo yo sobreviviré.

—Aquí no matan a los que matan. Ni silla, ni patíbulo, ni guillotina; (ni garrote vil, como en la Edad Media, es decir, en España). Este es el Uruguay. Batlle suprimió la pena de muerte hace más de cincuenta años. ¿Qué te parece? Caramba. Aquí te permiten pudrirte, cómodamente, de los pelos para abajo. Vas a estar en una cámara pequeña, con la cal carcomida y la pintura de la puerta descarada; una ventana alta, dos barrotes herrumbrosos, y no sabía si era de mañana o de tarde. Las primeras semanas lloré, la cabeza contra la almohada —si había almohada. (Creo que sí; también había sábanas, porque yo las mordí de rabia.) ¿En qué se me iría el tiempo? ¿Me dejaban leer? Me preguntaba por qué nos guardaban. Para ver cómo nos secábamos o para asegurarse de que no volviésemos a levantar la mano. Tal vez comprobaran que quien mata una vez, más fácilmente mata después. Pero yo, decime, ¿a quién iba a matar, en adelante? No, es para reír. A mí mismo, imposible. Ese gesto nunca me lo permitiría. Entonces, no sé.

(¿Qué diría tu padre, si te viera? Es difícil conjugar la pena por la nuera con la pena por el hijo, pero tu padre te hubiera visitado, si viviese; en cuanto se lo permitieran. Cada domingo con chocolate y cigarrillos: “Me voy a ver a mi hijo”. Era un buen gallego, sobrio y respetuoso; respetaba lo desconocido, no te hubiera hecho preguntas. Te admiraba, además, y sabía que en el fondo, tendrías razón, aunque él no fuese capaz de entenderte. Tu padre no te hubiese abandonado. Me voy a ver a mi hijo, y basta.) Una celda baja, quizá. Como la ciudad es húmeda, húmeda, también. Distracción, contar las gotas que caen en el rincón, adivinar su ritmo, ver cuántos silencios separan una de otra. A veces, una rata. Eso sí —tus ojos se agrandan, se clavan— no vas a aguantarlo. Habrá nuevas, distintas degradaciones. Y la comida. A lo mejor es pasable; un ex-cocinero preso, por ejemplo, y ya está. Las degradaciones se acentuarán. Qué caricatura, compañero. Me encerraron porque maté; encerrado, me degradaba; y maté, óiganme, maté porque no toleraba más seguir degradándome. Acostúmbrate; vas a ver que

a fuerza de estudiarla, la celda, terminas por aceptarla. Si ya la quieres un poco. Una lástima, los preámbulos. Largos, enmarañados, viscosos preámbulos:)

—¿Enseguida que sacó el cuchillo?

—Sí, señor.

—¿Por qué puerta salió?

—Por la del frente.

—¿Estaba sin llave?

—Siempre lo está. Nosotros...

Oh, —“nosotros”, dije; déjenme; déjenme con la sonrisa de Virginia, déjenme con su hilo de muerte y su equívoca paz. Déjenme que recuerde la ropa que llevaba y cómo se manchó la pollera. Ahora sí, la quiero, es distinto. ¡Les digo que es distinto!

—¿Más que el primer día?

Déjenme. No sé, pero la quiero. Por ese accidente, ella (sí, es un accidente, aunque no lo crean), ella, decía, ganó algo; una especie de derecho a la verdad. No hay, ya, para qué mentir, y esto es importante. No hay, ya, para qué mentir, debo repetírmelo. Me detendré en ella, describiré sus manos, admiraré su fino cuello.

—¿Está seguro de que su cuello era fino? Fino, ¿cómo?

Oh, —déjenme; es definitivo, señores. Les iba a describir sus manos. ¿Ven? Eso no lo sabían, ustedes; están como los pobres ignorantes que vi galopar hace un rato, en 18 de Julio; se eludían, chocaban, sobresaltados, y lo ignoraban todo, hasta el sol, hasta los árboles.

—¿Desde cuándo lo sabe? ¿Por qué está tan seguro?

Déjenme, déjenme; ahora puedo, incluso, traicionarla; me están viniendo unas ganas... Lujuria, qué bálsamo; voy a acercarme a la Ciudad Vieja. Necesito, antes que nada, purificarme de los errores, de las mentiras, ofreciendo a Virginia ese miedo supremo: una mujer sucia, con olor a puerto y perfume barato, de pelo duro o grasiendo, con los labios de arrabal, y que ni querrá lavarse. La llevo a una casa de citas. ¿Tengo dinero? Salí con el saco puesto, menos mal. Una puta, una mujer auténtica, sin historias, seria, con su tarifa y sus senos a plazo fijo; sin remilgos, sin puesta en escena previa; pronta a abrir

su sexo. Se la debía, a Virginia; la inmolaré en honor suyo, y ya no habrá sombras que temer de esa obstinada. Les digo que no sé, no recuerdo.

—Pero, ¿cuándo se dio cuenta, usted? ¿Y qué había hecho por la mañana? ¿Y antes? ¿Y el año pasado? ¿Y hace nueve años, el 12 de noviembre de 1953, a mediodía, a ver, ¿dónde estaba? Ah, no lo sabe; ¿ve? Y pretende que le creamos. Hacemos lo posible por ayudarlo, pero usted nos miente. ¡Maldito actor! ¿Quién va a fiarse de sus declaraciones? No hay caso, vamos a empezar de nuevo.

—Déjenme. No pateen las sillas porque mis respuestas no les agraden. A la Ciudad Vieja. Me arriesgo, quizá. Las redadas empiezan siempre ahí. Bueno, con gente del hampa; conmigo, en cambio, no van a saber dónde buscar. Es una ventaja. Tal vez disponga de toda la noche. Me conviene ir primero hacia afuera, y luego tomar un ómnibus para la Ciudad Vieja; a pie, despertaría sospechas.

—¿Qué sospechas? ¿Por qué habíamos de tenerlas?

¡Hum! Eso, lo ignoro; no entiendo mucho de estas cosas; pero sospechas, qué sé yo, sospechas, así no más, seguramente; seguramente. Camino hacia afuera un rato, después subo hacia Durazno y me tomo un 88. Así será mi acto final; un acto que resuma mi gesto y lo rescate; un acto de libertad, antes de la derrota. Y la derrota cambiará de color, por ese acto. Sin cuestionarios, sin su rostro de mártir que insistía, aunque no hablara: “tú ya no me quieres.” Mal rayo la parta. Ya se partió. Yo la partí, la maté; ¿qué tontería estoy diciendo?, sí, la maté. Un acto de libertad: ¿cómo?

—¿Cómo? ¿Cómo, dice?

—Tenía ganas de acostarme con una puta, quería...

—De veras. ¿Después de acuchillar a su mujer y escaparse a toda velocidad?

—Sí.

—No joda, viejo.

...quería, tenía ganas, les digo. Y no comprenden, estos lechuguinos; yo no pierdo más tiempo; inútil, tratar

de mostrarles lo que no quieren ver. Cuánto más viciosa o más impúdica, mejor; y si es joven, más lindo; una puta chiquita, fuerte, vulgar, que se olvide, a ratos, y jadee; ah, me voy, muchachos, hasta luego. Será mi última fornicación. Por última vez, penetrar en una mujer, martillarla, odiarla hasta traspasarle el vientre. Y una mujer desconocida, que iré descubriendo a medida que se desvista, que gozaré en toda novedad, sin sobreentendidos. Última. Tres años, que me acuesto sólo con Virginia. (Que me acostaba, seamos sinceros. El pasado es el pasado; debemos respetar las convenciones.) Ay, que me acostaba, y me acuesto sólo con ella.

Anochece. Tiembla el verano en las primeras sombras. La calle recibe exiguamente la luz de los altos faroles. Menos frecuentes, los autos huyen llevados por el viento. Ruge el mar, negro. Fernando avanzaba despacio; sentía escalofríos. No puede volver a su casa, como después de una riña, no la encontrará, con los ojos irritados de llanto pero pronta a apaciguarse, gracias a su regreso. No puede ir a cambiarse y a tomar una ducha. El llavero, en su bolsillo, no le sirve. Comprueba, con la mano en el bolsillo del saco, cada una de las llaves que lleva en el bolsillo del pantalón. No me sirven. No me sirven, no tengo más casa. Un anciano venía en dirección contraria. Un instante, pensó en gastarle una broma: me paro, de golpe, cuando llegue a mí, levanto los brazos, lo miro fijo y grito: ¡No tengo más casa! No se atrevió. Cuando el hombre pasaba a su lado, susurró apenas, para sí: Pero no tengo más casa. Un payaso tímido y lento. Nadie adivinaría su secreto; no es distinto, visto desde acá. Quizá ni siquiera lo es por dentro, como él cree. Un hombre joven, caminando por la Rambla, solo, hacia Pocitos. Con las manos en los bolsillos del saco, cansado, que quisiera echarse a dormir. Le duelen los pies. Al llegar a la calle

Río Branco, recordó: Río Branco 1090. Claudio querrá oírme, me comprenderá; tengo que contárselo. Un momentito, y después voy a la Ciudad Vieja. Necesito hablar con Claudio. Ojalá esté.

¿Sólo la necesidad de volcar el fardo, lo empuja a cruzar la calle? ¿Necesita, además, actuar, ser admirado, sorprender a su amigo? Al llegar a la alta puerta de madera, le temblaban las rodillas. (He caminado mucho): tenía miedo de no poder seguir; (Si me pescan aquí, adiós despedida con la puta), su miedo crecía mientras tocaba el timbre; miraba hacia el río y hacia el centro; la calle parecía vacía; un cartel rojo, al fondo, arriba: "Farmacia". (¿Qué hora es?) En el barrio había un silencio excesivo e incomprensible. Aunque no se veían luces en un edificio de apartamentos próximo, ninguna voz salía de él. (¿Qué hora es?) Triunfaba el letrero, lejos, callado; "FARMACIA". Un minuto, un minuto; que esté, que esté, por Dios, o que venga pronto y que salga alguien. Al fin se oyen pasos en el mármol. Lentos pies bajan la escalera, y una voz de mujer, apocada pero clara, articula mal un ¿quién es? de plomo. (La vieja. Si él no está, no ha de tardar. Me quedo a esperarlo.)

—Yo, señora. Alvarez.

—La mujer bajó aún dos escalones, entreabrió la puerta, se asomó sin sacar la cadenilla. Una cara arrugada y enérgica examinó al visitante; querían sonreír, los dientes postizos.

—Claudio no está.

Un silencio; indeciso, él esperaba que la mujer lo invitase.

—Si quiere esperarlo, —de mala gana. El se aferró:

—Sí, señora, gracias. Lo voy a esperar. Vengo por un asunto muy urgente. —Siguió a la mujer por la escalera.

—¿Un asunto legal?

—No, no, personal.

—Ah, no, le preguntaba porque, últimamente, los amigos no lo dejan vivir en paz con sus asuntos legales.

Se instaló en el cuarto de Claudio. La mujer se disculpó, describe no sé qué torta, en la cocina, le recomienda

que se ponga cómodo, desaparece. Un diván verde, en el fondo, al que una mesita con jazmines separa de la biblioteca. Ya no tenía escalofríos; se sacó el saco y los zapatos y se echó en el diván, a descansar. Casi enseguida dormía.

Un hombre, durmiendo: ¿quién se atreverá a descubrir, en ese resultado de años, ninguno de cuyos actos pasó en vano, de quien gesto alguno se ha perdido, todavía, por quien ningún dolor olvidó su huella y en cuya cabeza alegrías y sorpresas han amasado sin descanso un tiempo oscuro y permanente, por ahora perenne, —quién se atrevería a ver la totalidad, a formularla? Miren; todo, en él, ha sido dispuesto hacia lo eterno; sus fuerzas, por necesidad indiscernibles, se organizan cada día para tender, sin hesitaciones, al futuro, en la carrera a una falsa inmortalidad. La vida parece su más poderosa manía. ¿Vive y quiere vivir? No es posible averiguarlo, porque ha matado. Nosotros, no podemos averiguarlo;

nosotros exigimos que se lo confisque. Poco importa si es temor, lo que tenemos, o deseos de sanción idealista, o si queremos vengarnos; hay que confiscarlo. El pasado no se corrige, pero a él, lo corregirán nuestros delegados. Indispensable fue edificar una justicia; que la justicia no sea molestada. ¿Quién osará decir que la justicia no es justa? No vuelve hacia atrás, es cierto, no anula la intervención del agresor, a nadie devuelve a la situación anterior al crimen; a la situación que por la mano del criminal resultó provisionalmente injusta, es decir inexacta; pero... con qué ardor declara ante el mundo las culpas del culpable; con qué pasión grita a los demás que miren bien su cara; con qué inexorabilidad le pega la etiqueta en las mejillas y lo despacha al presidio. Hay algo de divino, en la fastuosa simplicidad de la justicia, ¿no creen? Nosotros somos poderosos, entre otras cosas, porque somos muchos. No aboliremos el pasado ni reordenaremos un futuro que lo elimine; pero, ¿dejaría usted suelto a un asesino? ¿Ve que no? Nosotros se lo decimos: hay razones. Es un deudor de quien ha muerto el acreedor; de acuerdo. Pero nosotros representamos al muerto. Que

pague, pues, el otro, como sea. Aunque antes sueña un rato.

Su sueño no lo agita. Quien sabe si sueña; tal vez duerme, tan sólo, sin contenido, sin imágenes. Duerme, acaso vacío como respira un ánfora, inmóvil; pez en el fondo del océano, de su propio océano, de su cuerpo-océano. Su cuerpo, que lo venció. La agitación, la caminata... Es muy importante, un asesinato, pero primero está el cansancio. Después de semejante tensión nerviosa, hay que dormir.

Amigo, tú que en la noche cálida vuelves, despacio, por ese dulce Bulevar Artigas, hacia la deseada cena y el deseado sueño; tú que no has mirado una sola vez, aunque las veas, a las tenues flores amarillas que tapizan la acera ancha, tú que olvidas observar las tipas serenas de que cayeron esas flores, no has reparado mucho en la ambulancia, agudamente esquematizada en su campanillazo. Débil se abre el porvenir del heridor de esa mujer ignorada, que llevan dentro, pero tú no lo supones; ni siquiera te interesa el blanco fantasma de coche que ha tomado una curva, y recién llegado a tu conciencia, lo rechazas. Ni supones, ni sabes, amigo.

Si mañana te muestran en un diario demagógico una injusta foto, si en la misma página en que te exhortan a comprar jabón Palmolive, arriba, te dicen: es el criminal, no lo creas. Y si te cuentan detalles de su vida y te explican sus actos, responde: es mentira. Tú vas a tu noche, a tu casa, tu mesa y tu cama, tranquilo y fresco, con la indolencia de un tribuno en vacaciones. Sin ganas de pensar en ciertos seres que luchan mientras tú regresas, en los que combaten contra sí y aspiran a la lucidez, o a la sabiduría, y ordenan su sangre y cazan sombras. No imaginas, tú que vegetas. Ni supones, ni sabes, ni ima-

ginas. Mientras avanzas a pasos regularísimos, desde tu inofensiva métrica joven, poseedor del mundo, un hombre duerme su sueño de dureza y de miedo. No creía, él, que a tanto obligaran las propias manos —una sola—, no se sabía responsable de todas las horas de su triste muñeco, y ni preveía que a tanto lo condujese el cuerpo, en sus errores.

Tú de él nada sabes, amigo, pero tal vez mañana te sometan la foto de una cara y traten de mostrártelo, como si de él hubiera de mostrarse todo, en adelante, y como si cada fragmento así, disociado, sirviera (hecho o rostro) para entender algo. No lo creas, amigo, mira que es peligroso enterarse de un hecho, de un rostro; mira que no sabrás juzgar.

Una carpa de circo vista de arriba. Casi perfectamente circular, un poquito inexacta; el doble abanico de su techo, fragmentado en gajos castaño claro, oblicuos, como de astuta naranja que disimula su color, subiendo, sin juntarse, hacia una cumbre inalcanzable. Un templete achatado, si se lo mira de lado, imperfecto y enano. Presencia indiscutible, que parece esperar elegantes acontecimientos, un gran mantel bordado, una mesa suntuosa y cristales. Su aroma domina la cocina: niebla invisible que la nariz descubre no bien entra.

Manos villanas, gastadas, la corregían todavía. Exquisitez bajo la profanación de una autora a quien ya no pertenece. Doña Matilde la coloca en un centro de metal. "Que se enfríe". "A Claudio le gusta mucho la torta de manzanas". Mascullaba y se limpiaba las manos en el áspero delantal. —A Claudio le gusta mucho— —La torta para—

¡Este Claudio! Las siete y media y aún no ha vuelto. No, más, porque este reloj atrasa, —aquí— hasta las ocho

y media, por lo menos, no va a estar apetecible, a mí me gusta bien fría, en fin, hay gente que la prefiere tibia o recién hecha, en materia de gustos —el centro, la colocoy, ay, qué cansada estoy, me voy a la cama temprano hoy, los días, sin muchacha no aguanto, a la vejez no se juega, ¿y a qué hora irá a volver?, todos los domingos lo mismo, hay que tener paciencia con este muchacho, ¿me irá a acostar sin la inyección?, un poco atolondrado, pero tan bueno, y conmigo cariñoso, más todavía desde que murió Francisco, nunca hubiese creído que me quería tanto, muy hurraño de chico, cuando se casó la hermana empezó el cambio, un poco después tal vez, no era así, antes, no, correcto, y respetuosos, los dos, pero él, tierno, no, mejor, y al fin y al cabo, —camino, avanzo— ¿por qué diablos habrá dejado el sombrero?, qué barbaridad, le digo veinte veces por día que se abrigue la cabeza, se resfría con tanta facilidad, creen que porque se acerca el verano, con lo enfermo que estuvo el año pasado, fue el surmenaje o no sé cómo dicen, ahora, en fin, todo ese cansancio, antes de recibirse, con los exámenes, una resistencia de hierro, pero, claro, como para soportar eso, meses y meses, trabajando tantas horas por día para ganar dinero, al final se desplomó, bueno ahora está bien, merece divertirse un poquito (Fernando se despierta a medias y no comprende el decorado; está en una cama verde, junto a un aparador, ¿y esos jazmines?), los muchachos siempre se cuidan menos, son más difíciles de educar, me acuerdo de lo juiciosa que era su hermana, desde chiquita, cualquier día iba a salir sin abrigarse, Amalia, me duele la cintura de nuevo, voy a echarme un rato hasta que Claudio vuelva, me da no sé qué escapar a la inyección y no decirle hasta mañana, parezco una chiquilina, capaz que sale de nuevo, después, con Alvarez, que está esperándolo, no me gusta la cara que trae, ¿para qué lo querrá?, Dios mío, que no le vaya a pasar nada a mi hijo, estoy diciendo pavadas, ah, —me acuesto — la cama cruje— qué bueno, estirarme un rato, así, Claudio tiene llave, no volví a poner la cadena, ni tengo que levantarme cuando llegue, casi me desvestiría y me dor-

miría, pero se va a enojar, tal vez, oh, me parece que lo voy a hacer porque no doy más, desde las ocho de la mañana, pensar que nunca consigo lo que quiero, me había propuesto trabajar menos, los domingos, que la muchacha se arregle, al día siguiente, antes tampoco, imposible de aliviar, esta lucha, un año, yo le decía a Francisco, un solo año de reposo, le decía, con una buena limpiadora, yo hago sólo la comida, la cocina siempre me gustó, qué, ni siquiera un mes, nunca tuve descanso, pobre Francisco, y cuando conseguimos aliviarnos un tanto, hasta un viajecito íbamos a hacer, a Buenos Aires, se me muere, él, tan sano, pobre marido, jamás se le ocurrió guardar plata, ni que lo hiciera de propósito, pagué su entierro con el dinero del viaje. hasta deudas me dejó, pobrecito, y de la pensión no hablemos, si no me hubiera sucedido no lo creería, y si me lo contaran, si me dijeran: fui durante nueve meses, dos veces por semana, para sacar la pensión, y tuve suerte, porque otros van años, esa Caia, qué desgraciados. no, no lo creería; los viejos se pudren haciendo la cola. los trámites, de ventanilla en ventanilla. uf, y los coimeros, uf,

Los trámites de una lenta agonía. Mueren de otro modo. ¿comprende. Doña Matilde? Cada uno en su puesto. La Caia de Inbilaciones es una vasta tumba: sus muertos, todavía caminan; van y se reúnen frente a nichos blancos con largos mostradores. También toman ascensores, o se arrastran, encorvados, por blancas escaleras apenas defectuosas, sin barrer. Y los gusanos, febriles, caminan unos sobre otros con pilas de paneles entre las natas y entre los dientes, verticales como hombres, y sólo aceptan abreviar sus viajes y tu pena si les prometes, subrepticamente pero con claridad y energía, algunos breves paneles pintados. Digamos mil. No, por lo menos dos mil quinientos. Bueno, le doy dos mil trescientos, y usted me la saca para enero. Problemas de dinero, ¿entiende? A eso, la oposición le da el nombre de corrupción administrativa. Es un compromiso de honor. Cada partido de la oposición se compromete a llamarla así. Y cuando sube

al poder, entrega la denominación al que baja, para que la use a fin de que la democracia funcione normalmente. (Fernando observa una especie de paraguas adosado al techo, brillante y blanco; se restrega los ojos: es una araña encendida. Pero, ¿y el aparador?) Errada denominación, porque la corrupción no es administrativa, sino metafísica, o, más bien, para sintetizar, fúnebre y metafúnebre. La Caja de Tribulaciones es una vasta tumba de corrupción metafúnebre, un panteón lleno de moribundos que caminan tras algún expediente, y de gusanos que llevan en sus patas y en sus dientes, docenas y docenas de esos expedientes, sin expedirlos, ni expelerlos. Pero, Matilde, yo explicándote, y tú te pones a dormir. Bueno, tienes razón, olvídate de eso. Recibes la pensión puntualmente y todavía vives. ¿Qué más quieres? Con ir una vez, una sola vez por mes, apenas un par de horas en el panteón, y ya está; cobras y te olvidas hasta el otro mes. ¿Qué más quieres? Testaruda, esta Doña Matilde:

de ventanilla en ventanilla, uf, y los coimeros, uf, Claudio dice siempre, ¿cómo es? "así somos, en todo imitamos al extranjero, los mejores monos de la tierra; su magnífica burocracia, su corrupción al día, sus perezas; nos falta el sentido, la orientación, la finalidad, las proporciones: nos falta grandeza; somos mediocres hasta para ser miserables, y nuestras miserias no tienen siquiera un fin horrible que pretenda justificarlas." Y aquella frase que se manda siempre, y que no termino de entender: "Mediocres como estatuas de cera". Era como un poema, creo, una especie de poema político, no sé si lo publicaron, yo me canso de leer y detesto los lentes. él me cuenta, Amalia o el marido, me lo leen, ese no lo vi cuando murió Francisco, ¡hum! ¡bah! Claudio se ha metido más de la cuenta con la gente del gobierno, y es tan sangriento, ¿cómo era aquél artículo? "En la Caja de Jubilaciones, si se busca hábilmente, hasta se consigue sacar adelante un expediente sin pagar coimas; ni en eso, somos completos, ni como hijos de perra, somos capaces de ir hasta el final". Se mete demasiado, dichosa política, ay,

qué contenta me pondría si un día viniera y me dijera: mamá, se acabó, al demonio, no hago más política, me lo van a arruinar, hasta un golpe pueden darle, un mal golpe, y para qué, un Partido, el suyo, que está peleando hace cincuenta años y cada vez tiene menos votos, puros cretinos, les falta inteligencia, me lo van a arruinar, no se debe decir esas cosas, esos artículos, la polémica del mes pasado, por Dios, ay cómo quisiera dormir un rato, ¿dejé puesta la cadena o la saqué, después que entró ese muchacho?, sí, la saqué, me parece que ahora no más —me doy vuelta, crujidos—, me duermo de veras, uf, bastante trabajé, hoy, ni me desvisto. creo que oí, (No es un aparador: es el costado de una biblioteca: Fernando recuerda: Río Branco 1090, lo de Claudio. Oye rechinar un elástico de cama, al lado, y teme que su amigo se haya acostado sin despertarlo. Pero no, no puede ser, será la madre. ¿Qué hora es? Se da cuenta, por fin, de que ha salido sin reloj y no lo hay en la pieza. Casi enseguida, abajo, suena el ruido de llaves, en la puerta de calle. Se levanta.) sí, la puerta, es Claudio, voy a esperar que venga a darme un beso, uy, qué bueno, dormirme enseguida, con el sueño que tengo,

CLAUDIO

(Piensa: Tan pálido y con esa mirada... ¿Qué le pasa? Cierra la puerta y sube. Sin saludarlo:)

—¿Qué pasa, no actúas, esta noche?

FERNANDO

—¿Qué hora es?

CLAUDIO

—Las ocho y media; ya deberías estar en el teatro, vistiéndote.

FERNANDO

(Como si se hablara a sí mismo:) Ocho y media. Hace siete horas que maté a mi mujer.

CLAUDIO

(Hace un gesto mínimo con la boca, sin abrirla. Sus ojos se encienden y se fijan. Mira hacia el teléfono, como

si pensara llamar a la policía, acaso al teatro. La sorpresa se disuelve, lenta, sobre su cabeza, pero lo deja desconcertado. Avanza y empuja con suavidad a Fernando hacia su pieza. Se sienta. Como si necesitara otros datos, aunque sin ansiedad:)

—¿Y has huído?

FERNANDO

(Parece que va a responder con cuidado, reflexivamente, con una corrección cotidiana, pero de pronto deja de actuar, olvida componer su personaje y ebrio de libertad repasa, sin obligaciones y sin dramatismo, los aspectos del asunto; confiesa, confiesa el cansancio y el secreto, con cortas aclaraciones que mejoran los datos y los precisan:)

En el almuerzo, empezó otra vez con sus reproches, (Media hora de estridente relato.)

¿Tenés algo de tomar?

CLAUDIO

Esperá. (Va por bebidas, ve la torta y la trae con los vasos. Busca dos platos y cubiertos. Al volver, cuando va a cerrar la puerta, oye ruido y levanta la voz:)

¿Estás despierta, mamá?

DOÑA MATILDE

(Desde dentro:) Sí. Mira, deja enfriar la torta un poco más.

CLAUDIO

La comemos así. Enseguida voy a saludarte.

DOÑA MATILDE

No hay apuro, hijo. Además, me estoy durmiendo.

CLAUDIO

¿No te doy la inyección?

DOÑA MATILDE

No, deja, la salteamos.

CLAUDIO

Bueno. (Cierra la puerta y dispone la mesita. Comen enseguida, en silencio.) (Sin mirarlo, como no dándole importancia:) ¿Estás seguro de que está muerta?

FERNANDO

Por supuesto. Es horrible, ¿no? Qué horrible. (Esconde

la cabeza entre las manos y sigue, como un eco:) Es horrible, horrible, horrible.

CLAUDIO

(Como si hubiera decidido tomar el asunto en sus manos:) ¿Qué vas a hacer?

FERNANDO

(Levantando la cabeza:) Si lo supiera. Vine a verte y no sé por qué. (Busca los ojos de Claudio y espera soluciones. Parece más apaciguado, quizá por la naturalidad del otro, casi excesiva, o por el silencio de la casa.)

Frente a frente, como dos enemigos: distintos en sus ojos, en sus manos y en su cabello, distintos en su pecho, en su misterio, distintos en sus gestos. Los une un inútil pasado. Distintos para siempre: separadamente obligados por la vida, destinados a muerte distinta; no se entenderían. Claudio lo intenta; el hecho parece trivial, pero lo ha sacudido. Reacciona exagerando su naturalidad: quiere dominar. Trivial, pero curioso. Sin embargo no hay nada terrible, en todo esto. Quiere ver un drama, una tragedia, y no consigue ver más que los hilos de una tontería, incluso previsible, poco estimable. Fernando ha caído en una trampa, y él no puede ayudarlo. Es decir: lo ayudará, legalmente, con procedimientos y fórmulas. Pero no hurgará con él, no sabrá darle apoyo para evitar que se derrumbe. "Siempre que no se haya enloquecido con su último personaje, y todo esto no sea más o menos inventado." Al nombre de Virginia, cuando Fernando la mencionaba, Claudio veía una boca, sensual y ferviente, una risa nunca sometida, y sus piernas sedientas, adorables. Alguna vez, al mirar en sus ojos, la deseó, y extirpó, rápido, ese deseo. Alguna vez la deseó mucho, y la buscó en otras mujeres.

Y ahora, este gánviro dice haberla matado. ¿Será cierto, después de todo? Siempre le ha gustado sorprender, deslumbrar. Es su misma condición, no su oficio, que es consecuencia de ella. Podría actuar sin trabajar en el teatro; o acaso los actores, al cabo de unos años, no saben ya quienes son, ni si son o parecen, ni si juegan

o no. De todos modos... Recuerda una respuesta de Alain Cuny:

—Pero usted, a fuerza de representar personajes distintos, debe terminar por perder su propia alma.

—Eso querría decir que ya la encontré.

Su madre lo llama. Él entreabre la puerta: Un segundo, mamá, voy enseguida. Baja más la voz, reitera preguntas, se pone caprichoso. Aumenta la palidez de Fernando. Su rostro arenoso, bajo la gran araña encendida, lo irrita; ¿comprende sus sospechas? No, parece sincero. Debe ser el miedo. Encendimos cigarrillos. Yo pensaba que era mejor verificar, por lo menos, parte de la historia. Fui al teléfono, invocando una llamada olvidada. Disqué el número de Fernando. Tuu, tuu, tuuuuu. Uno, dos, tres sonidos chiquitos, infantiles, cosquilleando en mi oreja, separados por cuatro segundos. Al fin, alguien descolgó el tubo sin responder. ¿Quién? Titubée un momento y colgué. No hay nadie, dije a Fernando; mejor llamo al teatro para decir que no vas. (No. Sería declarar que lo vi, que estoy enterado. Más vale no complicar las cosas.) Volví a sentarme. Fernando, la mirada cubierta de niebla, pobre, esperaba y no sabía cómo acomodar las piernas: ninguna posición le parecía justa, lo suficientemente discreta para que no se pensara, al mirarlo, en su crimen. Quería sentirse un hombre y ponerse a gusto, de paso, pero no lo lograba, dudaba de su personaje, quería arreglarlo de nuevo, mejorarlo; tenía la impresión de que no había gesto que no aludiera a eso, a su estado, a la imponente novedad que seguía presente y no parecía terminar nunca. (Miserable. Como un aspirante a jubilado en su trigésima visita al funcionario del que depende su expediente. Espera una salida, suplica, una ayuda, una ayudita; pide, peor que el jubilado, porque no pide nada determinado. Arrinconado en su diván, como un loco pacífico, ha observado a Claudio llamar, esperar, colgar, sentarse, reflexionar. Cada movimiento. De él vendría, tal vez, el milagro, lo que necesitaba. ¿Qué? Quien sabe. Lo fundamental: mostrarse humilde, ahora, hacerse pequeño, que se viera que él no carecía de

buena voluntad y estaba dispuesto a todos los sacrificios si se le prometía trato decente.)

—Yo te defenderé. Pero, para eso, deberás hacer todo lo que te indique, y lo primero es entregarte. Llamo yo mismo, si querés. Iremos juntos, y luego avisaré al teatro. O no, ya lo habrán hecho ellos. (Ellos. ¿Los había olvidado? El tercer elemento: los sacerdotes de la limpieza pública. Hacía falta un abogado.) (Un abogado demasiado joven, tal vez, recién recibido, como quien dice, pero pondrá en la balanza el conocimiento del acusado, y la pasión. ¿Me conoce? Nadie lo haría en su lugar, con la misma serenidad. Se trata, ¿de qué? De salvar años, de robárselos a la cárcel. Se suman los antecedentes y las circunstancias, etcétera; y una vez allá, influye la buena conducta. Pura aritmética. Siete años menos uno, menos dos, menos tres. Aún más, tal vez, o sea menos. Con suerte, después de pocos meses, lo conocen, ya no le temen, y traba amistad con los empleados. Organizará un grupo teatral, apenas se lo permitan, y le dará un nombre cínico: "Conjunto Rumbos Libres", o algo así.)

—... me oyes?

(Claro que es simple. Aunque cuentan que allá obligan a los presos a la homosexualidad. Invento de charlatanes. Nadie puede obligarte, si no te gusta. ¿Y para qué están los empleados, los guardianes y el director de la cárcel? Es mejor, entregarse. Va a una comisaría y se canta aquel tango. No, primero lo presenta: este es mi mejor amigo, el doctor Claudio Rébora, —y enseguida: déjeme una guitarra. No la hay —y ¿cómo no tienen, en las comisarías, una guitarra?—: se pone a cantar, entonces, sin acompañamiento: "Arrésteme, sargento, y póngame cadenas" — "las trenzas de mi china y el corazón de él". No, hay que decir: "y el corazón de mí", cambio la letra porque no se trata de traición, en este caso. Podrían confundirte. Si cantas eso, tomarte por un cornudo vengativo. Qué horrible. En la valija, traía todo eso, el tipo. Las trenzas y el corazón. Peluquero y cirujano. Basta, basta va. Antes de entregarme, tengo que ir a otra parte. Tomé una decisión, y esta vez no es confusa. Era algo beatífico,

tranquilizador, una suerte de venganza o de inmolación, y no recuerdo. ¿Qué?)

—...me oyes?

Lo sacudía como a un títere. Fernando volvía, sobresaltándose, a la pieza, al diván. Enfrente, la cara de Claudio. Este es mi amigo, el abogado.

—Sí.

—¿A qué hora saliste de tu casa?

—Ya te lo dije, a eso de la una y media. Hace siete horas, te dije, y eran las ocho y media.

—¿No sería más tarde?

Ya está. Hasta con él, tendré que pasar por eso, vamos a acumular preguntas sin parar, preguntas con sus respuestas enfrente, paralelas, rieles de cuestiones; después de ordenarlas las clasificamos, las disponemos por grupo y las pasamos por la lupa. Luego, de nuevo. Y dale:

—¿En la casa?

—En ella.

—¿De día?

—Durante el almuerzo.

—¿El arma?

—Un cuchillo de mesa.

—¿El saco?

—Lo tenía puesto.

—¿Come con saco, en su casa, con este calor?

—Siempre.

Y dale. El hecho es claro, la razón, demasiado obvia; mi dolor, incomprensible hasta por mí mismo, porque a veces tengo ganas de cantar, y no tangos, precisamente. ¿Por qué será? Pronto voy a comprender que...

¡LIBERADO! Nunca más, nunca más, ojos de mártir buscadora de tortura, nunca más, masoquista, loca, nunca más. Y para que vean que digo la verdad, me pongo a cantar. No las trenzas de su china, no, eso era broma; ya sé: un tango. No, no sé ninguno; los conozco sin la letra. Y aquellos lieder, no, Schumann no; ya sé: Wagner, —no te interesa; entonces prefiero una melodía del viejo Duparc: "O Fidilé". ¿te acordás? "Midi sur les feui-

llages, rayonne et t'invite au sommeil." "Repose, O Phidylé." Es así, con y griega. No son palabras vacuas. Liberado, definitivamente. Descansa, mi Fidilé. Cierto. Descansa, Virginia mía. Son palabras llenas de muchas pasiones, de sangre, porque, joven, vacié las venas a la diosa de las víboras. Para siempre, nunca más. ¡Qué alegría! ¡Si hasta canto! Con eso le digo todo. Bueno, un escalofrío sube y baja por mi columna vertebral, no es miedo, no, he comprendido; no lo había visto hasta ahora, estaba oscilando, oscilando entre recuerdos pegajosos y temores. De pronto vi que, en último análisis... ¡liberado! Sólo poseo mi verdad, ahora. ¿No es magnífico? Por supuesto. No hay como dejarse, ahora, conducir, por mi amigo el defensor. Oh, ¡liberado! Por eso río. Ahora río, río, ahora. ¡Ahora! Miren esta gran carcajada;

observen mi garganta entre los dientes. Y ahora, desligado yo de ella, miren como modulo, desciendo, reduzco la risa. Río, suavemente, señores, como un hipopótamo soñador. No se pierdan esta tenue sonrisa intercalada. La llevaré a todas partes, mientras me juzguen (¿quién podría juzgarme?) y yo los juzgaré a ellos, en desquite; un actor, a tuerza de recibir pensamientos de autores célebres, adquiere cierta inteligencia y diversos reflejos. Yo tengo ambas cosas, ahora; sí, ahora, lo juro. Juzgo, analizo. Somos escritores sin obra propia, nosotros, y —¡oh, el escalofrío se ha ensoberbecido y se cree autónomo; se me sube por la frenteeeee!

—¡Cuidado!

Claudio lo agarra cuando va a caer. Al acostarlo en el mismo diván advierte por primera vez en su pantalón una diminuta mancha parda, reseca, tosca, como materia adherida a la tela gris oscuro. Se ha desmayado. Debería llamar y que lo lleven. Pero primero, darle instrucciones, explicarle. Un poco de agua de Colonia. Claudio recordó que su madre esperaba, y que Emilia también esperaba: "Ya estará en el bar, puntual como siempre". Y este gáznapiro que no oye. Parecía alucinado; por primera vez lo veía en ese estado fuera de la escena. Me recuerda a

su Wozzeck; muy visceral, este Fernando, le da demasiada carne a las ideas. Y yo, media hora tratando de comprender sus incoherencias.

Me pregunto por qué me he vuelto tan agresivo, con hago, con Emilia. La llamaré más tarde. Si puedo, hago él. Siento como si ya no lo estimase, me molesta. Qué una escapada a su casa, luego. Pero no tendré tiempo de ir hasta 8 de Octubre. Veremos.

—¡Claudio!

Doña Matilde salía de la modorra, y mientras el hijo acude a tranquilizarla, Fernando despierta otra vez: algo que no recordaba. Claudio, ¿se fue? Oye las voces. Habla con su madre. Qué dolor de cabeza; el olor a jazmines, las flores en la habitación cerrada. Debo haberme desmayado y tengo fiebre. Me importa muchísimo, no me acuerdo; antes de entregarme... Una venganza, una inmolación, —la— ¡Sí! La mujer de la Ciudad Vieja.

Se levanta de un salto y sale de la pieza cuando Claudio vuelve. Casi chocaron. No quería explicarse, no sabía, por el momento; inexplicable; y teme la hora que corre, y el tiempo que ya no le queda. Tampoco podía marcharse así. Apoyándose en la baranda de la escalera, reunió sus deseos y se esforzó por enunciar con claridad y rapidez, uniendo fragmentos de frase con gestos y miradas:

—No importa que no entiendas, ahora.— Se sentía lúcido, más fresco; se agarró de la baranda... No importa, que no entiendas **todo**... Indispensable para mi restablecimiento, si he de restablecerme, para que me salve, para reponerme, así debo reponerme... como una venganza póstuma, y como... inmolación, seguro de que he roto el círculo... ¡por favor!... me das una hora y media, nada más, sólo hora y media... yo voy, hago lo que pienso y vuelvo... nos encontramos... mejor en un lugar concurrido... Andes y 18, dentro de una hora y media... en la puerta del Sorocabana... a las diez y media... puntual, te lo prometo, y me entrego... pensando en tu plan para defenderme... por favor... lo

necesito absolutamente... me lo prometí... indispensable!

Había empuñado la voz a medida que Claudio insistía con señas, en que hablase más despacio para que su madre no los oyera. En la penumbra del descansillo, Claudio quedó mirando, como si buscara, en la lejanía, una estrella perdida. Fernando corre, ya, escaleras abajo. Corre, anda, corre.

¿Huyendo? Acaso. La calle, la conoce, y el barrio. Conoce sus plátanos y sus desheredadas casas de un solo piso, mezcladas con algún edificio nuevo y fatuo; conoce sus negocios pequeños y mal iluminados, conoce los conventillos sórdidos; conoce, un poco, sus gentes, entre ellas ciertos judíos como estos dos que conspiran a distinta altura —uno en la acera, el otro en la calle— con caras arrugadas por la desconfianza y palabras impronunciadas. El vivió en el barrio, de niño, y lo conoce. El barrio parece escaparse, huír. La ciudad quiere engañarlo, hacerse la desconocida, pero a ti no te engaña: esto viene de que mataste a tu mujer, pero a mí no me engaña: esto viene de que maté a mi mujer. La única relación entre Virginia y estos muros, la pongo yo. No me van a embromar. Y entre los muros y yo, no hay **nada**. Pregunten a los faroles, que me los sé de memoria.

(Un momento eterno, una posibilidad de combinar representaciones. Sin fin. Montevideo no existe, ni yo existo, tampoco, fuera de esta contingencia, fuera de la relación en que ambos, un instante, coincidimos. Y he vivido para llegar a este instante, para creerme que las calles saben algo. Basta. No saben nada, me aceptan como siempre, con la misma indiferencia. Yo, creo que no me aceptan. Huyendo, acaso.) Por Maldonado avanza, despacio, un taxímetro. Instintivamente se lleva la mano a la billetera. Está allí. No irá hacia afuera primero, irá directamente a la Ciudad Vieja.

—¡Taxi!

El conductor también prefiere la Rambla. Baján y doblan hacia el sur. Un insecto corregido, rectangular, lujoso, tapizado, rueda, sin sobresaltos, siguiendo los ca-

prichos del mar. Adentro, me preguntaba si Claudio no se preguntaba... Sí. Cometió una tontería dejándome salir para que su madre no se enterase de nada. Le gané a velocidad y sorpresa. Cómo pesaba, la noche. Tantas postergaciones, tantos aplazamientos para cumplir con una idea inconsistente. ¿Me reiré de esto, más tarde? De mí, seguramente, no de ella. Es muy difícil reírse de los muertos. Basta.

Pesaba, la noche. Yo debía tener un aspecto endemoniado. Qué bien me hubiese hecho un baño, una larga ducha tibia y enseguida el agua fría, bien fría. Después hubiera caminado despacio, por algunas calles oscuras. Caminar, solo, un buen rato; primero me costaba un poco, para relajar los músculos y respirar hondo, como antes de salir a escena. Solo, y si encontraba un amigo, le decía: "No tengo más esposa. ¡Una suerte, mi viejo! Me paseo, tarde, de noche, y al volver no tengo nada que explicar." Caminar, sin prisa. (Soltero. No se regresa. Voy a emplear muchas horas en arrepentirme. Se paga, la inhabilidad. Arrepentirme, como un beato. "Mea culpa", al final. Antes, culpa de ella. Siempre, culpa de ella. ¿Cómo se restablece, el equilibrio?)

Tres cincuenta. Subieron, los taxímetros. Esta vez me era indiferente. Entré al cabaret indeciso, como si dudara, casi con ganas de volverme. Un cabaret uruguayo: sin convicción, sin fe, como todo, o casi todo, en este país. Ya quienes lo instalaron no creían en él, lo hicieron sin amor, sin creer. No creen, sus dueños; son tímidos, les da vergüenza ser los propietarios, no creen, los mozos, en cuyas miradas se lee demasiado la conciencia del juego; no creen las muchachas, aunque parecen auténticas. A gatas creen los músicos, y porque es temprano; es el único cabaret abierto a esta hora. Más ridículo, en cierto modo, que los de Montparnasse, menos profesionales, naturalmente, que los de Montmartre, pero sin esa crueldad estúpida de muchos de París, y con números que no imitan a los norteamericanos.

Demasiado acostumbrado a la higiene, para ir al puerto. Dejé incumplida la promesa y preferí recoger la rubia

más limpia que se pusiera a tiro, aunque fuese teñida. Las rubias siempre me parecieron más prolijas que las morochas. Me faltó ánimo para presentarme a actuar en el teatro; me gustaba tanto mi papel con Beatriz. ¡Qué idea, vengarme de una muerta! De una víctima. Viudo por iniciativa propia. No soltero; no se regresa. En el teatro, me hubiera despedido. Luego, cada uno de los espectadores, se entera de la historia y rezuma orgullo. ¡Fíjese! Su último papel. Había matado a la mujer esa tarde, de una puñalada, y él, tan fresco (tan fuerte, deberían decir, pero no se atreverían), mejor que nunca:

Tú no tienes ningún derecho sobre... (buscando la palabra y separándose del médico: ...sobre mi futuro. Ahora, más que nunca, estoy en un asunto exclusivamente mío. No me compadezcas. ¿Por qué sería hoy más frágil que antes, más lamentable? (De perillas, hubiera venido.) (Pausa) **No intentes convencerme de que tú también vas a cambiar. Esto es un pequeño accidente, para ti. Si no me amas, ¿qué problema?** (Y esa música lánguida... Hasta con un tango como el que estaban tocando, hubiera representado, y ellos hubieran llorado. Tuve que contenerme para no recitar en el cabaret. Y esa música lánguida... Aquí pesa menos, la noche. No analices.) Era otra noche, la habían construido con cuidado, me enternecían. (Tú mismo, las vas construyendo, no analices.) Farolitos discretos, en pocos rincones, mesas bastantes separadas, el aire denso y cálido pero todavía nuevo; la pista bordeada de alfombra, como un anillo suave. (Y si no la miras, la alfombra, se esfuma.)

Usted no mira la alfombra, Adela; lo mira a él. Usted, que vino hoy más temprano que de costumbre, porque estaba harta de discutir con aquél, aquel tranquilo proxeneta que la embroma porque a usted le gusta demasiado acostarse con él. Lo que usted ve de Fernando, ahora, no es propiamente Fernando; lo cual a usted no le interesa, y con razón. Sólo le interesa a usted saber si puede atraparlo y cobrar por el ratito. Es normal, Adela. Por algo se dejó empujar a esta profesión; problemas de dinero, en suma, desde la juventud. Cuando manicura,

pasaba lo mismo. Hizo proyectos, planes, tuvo deseos; rabió por cuentas que pagar, por las dificultades en conseguir una heladera saludable —tan necesaria, en verano— y por olvidar a esa imbécil de madre sorda que come por cuatro. Desde que aquél la tomó bajo su protección, usted gana más; cierto que la comisión de él es importante, pero usted gana mucho más, también, hay que reconocerlo. Usted mira a Fernando —o a lo que hay de él, allí— con insistencia, y con desparpajo, visible en el modo de sostener el cigarrillo en la mano izquierda, en los ojos entornados, en la otra mano que masajea el vaso húmedo, indecisa, en suspenso. Se comprende, su desparpajo, también: usted sabe que los demás hacen lo mismo, que sólo se mueven por dinero, que sólo el dinero buscan, que viven para él, se cuecen dentro de él, en su jugo, hombres, mujeres y niños. Ahora que todo es cuestión de matices, de grados y de situaciones. Este Fernando está muy lejos del dinero, en este momento, y no se puede decir, honradamente, que le preocupe, Eso usted no lo sabía, Adela;

usted calcula, ya, si será regatón o dadivoso, si protestará cuando usted le pida más por desnudarse toda, si aceptará no tocarle los senos salvo por una suma suplementaria; y calcula, también, si esa mirada que él ha demorado en sus piernas será signo definitivo. Por eso, para dejar de dudar, y porque tres años de oficio le han enseñado que lo fundamental es no perder tiempo y no dejar al cliente pensar demasiado, se levanta usted, Adela Casavieja, de tres a cuatro décadas, divorciada, rubia auténtica, uruguaya y nacida en el Cerro, y decide ya, sonriendo, sentarse en la mesa de él;

mientras usted, Adela, camina despacio, apoyando a cada paso el borde de las caderas en el aire invisible, centelleando de sensualidad (una sensualidad calculada, voluntaria, que se confunde sin embargo con la sensualidad espontánea), la orquesta sigue tocando para escasísimos auditores; un mozo se mira las uñas, aburrido, junto al mostrador del fondo; dos mujeres más, en el frente, se cuentan historias dramáticas y decisivas, y un hom-

bre llega y empieza a acomodar sus largas piernas entre las patas de la mesa demasiado baja para él. En ese segundo, Fernando siente que su diálogo —el diálogo de la pieza que debiera estar representando a esa hora—, se esfuma, sube al techo con el humo; y deja de contemplar la alfombra para admirar las sonoras caderas que avanzan hacia él.

Cordilleras mínimas, valles y acantilados blancos; pliegues y repliegues de olas inmóviles, mares fijos de tela blanca: sábanas en relieve estático y olvidado, en ese rincón.

—Tenés las manos frías.

—Tenés las manos frías y la frente caliente. ¿No tendrás gripe?

Por segunda vez, no puedes. Una vergüenza blanda te sube por las piernas, mezclada con rabia y con indignación. Te metes bajo las sábanas y buscas, ofuscado, palabras que te defiendan:

—Hace mucho que no me pasaba. Estoy preocupado, será por eso. —Qué bien sonríe usted, Adela.

—No le des importancia, le dice, pensando en otra cosa.

—Dejame descansar un poco, a ver si así...

Te das vuelta. Una pared de hotel, cubierta de papel floreado. Simétricos jacintos (¿jacintos o jazmines?) descoloridos, y dos líneas verdes que los unen, leves, cada pocos centímetros. Eso, en tu retina, y detrás de los dibujos, sobreentendida, la pared; y adentro el corazón late muy rápido, y en las venas cuántos pulsos de más, sin humildad, enloquecidos. Cuentas difíciles. Los jacintos —o los jazmines— reciben un gran círculo de luz de la lámpara que vela en la mesita. Alrededor, la sombra

a medias descifrable, rincones de penumbra. No hay asombro, en ti, lo que tal vez complique las cosas. Hay deseo reprimido, sed, hay lo que no se libera sino con incontinencia. No se evita, la espera, ¿no es así? Estás esperando, y ya sabes qué; todo lo que hagas es mentira, lo que digas y oigas será falso; no estás aquí, estás en otra parte, esperando que te llegue el momento, ya sabes, sí, bien lo sabes. Una pared, basta, eso es una pared, un tabique, acaso, que separa de otro cuarto idéntico, con otros dos como ustedes, acomodados en la cama de hierro, rechinante y sumisa. Nadie se salva de nada, mirando un tabique; ¿para qué lo miras? Con el interés de los niños que admiran imágenes de iglesia. Eso es una imagen: el santo tal o cual. ¿No significa otra cosa? Debería. Entonces, ¿cómo no sucede nada? De un santo se exige un milagro. El niño no sabe que lo exige, pero se queda clavado en la cama, la cabeza apenas apoyada en la escasa almohada, los ojos fijos. De una pared, o de un tabique, con jacintos o con jazmines, ¿qué se espera? ¿Qué exiges, tú? Las flores no se mueven. No hay brisa en el papel. No hay jardín que las contenga. Una mano las pintó, hace tiempo, una tarde de sol, sobre cartulina blanca. Después imprimieron el modelo, con la colaboración de algunas máquinas, otras manos. A lo mejor una de las primeras tardes de ensayo. A lo mejor, justo, durante el ensayo general de tu primer papel; el de un rentista cínico, en una pieza de un pobre discípulo del pobre Benavente. Miles de metros de ese mismo papel, y docenas de manos de obreros que pegaron en docenas de habitaciones, cientos de metros; cuántas manos trabajando;

basta de manos. Tantas manos, tanto afán y tantas horas de trabajo circunspecto, y ahora el tabique, dócil, cubierto de descoloridas simetrías. ¿Para qué? ¿Para qué, tantas manos? ¿No se miden, entonces, los hechos? Una mano, en esta o aquella oportunidad, cobrará más importancia que tantas, tantas otras, y en mu-

cho menos tiempo? La mía. Yo maté, con una de estas manos. La tuya, bueno; tú mataste.

—¿Qué hacés?

—Me miro las manos. Te voy a contar un secreto. —Usted es capaz de sonreír, cuando vuelve de mojarse la cara para refrescarse, Adela, aunque le conteste con seriedad:

—Ya pasó un rato muy largo, querido.

—Te pago otra vez. Otra media hora, ¿estamos?

—Estamos. — Usted es capaz de ir, semidesnuda, hasta la silla, para guardar la plata en el bolso, antes de oír la historia, Adela.

—No, es difícil. (Tu mano, ¿cómo vas a contárselo! Si le dices: flaca economía del universo, serás irónico, tal vez, pero incierto, y no te entenderá. Lo que necesitas es poseerla, apretar sus hombros contra tus ojos.

—Déjame antes descansar un poquito.

Y te das vuelta otra vez. Ella fuma y mira el techo, echada de espaldas. Usted fuma echada de espaldas, Adela: un techo de raída cal, de manchas y telarañas oscuras, indefinibles. Tú, de nuevo, con el tabique. Y cuántos hoteles, y cuántos, los tabiques y las flores de papel, pegadas por años sin que nadie, sin que ningún improvisado amante las observe, sin que las toque mujer alguna. ¿Cuántos, dices? ¿Ouién enunciará la cantidad exacta? Tú viste a Virginia, en total. ¿cuántas veces? Cuántas la tuviste, la estrechaste, la miraste, la retuviste, desde la primera vez? No es que te abandones a números fantasiosos (que gritan la victoria del signo) por el simple prurito de contar, pero te inquietan, los jacintos (los jazmines) y no sabes cómo enumerarlos. ¿Habrá un destino preñado? ¿Habrá realmente, un destino? ¿Llevará alguien la cuenta de las flores pegadas en paredes de hotel como este? ¿Y de todos los del país? ¿Y del mundo? Eso no aclara el hecho de que por un solo gesto de mi mano derecha, me vea ahora obligado a semejantes cálculos.

No, eso no aclara lo de tu mano derecha. Sin remisión,



una única vez. Singular vez; estás ahí, completando la pena, completando una función que llaman el destino, de asesino incorrecto; cosechando la vida, tratando de concluir por un trozo decente, pintando tu sombra y cumpliendo con tus consecuencias, prolongando un acto al que llegaste después de mucho, sin saber que lo estabas preparando cada día, ignorante de tus propios designios. Y pretendes sumar ese tabique (o esa pared) y apreciar sus jacintos o jazmines; un lápiz distraído los pintó, ¿no te das cuenta?, para un comercio ajeno, y tú no los conocías. Viniste con tu mejor propósito: ser fiel a tu condena, no abdicar antes de tiempo, seguirte, hasta la máxima cordura, y te encuentras con un tabique que te distrae, te deja absorto, atolondrado. Basta. No consigues vaciarte, olvidar. Por favor. Quieres desmoronarte hermosamente, trágico y seguro de tu caída. Puras pretensiones. Esta mujer, aquí, a tu lado —niña grata, fácil mujer de cabaretes (según hubiera dicho tu padre, arrastrando las eses y con unas “e” tan agudas como “i”)— esta mujer vino, obediente, a contribuir con su casualidad. No te la niegues, imbécil, poséela, que acabe de una vez tu marchito pasado, oscurecido, amenazando ruina. Pronto, dale, antes de que te impidan crucificar la memoria de esa maldita Virginia (que amaste), cuyo rostro no perderás tan rápido, y que verás, de nuevo, cuando mueras. Una Virginia que se te sale por la punta de los dedos, por las uñas. Deja el tabique, vamos, no lo mires ya;

y te pones de espaldas, y usted con los brazos abiertos al combate, Adela; la crucifixión será un símbolo, y todos los símbolos son inexactos, pobres, errados, embrionarios, torpes, laterales; sin embargo, la crucifixión será símbolo: el símbolo de una victoria sobre un distante cadáver de la morgue. ¿En la morgue? ¿Qué hora es? Te enderezas, súbitamente, y la golpeas en el codo:

—¿Qué hora es?

Usted no tiene más remedio que asombrarse, y antes de responderle, debe ir, otra vez, semidesnuda todavía,

hasta la silla, y mirar el relojito, adentro del bolso, Adela:

—Las diez pasadas.

—Acariciáme un poco, por favor.

Qué mundo pulcro, el de la piel; mundo enjugado; qué paciencia en los poros. Y la tersura de la mano, buscando lo que necesita, levantando finas ondas, quietos vientos de fuego; qué contracciones cálidas, casi sin consonantes; las pocas vocales que las pueblan son de aire, y se rompen apenas en los labios, como en dos diques breves; lo que no ha de murmurarse, se oye, sin embargo, en la carne; colinas, cordilleras calientes, montes blancos y blandos; ángel de tibia nieve, montes cerrados y absorbidos como si hablaran los temblores, en ellos, por primera vez; geografía dulcísima que el esqueleto oprime y que tiende a acortarse, a acentuarse, si la mano se demora; imitación del cielo, clave. Ah. No quieras saber, Fernando. Rezonga la boca describiendo manías, repeticiones; protesta un brazo que retiene la mano para mejor ayudarla, no por impedir sus excesos; caen los párpados y se pierden los ojos ensismados hacia adentro, y ella, ella que pronto se abrirá como corola regular, ella, jacinta, jazmina reiterada, habrá de someterse con la sonrisa quebrada, por fin cerca de un dolor tolerable que corre ya hacia exhausta paz.

Usted, a fuerza de repetir los prolegómenos, a fuerza de esperar lo que no venía, se ha olvidado del dinero y de su oficio, Adela. Usted, entusiasmada y ávida, así, estricta mujer con apetito, lo quiere, finalmente, a este Fernando, es decir, quiere que pase algo con él; le dolería, ahora, que el pobre no pudiera; ¿es simpatía o desea satisfacerlo, simplemente? ¿Querrá, tal vez, gozar usted también, Adela?

Tú deberías enderezarte, tomar la dirección de la lucha, aprestarte a la alegría del jinete. ¿Por qué no lo haces? Ella te ha apretado con furia la mano derecha; se eleva en tí un dolor fuerte:

—Mi mano, Virginia, mi mano!— Ni siquiera sollozas; bajas de la montura, tiembles un poco; no puedes. Ay,

esta vez usted se enoja, y no es para menos. Cogida como estaba en su propio lazo, en su mismísima trampa. Adela.

—Me parece que conozco tu secreto, querido, ¿eh?

Tú, no la mires; ¿cómo le vas a contar?

—Bueno, andate; esto no marcha; no puedo explicarte.

—Ni falta que hace.

Jugar a los sarcasmos, contigo; te falta valor. ¿Y de qué te serviría? Ella es capaz de irse rápido. Se viste, se acicala sumariamente, frente al espejo y tú te vuelves otra vez —ni falta que hace despedirse, tampoco— hacia el tabique o la pared donde persisten los jazmines o los jacintos. Caramba. De Virginia, el nombre te vino sólo al final, cuando te dolió la mano. Pero ya estabas imaginando cosas, tú. Te viste, viste a ambos, las caderas de ella y sus senos urgentes y tu mano apretada, acalambrada, y ella, con los ojos apagados y constantes, triunfante; te viste, dolorido y desconcertado: como un espectador permanente, que concebía las delicias antes de sentir las. Imposible; el dolor en esa mano, maldito sea, fue lo que acabó de liquidarte. Tanto lío por una mano;

si ya no hay cuchillo! Tan sólo un poco de ironía... humor: soy un asesino acostado en un cuarto de hotel de tercera categoría. hipnotizado por una pared de jazmines o jacintos irresolutos, que tuvieron un día color más fuerte: un delincuente: si soy un delincuente, que me perdone Dios, señor comisario. Aunque te pongas a cantarlo, el tango, no te vas a reír; el humor no estalla, no se atreve, queda enlutado, se ahoga. Un delincuente insólito, no abundan los hombres célebres que vayan a la cárcel. Célebres, en Montevideo: no me hagas reír. ¿Y qué? Célebres en su medio, ya es algo. ¡Basta! Si pudiéramos elegir de veras lo que pensamos, si pudiéramos seleccionarnos, escoger de la conciencia sólo los momentos puros; y si pudiéramos elegirnos en cada acto, —sería verdaderamente, un insoportable aburrimiento, vivir; y si existiera, de veras, el arrepentimiento, también;

bueno sería, en cambio, después de un hecho, arrodillarse y cantar!)

La ventaja del tabique, no te aprueba, cuando te equivocas: y te fuerza a meditar. Pensemos suavemente: son más de las diez de la noche, debo tomar una decisión.

—Me olvidé del prendedor.

Usted irrumpe sin llamar, y va derecho a la mesita de luz a recoger un prendedor de oro falso, Adela.

—¿Volvés al cabaret?

—No, estoy cansada. No sé... No, me voy a casa.

—Te llevo. ¿Adónde vivís?

—En Juan Paullier y Canelones, cerca del Parque Rodó.

—Te llevo. Esperá que te llevo.

Usted cree que él dejó el auto en las inmediaciones, y no se hace rogar, Adela. Tal vez más tarde la deseará de nuevo; otros cincuenta pesos y acaso una diversión, con este tipo que quiere y no puede. En todo caso se ahorra el taxi; y si te ahorras el taxi, por lo menos te sirvo de algo, ¿eh, querida? Ya ves, Fernando, cómo los jazmines (vamos a ponernos de acuerdo: eliminemos la disparatada posibilidad de que sean jacintos), cómo, los jazmines, pues, están lejos, ahora que te lamentas de no disponer de un traje más lindo, ahora que se te ocurre jugar al donjuanesco generoso a quien place, a veces, ir con mujeres de la calle; lamentas no ducharte, claro, pero tienes que resignarte, tomar del brazo a esta mujer y decidir, después de vestirme muy rápido, porque sí, acompañarla. Un cazador de niñas que regresa, lánguido y satisfecho, más temprano de lo que suele, permitiéndose, de camino, dejar en su casa a la furtiva enamorada. Cuando ella te invite a entrar, para beber una copa, tú sonreirás, sagaz, y apartarás la idea con un ademán, mientras juegas con los mechones que caen sobre sus pequeñas orejas: No más, hoy, estoy cansado.

Haces bien en vestirme rápido. Transpiras un poco, todavía; ¡st!, eso, lo soportas y te callas; no empecemos con tus medidas higiénicas. Son las once menos diez. En el teatro, a esta hora, caía el telón del primer acto, hasta ayer. Toda la policía debe estar buscándote. ¿La policía?

Imposible. Aquí hubo error. Aclárenlo. Pero, sí, por supuesto, inmediatamente. Mire mis papeles. Tome. Mis documentos, tome, tome! Como ve, soy José Luis Rodríguez Blanco Negrín (mis antepasados, mercaderes españoles, hubieran dicho Blanco y Negrín), rentista, treinta y seis años, soltero, uruguayo, primo hermano de un español amigo de Benavente (Benavente, ¿sabe?, un autor de teatro; el único cursi que atacó a la cursilería), aficionado a las damas maduras y libres, aunque más aficionado, si cabe, a los buenos vinos, que me traen directamente de Francia o de Chile, según los casos. (Una pequeña manía de refinado imperturbable: "si no los hay aquí, se traen, y basta). Me confunden ustedes. Y si no, miren mis manos. (Se rompe, el recuerdo y tú azotas los pedazos). ¿La policía? Debo sufrir otra pesadilla. "Hereditad, mis pesadillas. Ya mi padre padecía de ellas, y también mi abuelo." ¡Qué idea! Vengarme, yo... ¿y de quién? Pero, por favor. Tengo defectos y me los conozco, pero no soy vengativo. Miren: con la última ley que sacaron los batllistas —para amparar la producción, sostenían los hipócritas, y todos sabían que era para reventarme a mí—, se me complicó la vida: tuve que vender acciones que hubiera preferido guardar para momento más oportuno, y cuando vino a verme el empleado de la Embaiada de Estados Unidos que dirige la orientación del diario que dirijo, perdimos más de una hora antes de encontrar la manera de compensar el desequilibrio producido en las economías de mi Partido y de mi familia. Sin embargo, fui generoso. No revelé una sola de mis pérdidas y me limité a exponer, en un editorial, las desventajas de una política que se aparte de la solidaridad panamericana. ¿Yo, vengarme? Casi diría que soy excesivamente noble. ¡Qué idea! Y crearme actor, para colmo, y conocido. Aprecio mucho el arte, pero usted comprenderá que un hombre como yo, alguien de mi importancia, no puede... en fin, estoy seguro de que usted me entiende. Y asesino de su propia mujer, después que, durante tantos años, he endilgado a mis compatriotas un nombre titilante: cuando, en realidad, en mi cédula de identidad se lee: Gaspar Tra-

bín, sí señor, para servirlo. Y, verá usted, uno se llama como quiere llamarse, según la obra que se represente. Yo, ¿asesinar a mi esposa? Si soy soltero. Viudo, no soltero. Mi mujer murió al día siguiente de mi primer duelo con un rival liberal. Pobre, le falló el corazón. (A mi mujer, porque a mi rival le fue lo más bien, y guardé cama varias semanas). ¿Detestar a las mujeres, yo, que estudié el arte de amar con un discípulo de Ovidio? ¿Yo, que después de recibirme de Escribano pasé tres años completos en París perfeccionando mis conocimientos en materias como Sellados y Timbres y Papel Numerado! Vamos, hombre. Será una deformación profesional: digamos que me consideran un actor que se toma de pronto, la libretad de inventarse un personaje. Pero no, puesto que yo no soy tal actor; un rentista, soy, tangencial y tempranamente metido en política, desde el día en que compré un diario (en 1928) y cada vez más entreverado en ella, sobre todo desde 1945, cuando compré una radioemisora y más aún, desde que en 1960 me vi obligado a adquirir, a medias con un ministro, un canal de televisión, a fin de contrarrestar la nefasta influencia del comunismo en nuestro país y en América del Sur en general. Por consiguiente, se trata de una de esas agobiantes pesadillas. Muchas, últimamente, me deían mal, para serle franco. Me levanto sudando, asustado; he visto a un barbudo —un sicario de Fidel Castro, sin duda— escondido entre los altos cortinados que tapan los ventanales. Y no sólo de noche, sufro de eso también de día, durante la siesta, en verano, por ejemplo, al volver de la playa. Mi amigo, el empleado de la Embaiada, me ha dicho que también a él le sucede, a veces, durante el día. Mire que crearme casado, y asesino. Vieja costumbre, presencia paterna, familiar, esa de las pesadillas a toda hora. Y vieja costumbre, la mía, de equivocarme de persona, cuando salgo con intención de cazar ninfas. Treta de viejo zorro, de conoedor: técnica muy elemental. Puede que usted tenga razón, nese a todo: acaso no sea el rentista. —el señor rico metido en política desde fines de la adolescencia— ni tampoco el actor secundario llamado Gaspar

Trabín. Lo que sucede es que si soy Fernando Alvarez, actor primario, me lo olvidé.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tenés?

—Nada, nada, ya voy. No te dejes dominar por un escalofrío parecido al que te dio en casa de

Claudio! Segundo olvido. Ah, decididamente, no estoy bien, hoy. Una cita, con Claudio Rébora; excelente muchacho, no, de veras, debía verlo, ¿para qué? En Andes y 18, qué ocurrencia, en la puerta del Sorocabana, y supongo que no era para tomar café. ¿A qué, semejante cita? Yo, un opíparo rentista. ¿Con Claudio Rébora? Sigo sin entender.

—Vamos.

Sacándote un sombrero imaginario dibujas una reverencia palaciega para cederle el paso. Luego, un saltito de bufón, y sales tras ella. Y usted, mi buena y querida puta, usted empieza a divertirse con este compañero de desgracias nocturnas; usted se dice que al fin de cuentas, él la sacó de la monotonía, Adela.

—Creía que tenías tu auto.

—¿Cómo sabés que tengo uno?

—Eso se ve.

—Está en el taller. Choqué, ayer de mañana.

El taximetrista te ha mirado con cara de pocos amigos, vaya a saber por qué. Tengo que pedir algo al médico, para estas pesadillas: qué fastidio. Esta vez ha durado demasiado. Unas píldoras, qué sé yo, un sedante. Ah, esta Amanda, tan jugosa, siempre, con los muslos tan firmes. No pasa el tiempo para ella. Más de tres meses que no holgábamos juntos, creo, ninguna mueca como la suya, en aquel instante, y tan discreta. Merecería ser burguesa... Una de las raras, hoy, que admiten las aberraciones sin etapas de supuesto temor decreciente. Mi cansancio, suave, tierno como en la mejor adolescencia, y vivo. La juventud debe ser eso: los placeres de la adolescencia depurados, trans-

feridos, hechos sentido y sentir a un tiempo: gusto y conciencia, sensibilidad inteligente, intelectual.

Rentista único medio para dedicarme escrupulosamente a revivir en el goce, el goce pleno y penoso. (Lo de la política era cuento; una broma. No soy primo del personaje de Benavente, por otra parte. Soy ese personaje mismo, aunque no de Benavente, no, de Benaventete, no, de un discípulo —eso es: un discípulo— de Benavente; un poco cambiado, eso sí; perdí el texto y tengo lagunas.) Penoso, el goce, porque muere, pleno, ya que dura y perdura en mi boca. Cuando termine con las correrías, haré lo que el Marqués de Bradomín: escribiré mis Memorias. Nada tengo que ver con Valle-Inclán, pero los dioses saben si van resultar aleccionadoras, mis memorias. No porque haya inventado nada. No porque sea yo un sublime teórico capaz de desentrañar, paso a paso, las aparentemente insondables etapas de una conquista bien lograda. No. En teorías y técnicas, aunque más dotado que mi hermano, el que dirige una fábrica de longanizas en conserva, gracias al diablo nunca se me fue la mano. (La mano que no entiendo, que tira de mi saco, que me aprieta la camisa y la zozobra.) Nunca exageraré, en eso; si debiera definirme por un rasgo relevante, diría que soy un gran improvisador. Parto de una sólida teoría tradicional, entendámonos, pero me instalo enseguida, sin escrúpulos, en la espontaneidad. Improvisar, cuando se improvisa como yo, es descubrir más rápido; nada más. Improviso y gano. Infalible. No;

mis memorias resultarán aleccionadoras en la medida en que demuestren hasta qué punto, en el sexo, se vence por sugestión. Incluso las monjas que enamoré, en otra época (cuando disponía de más tiempo y no me gustaba tanto acostarme temprano, como ahora) hasta esas, cayeron, jocosas, víctimas de una sugestión que nunca osó expresarse. En resumen: yo sugiero, no pido. (Creo que en lo de las monjas, he mezclado aquí otro personaje, pero, bueno, no tiene importancia.) Ellas reaccionan, entonces, ante la sugerencia, libres de actuar como ante un

juego, pero sin aceptar formalmente lo que están haciendo. Y cuando pretenden reaccionar de veras, ya han jugado demasiado, quedan en la trampa. Como esta pobre Amanda que hoy rendí a mis imanes y que al principio no quería, parecía una de las otras, las refractarias.

—Oye, Amanda, cuántos meses hacía, exactamente, que tú y yo no...

—Me llamo Adela.

—Oh, perdona, Adela; qué tonto soy. ¿Cuánto hace, que...?

—Cómo, ¿vos ya te habías acostado conmigo? No me acuerdo. (Ah, la memoria femenina... Debe fingir; pura coquetería, en el fondo. ¿Tendré que esforzarme para que me ayude a completar el personaje? Me pondré más barroco.)

—Adela, es posible? ¿No te acuerdas de mí, cuyas larguezas tanto te halagaron? Tu memoria debería guardar, por lo menos, alguna de mis más fúlgidas hazañas.

Usted lo mira un momento, con expresión de vaca, seria, grave. Tratando de asegurarse, repasa las facciones de este hombre que no conoce, Adela. ¿Acaso se burla? No sabe bien lo que dijo, pero pretende conocerla de antes. ¿Habrá bebido? No, lo hubiese notado al principio. Parece muy cansado, nada más. ¿Será un loco, un enfermo? Habla con el tono de viejo confidente, como uno de esos cincuentones regulares que se acuestan con usted el mismo día de cada semana, a menudo a la misma hora, y que acaban por contarle sus problemas domésticos, las dificultades con la esposa y lo que cuesta educar a los hijos. No, este no lo ha visto nunca, o sólo una vez, si no, con la memoria suya, Adela, usted recordaría. Su rostro, sin embargo, ahora que lo examina con cuidado, le parece confusamente familiar, como si lo hubiese visto ya en una de las revistas de la peluquería. Usted le perdona la inhabilidad de hacer un rato porque, después de todo, lo encuentra simpático, ¿eh, Adela? Es un rico tipo, joven, todavía, acomodado, a juzgar por la ropa, probablemente dado a la vida social, un poco vanidoso, cómico, a ratos, pero inofensivo. A lo mejor, hasta un

tipo importante. En sus modales tiene algo de extranjero. Y juguetón, en la cama, como un gato, Adela. ¿Será impotente?

—¿Por qué me mirás así?

—Estoy tratando de recordar; decís que nos conocemos...

—Bueno, yo puedo conocerte a tí, aunque tú no me recuerdes. Además, ¿qué importa? Hagamos de cuenta que somos amigos y basta. ¿Sabes? Aquello del secreto que te iba a contar, era broma. Y en cuanto a lo otro, ya no me preocupa que no saliera bien. Si quieres, nos volvemos a ver. En mi casa, todo marchará de perlas.

Usted se endurece, y mientras busca un cigarrillo en el bolso, responde sin mirarlo, Adela:

—Así, cuesta más.

—Oh! Por las barbas de Felipe II! ¿Piensas sólo en eso? Por supuesto, sí, pagaré lo que corresponde. Quiero saber, eso aparte, si te gustaría, aunque sea un poquito, hacerlo bien, conmigo.

—Uh, eso...

—En fin, no te sería desagradable.

—No, claro, como con los demás.

No es ella. Una mujer —por más prostituta que se crea— no olvida a Don José Luis Rodríguez Blanco y Negrín. Sobre todo si lo recibió en su lecho un par de veces. No, te has confundido. Tu nombre también confundiste, pero viene a ser lo mismo. Y la otra también se llamaba Adela, esa que recogiste en el cabaret, hoy, cuando todavía no... cuando no eras un... (No, esta es la del cabaret; la otra, aquella que yo solía visitar en su casita de Punta Gorda, la mantenida, esa no la veo hace años, desde antes de cas...) Me confundí. Te confundiste, lo que yo decía. En fin, si una mujer se vuelve tan miserable y si — ¿será la impotencia de hacer un rato? Bueno, de cualquier modo no merece que gaste con ella mi lenguaje florido. Y yo, trayéndola en coche hasta la puerta de su casa. Qué infeliz. Quédate tieso, la mirada adelante, más allá del parabrisas, las manos sobre las rodillas, en actitud de elegante patricio, dueño de una

fábrica de tomates en lata y accionista de una sociedad en cuyo canal de televisión se grita que es indispensable consumir esos tomates (para bien de la salud popular); quédate con los puños apenas cerrados y la cabeza alta. Que se vea tu nobleza. Sin inclinarte, sobre el tronco inmóvil, que tu cabeza gire hacia Adela y tu voz suave, en el registro grave, con dulces armónicos y tono displaciente diga:

—No eres tú, pequeña. Quería ver lo que decías. En cuanto a volvernos a ver, no creo que sea posible.

Gira de nuevo la prominente cabeza patricia, toma la actitud que reservas para las fotos donde se te ve recibiendo a tus invitados en la quinta de la Avenida Suárez. “Nuestro director, el Señor Escribano Don José Luis Rodríguez Blanco Negrín, junto a la señora de... y al Doctor...” Todo esto en lo alto de la página mundana, y abajo, sostén dialéctico de la mundanería, bien grande, la exigencia: “Tome Coca-Cola”. Quédate así como ensismado en tu grandeza de comerciante anónimo pero público, pronto para la estatua de un escultor de cuarto orden. Si la fiesta que ofreces resulta demasiado fastuosa, siempre está la posibilidad de dar limonsna o de contribuir a la construcción de un templo. (Los templos son muy útiles a los mendigos, bien lo sabes, pícaro altruísta.)

Y usted sola, entonces, mi pobre Adela. Ex-manicura, mujer de alquiler en cabaretes, de ocho de la noche hasta —máximo— tres de la mañana, con opción a abreviaciones tanto como a suplementos. Un poquito desorientada, usted no sabe, ya, si le es simpático o antipático, si se burla o no, si no será un impotente, o un sádico menor o si solo es loco, o bien no será un tonto o sinvergüenza. No comprende, usted, y mete la mano en el bolso y busca el billete de cincuenta —el segundo, porque el primero lo lleva escondido en el zapato, para que no lo vea el proxeneta, cuando llegue—, y menos comprende al comprobar que no la ha robado, este tipo, Adela. Se siente un tanto ridícula, un poco más harta que otros días, ahora, porque agotan, las peripecias imprevistas, en este

oficio. Al fin y al cabo usted prefiere la rutina, diga la verdad. Chao, Adela. Ah, y quiero que sepas...

—Chao, Adela. Ah, y quiero que sepas que Felipe II nunca se dejó la barba. Los jesuitas no le hubiesen tolerado semejante coquetería capuchina. (Deja que ella le indique, tú, deja que le diga al taximetrista donde le conviene bajar. No te vuelvas a saludarla otra vez, ni esperes que cierre la puerta, para ordenar que siga hasta el parque.)

La noche, una, completa. Uniformemente poderosa y secreta en cada uno de sus rincones; limpia y calurosa. La noche calurosa, fresca de una brisa que levanta los cabellos y se mete entre la ropa. Casi viento. La noche lo recibe, sin transición. Valientes estrellas escasas, se salvan de ahogarse en un cielo de nubes negras. ¿Huyendo? Sus pasos resuenan en el pavimento; se interna entre los árboles. Tenía que venir (huyendo). Iba allí, estaba previsto. El parque se abría como un rumoroso y profundo amigo; grandes letras de neón, al fondo, manchaban de luz roja y gorda un rincón de la costa: otra vez, la exigencia. Mientras Rodríguez Negrín duerme, sus aliados y tutores vigilan. La United Coca-Cola Company anuncia al mar que por ahora domina.) Caminar, caminar;

solo, caminar, la cara contra el viento, sin rumbo. (No por mucho tiempo. Un personaje había fallado —los labios se cierran hacia atrás, contra los dientes— había que substituirlo. Necesitaba alguien con quien dialogar. Lo fundamental, por el momento: no pensar en eso. El pasado quedaba hecho una bola de trapo, grande, como un atado de ropa en un rincón al que no se vuelve. Una bolsa oscura, sucia, de la que ignoro el con-

tenido. ¡St! Que no se lo nombre: primera condición, regla del juego.) Luego, caminar, caminar, todavía, caminar, siempre, ebrio de la noche cálida pero fresca; caminar;

caminaba, camino; bajo la piel de mi persona, (rápido, hay que elegir) la duda trae temblores, o la fiebre; con ellos, iba subiendo por la avenida de árboles amistosos, cuando advierte en la acera opuesta, junto al pedestal que sostiene la fea, infiel cabeza de Florencio Sánchez, bajo la luz de dos focos, un agente de policía. Lo sacude el miedo y también la sorpresa de asustarse; se asusta de tener miedo. Tonto, atontado, se detiene, y por un instinto veloz adopta la actitud de quien comprueba, de pronto, olvido, y vuelve sobre sus pasos. Lo hace despacio, sin prisa ni lentitud exageradas, con bastante naturalidad. Camina en dirección opuesta; desearía mirar hacia atrás, ver si el policía se ha movido, si ha reparado en él. Un calor ardoroso le cocía la nuca, parecido a una mirada severa. Resistía. A cada paso, lo aliviaba el silencio y el rumor de los árboles. (¿Por qué te persiguen? ¿Por qué te odian? No aprendiste a temer, y no lo aprenderás. ¿Por qué te asustan? Tienen que respetarte. Esta avenida lleva al lago.) Yo fui un niño claro, íntimo. Tienen que respetar mi infancia. Esta avenida lleva al lago.

Como ha tomado un sendero que converge con el anterior, separado de él por pocas plantas, atisba de reojo al Florencio infiel. Diminuto, las manos juntas tras la espalda, allí está el agente de policía, mirando hacia otra parte; la gorra seguirá echando sombras en su cara, bajo la luz extranjera, extraña. No mires más allá, Fernando, están obligados a respetar tu infancia. Y esa infancia, en ti, en cada uno, en todos, es lo más difícil de unir, de coordinar con el presente. De demostraciones, ya ni disponen, los biólogos, que primero concluyeron, tenaces, en la coherencia, en la unidad, convencidos de la permanencia de una pupila, una mano, una intención, un

sexo, a través de los años, —para después desdecirse. De la infancia;

un niño blanco, de fácil asombro, pacífico, tierno, que no vino hasta aquí. Se te habrá perdido. ¿Adónde? En qué día, se habrá perdido. ¿A qué hora? ¿Qué hora es? Ay, todo por resolver; deben respetar no sólo mi infancia; también mi futuro, y todo por resolver. Necesito un personaje, no uno que ya me conozcan, si no me lo adivinan, me desenmascaran. Es como si después del "Ser o no ser", Hamlet se diera vuelta, tirara el cráneo al suelo y preguntara, ladino, riéndose: ¿Quién soy?

Desde el lago, aumentaban los pasos. Un hombre que se paraba a cada instante. El no lo ve; oía, bastante cerca, del otro lado del camino, tras arbustos oscuros, un poco más allá, tal vez, de la luz que dibujaba sombras en el banco de madera. Y un trotar sordo, apenas perceptible: un perro, rasgando el suelo húmedo, en el aire inquieto, entre los árboles. Esos pasos de hombre y perro, ¿no podrían pertenecer a otro momento, otro país, otro día? Si por un esfuerzo, innumerable, consiguiera, aquí, donde me detengo, transformar el lugar y transformarse, si pudiera hallarme en un parque de Londres o en no sé qué remota ciudad, y otro. Otro, instalado en un personaje sólido, sin obligación de abandonarlo; hablar otra lengua, haber heredado otras costumbres. Y todo por resolver. ¿Qué hago?

Vienen hacia él. El perro, sujeto a trailla, gruñe. Fernando, espéralos. (¡Pepe! irrumpe inexplicable alegría. Por eso. Vine al parque porque pensaba ir a lo de Pepe, inventar cualquier cosa y acostarme, esconderme; y no me atrevía.)

—Esta tarde los llamé varias veces y no contestaban. ¿Siguen sin muchacha? Quería invitarlos para luego. Una improvisada. (¿Luego? ¿No podrás dormir?)

—... Mis paseos de siempre. Sultán necesita visitar los

árboles, antes de acostarse. Pero tú, ¿no tenías función?

—Se suspendió. Ramírez está enfermo.

—Pareces muy cansado.

—Problemas... Discutimos, con Virginia, y me fui. De tarde. Hace como seis horas que ando dando vueltas y anoche, además, no dormí bien.

—¿Ya cenaste?

—No. ¿Qué hora es?

—Once y diez. Mirá, ¿por qué no te venís a casa? Si querés, llamás a Virginia.

—¡No! Es decir, sí, voy, pero no la llamo. Está afuera, ella; no vuelve hasta el martes. La pelea fue antes de que se marchara, mientras preparaba la valija. Ni le dije adiós. (Bien mentido, Virginia sigue yendo, a Rocha, cada quince días, a visitar a sus padres.)

—¡Está afuera! Mejor que dijese: no quiero verla y listo.

Tú, Pepe, comprendes que Fernando no es sincero. Pero haces bien en tomarlo amistosamente de un brazo y no decirle que miente. Refunfuñando, Sultán termina de regar un árbol.

—Veníte a casa a comer algo. Te quedás a dormir, si querés, ya que estás solo. La reunión es abajo. Un poco de lectura, al azar de la conversación, coñac y whisky, tonterías y discos. Terminaremos simulando que bailamos, como siempre. Si tenés ganas, bajás; si no, te quedás arriba. A mí no me molestás; podés quedarte hasta mañana.

—¿Quiénes vienen?

—Todos conocidos. Rafael y Coca, la señora de Domínguez, Joaquín Peralta, Julia. Puede ser que Peralta traiga algunos poemas. (Julia no falta, Fernando. Menos mal que no sabe.)

—¿Julia del Campo, claro? Hace meses que no la veo.

—Mejor así, sobre todo para Virginia. (¿Qué tontería es ésta, ahora?)

—Perdoname. Quería ser humorístico. Perdoname la torpeza. Estoy eufórico. Cada vez que nos reunimos, me pongo eufórico, y estúpido. Perdoname.

—De todas maneras, nunca tuvimos nada; si no, lo hu-

biera dicho, a Virginia antes que a nadie. Historias de la gente.

—No me incumbe, de cualquier modo; perdoname.

La calle Luis Piera es pequeña, blanda, indefensa. De pronto, detrás del Parque Hotel, forma una plazoleta frustrada, una especie de protuberancia; de la acera redonda parte una escalera. Pequeña, blanda, indefensa en la noche desierta de caminantes, discretamente iluminada; a medias dormida, ya. Una casa de dos plantas. Entran por el garaje; pasan entre el Citroën negro y la pared, hasta un jardín trasero, rectangular. Allí, entre dos jazmineros amenazados por una viña que parte de una piecita aislada del fondo y avanza, mal sostenida por armazón de hierro, Pepe deja a Sultán encadenado a su casilla. Más lejos, entre las plantas y el césped, triunfan varios rosales y un macizo de hortensias. Otra es la noche, aquí. (Pasan, rápidos, los versos:

Vivir, todavía, sentir cada noche,
entera, la urgente pureza del tiempo,
oír su paso, en el jardín,
su pie agudo en el espacio, su pie sabio.)

—Hermoso jardín.

—¿No lo conocías?

(Y qué paz; embriaga. La paz. Con un jardín así, yo, solo, siempre de noche, tarde, sin vecinos ni visitas. La solución tardía; no por mi culpa, aunque en parte. Demasiado tarde. Y viviré sin este perfume.)

—¿Subimos?

Lo pone al tanto: la ducha, la toalla, el jabón. De este lado del corredor, el cuarto. Si quiere oír música, la radio. (El tocadiscos lo tiene abajo.) Traes el programa quincenal del Sodre: "Ciclo de Conciertos Nocturnos", a partir de las diez. Son los programas que hace Campodónico.

Deben estar en las últimas obras. Pasan Monteverdi y Pergolesi. ¿Te interesa? La cama, la luz. No te ofrezco pijama, porque tengo los dos en el lavadero. (¿Entonces él se acuesta desnudo?) Mientras te bañas, te preparo una bandeja. No intentes abrir la ventana grande del baño; está roto el pestillo. Te voy a traer la bandeja. Hay un buen vino Santa Cruz. Dormirás como un ángel. (¿De dónde habrán sacado que los ángeles necesitan dormir?) Si decidís bajar, lo hacés por la escalera de atrás, así nadie sabe de donde venís, y no hay por qué inventar explicaciones.

Gracias, siempre lo mismo, ese es el temperamento, hasta en los que parecen más evolucionados; el uruguayo vive al borde de la vergüenza; teme que sepan que dormí aquí. Timidez, y a consecuencia de la timidez, la grosería. Arruina tanta finura, tantas prevenciones, demuele su sutileza con un detalle. ¿O es que supone algo y busca ayudarme? Soy injusto; pensará que no quiero que sepan, y es mejor, tiene razón. ¿Qué hora me dijo que era? Doce menos algo; no, no le volví a preguntar. Bueno, serán doce menos cuarto, más o menos.

Medianoche. También somos cuerpo. Sobre todo, lo somos. Impecables baldosas blancas; afeitada y baño. Abreviada cena, a media luz. Excitado, como después de un paseo al sol. Afebrado, trémulo, gozoso de la perfecta máquina de afeitar, del agua tibia, del jamón, pero sin la lentitud interior del placer, con una lentitud difícil, indomable, de tartamudo que se esfuerza en pronunciar despacio, lento por disciplina. Subyace, latente, la tormenta. Estoy marcado. Haga lo que haga, estoy marcado. Cómo place estirarse entre las sábanas frescas. Recién entonces percibe el murmullo de abajo, las voces. Han

ido llegando mientras se bañaba. A veces, una voz se separa por completo del resto. Identifica a Rafael, a Julia, a Peralta. Joaquín no debe haber llegado; oiría sus risotadas. Ruido de copas, pasos amortiguados por la alfombra y la distancia; de tanto en tanto, risas leves. Alguien va a leer. Se callan. (Vivir, todavía, sentir, cada noche;) recién empiezan la parte seria, y de esa hasta la otra, mediarán unas cuantas horas. Qué lindo estirarse, completamente desnudo, sentir los miembros, el tronco, el agradable animal. Aquí, el costado, aquí la cuenca de la ingle, el sexo, los muslos, las rodillas, que no llegaba a tocarse. Su animal, su mamífero perfumado, articulando esta pierna, un poco, luego descansándola para articular la otra. Merecería masajes.

La ropa cuelga de la silla, cerca de la cómoda. Observaba la pieza. La luz, sobre la mesita de noche, salía de una lámpara con forma de pirámide verde y se la encendía por medio de un botón de nácar disimulado en uno de los lados. Una alfombra pequeña, color crema, cubre el piso inmediato. La cama de madera, ancha, más de lo que suelen serlo las de soltero. Enfrente, las cortinas densas ocultan la ventana. Acostado sobre la espalda, las manos bajo la nuca. Esta posición tantas veces repetida, tan vieja, en él, adoptada tantas y tantas noches y tardes —símbolo de la continuidad—. Se reconocía por ella, sabía que era él, el mismo, incambiado aunque cambiado; idéntica persona en distinto tiempo. Las manos bajo la nuca y la mirada en el techo lo aliviaban, lo tranquilizaban como las voces del salón. (No se teme sino a lo desconocido. Todo otro temor es el revés de un deseo.) Al menos estaba seguro de esto, de sí; era él —esta vez no habían trampas— era Fernando Alvarez en uno de sus gestos habituales inconscientes. Se me cerraban los ojos.

Se volvió y los abrió de nuevo. La pared: siempre hay una pared, enfrente. Pared, no tabique, y sin jazmines, sin dibujo. Lisa como cartulina; opaca, de un verde tímido, casi imperceptible. Una pared —acaso un horizonte. La nada palpable. Una planicie vertical, y lo

invadieron más versos de la pieza que debía haber representado hoy:

Una gran paz, una planicie blanca,
un horizonte, de inmensidad,
necesitas; ¿va a tardar?

Cómo se derrumbaba todo, en esta calma; cómo se diluían los mejores propósitos, los más horribles recuerdos.

Gran paz y gran planicie, un horizonte,
lejos más seguro, tan preciso.
Y por el sueño, mi voz avanza,
¿a qué distancia de mí mismo?
Y hacia el sueño de la planicie — blanca.

Pianissimo. Por la blanca planicie —levemente verdosa, tenue— su paso de duende enguantado, su paso de niño grande. Sin tiempo exterior, parece, hacia la inconsciencia. Dormir. Un brazo se estiraba, se adelantaba la mano aunque supiera que no tocaría ese horizonte, por el mero placer de sentir que iba hacia él; cortaba el aire con dulzura. Vas a olvidar. No lo sabrás, cuando duermas, no serás consciente del tránsito. No probarás, como antes, a guardar el recuerdo del último segundo, en la frontera con el sueño. Un ritmo de flautas lejanas al unísono. Virginia; tú no quisiste, no sabes cómo habrá sido. No quise, Virginia, ¡vive! Y me dormí sin llorar.

Cuando, en la vida de relación, se carece, durante el día, de medios adecuados para corregir actitudes que se saben negativas o se las tiene por tales, inútilmente agresivas o incompatibles con los propios intereses —independientemente de normas éticas—, o, cuando momentáneamente, alguna circunstancia prohíbe esos medios—, el su-

jeto concreta la venganza contra la vida asestándose a sí mismo una pesadilla. Esto sostiene Engelbert Mefferklinge en su libro "Origen, funcionamiento y alcance de la pesadilla". No aclara en qué consistiría, eventualmente, la corrección de aquellas actitudes pero un discípulo suyo, Franz Rüpel afirma con vehemencia que consiste en reparación de errores, obtención de enseñanzas a partir de una debilidad útil y abdicación provisional para mejor reinar luego. Varios psicólogos belgas y uno canadiense coinciden con ambos alemanes, maestro y discípulo, en que la pesadilla constituye un medio primario, vulgar, quizá, y en todo caso muy incómodo, burdo e imperfecto, de autocorrección. Según ellos, la ventaja, en cambio, reside en la limpieza, en la desintoxicación operada en el sujeto, y esto en total intimidad, sin que sus próximos se enteren siquiera de la evacuación ni oigan de ella rumor alguno.

Visto desde esa teoría, Fernando, alterado, condicionado hasta los límites y cercado por su propia incapacidad, demasiado orgulloso para ser simple (¡diablos, qué tanta historia, por un desgraciado asesinato!), demasiado complejo para humilde, se entrega, unas horas —sólo unas horas— a un sueño sin descanso, agitado, desigual, pesadillesco: está confirmando los decires de Mefferklinge, Rüpel, los belgas y el canadiense. Hay un olor fuerte a jazmín. No quedan, para Fernando, detrás, sino confusos recuerdos que desembocan, confusamente, en la misma idea (confusa) y que son para ella como inexorables ríos, de remoto e inexorable origen, echándose en un único lago de penumbra. La misma preocupación, la misma locura: lago que se ensancha sin que se lo advierta: que se agranda, estéril, empero, sin moverse, ocultando árboles, parques, jardines. Lago de autopureza, como dirían Mefferklinge, Rüpel, los belgas, etc. Hay un olor a jazmín cada vez más intenso. Sube a la garganta, la aprieta: rodea la cara, como una mano abierta y persistente; se navega;

se navegaba sentado en un bote rojo, muy rojo, como roja rosa; se navegaba hacia el lago desde no se sabe

qué río, tal vez desde varios, y ora se encontraba uno ya en el lago, ora, retrocedido, en uno u otro río. Sí, desde varios. Sólo se disponía de un remo, y eso incomodaba, daba rabia; (las imperfecciones son menos tolerables que la desgracia.) (Un solo remo, Fernando. Debiste pensar en ello, cuando aquel vendedor de grandes barbas te espetaba, con voz de sacristán: "Compre más, compre más, hágame caso." Por lo menos tres remos, hacían falta, según él.) Con este único remo que pasa de una a otra mano, a medida que se cansa cada brazo, se dirige el ovalado bote, muy ovalado, desde el centro del lago inmóvil —o desde un río circular y cerrado— hacia lo que parece costa o isla muy frondosa, donde asecha un jabalí gigantesco.

Sobreviene una tormenta, no difusa, no extendida en el cielo, —un cielo verdoso, clarísimo, conocido pero que no se ve—, sino fija en un punto, frente a uno, diagonal, hacia la izquierda. Una tormenta recta, no más grande que un avión, formada por dos nubarrones superpuestos en forma de cruz, gordos, muy gordos, y un gran rayo que recorta su luz y se apaga, alternadamente, bajo ellos, como un cartel comercial, en suma, con forma de pirámide, que gira y avanza al mismo tiempo. Aquello se asemeja, tal vez, a la decoración de una pieza de teatro que se pusiera a andar, desligada del resto, y se internase en el lago, viniendo al encuentro de uno, vacía de personajes. Una decoración desesperante. La tormenta no tiene que alcanzarme;

es indispensable escapar. Se toma con las dos manos el remo —y se observa, por primera vez, que es corto, muy corto— y se golpea varias veces el agua, pero el remo no entra en ella. ¿No es agua? Recién uno comprende. Es como petróleo duro. Se ahueca cuando recibe, oblicuo, el remo, pero no se deja penetrar. Uno ha sido traicionado. A esta altura, no caben dudas. Se tiene la noción de la traición y se ve a la tormenta acercarse con una suerte de pavor religioso, como vería la lista de sus interminables pecados, un pecador en trance de comparecer ante su Dios. Entonces uno

se agita, en el bote, intenta golpear, ay, con el remo oblicuo en el lago indescifrable; primero a la izquierda, luego a la derecha. Uno se pone de pie, el bote empieza a danzar, uno golpea detrás, delante. Larga el remo con todas las fuerzas, en cualquier dirección, y sale entonces del agua la propia cabeza de uno con los ojos cerrados que dice:

—No intentes convencernos.

La tormenta se pierde, durante esta aparición o antes. El bote deja de sacudirse, queda quietísimo, y uno se ve obligado a soplar en el agua para que avance, mientras da explicaciones a la cabeza emergente y pudiente de uno mismo.

—Ante todo, sepa que no me he traicionado, le dije. Puedo probarlo. Mire: Se ignora la causa, pero débese hablar con muchísimo respeto, más ahora que saco del bolsillo un cuchillo pequeño, pequeño, no más grande que un dedo, parecido a un prendedor.

—Eso no alcanza; habría que mostrar la herida.

—Váyase al cuerno, le respondí. ¿Y cómo la traigo, la herida de ella, hasta esta agua fría? (Es bravuconada; uno no ha tocado el lago, no sabe si el agua está fría. Además, uno no podría traer a la herida sin traer el resto del cuerpo, y eso, legalmente, es imposible.) La cabeza de uno no contesta; abandona, súbitamente, el diálogo. Se hunde, emerge enseguida un instante, vuelve a hundirse, vuelve a emerger por última vez y por fin desaparece bajo el agua negra para no regresar. Uno piensa que han querido predicar sin el ejemplo, pero como desde la costa proviene una risa (costa o isla), y como ya no hay jabalí a la vista, uno se atreve a insultar a la cabeza (adónde fue a dar el jabalí, es cosa estrictamente inavergonzable). sobre todo ahora que desapareció. Pero las palabras no llegan y al cabo del esfuerzo sólo le sale a uno una frase social:

—Ha perdido el sentido del ridículo. (La risa suena con más vigor.)

Joaquín empuja el vaso y lo vacía de un trago.

—Y no es la primera vez. ¡Ja! Si lo hubiesen visto

recitar Lorca vestido de torero, y bailarse luego un fandango con aires de andaluz en estado de coma, ¡mi madre!, se caen de espaldas. (Ríen a carcajadas.)

Reían. Pepe consultó el reloj: iba a ser la una. Claudio acababa de llamar. Algo ocurría, pero no quiso decírselo. La voz lo vendía, sin embargo. ¿Para qué necesitaba a Fernando? Y que llame, a cualquier hora, si viene, aún de madrugada. "Tendré el teléfono al lado de la cama"; esa frase la recuerda. Y al final: "...más importante de lo que él cree"? No: "mucho más importante de lo que imagina, por favor, decíle eso si va a tu casa, y que me llame." Mucho más importante... Ay, usted Pepe, no sabe qué hacer, si subir a despertarlo o desentenderse del asunto. Aquí hay gato encerrado, y le gustaría tanto descubrirlo. Estaba muy cansado, Fernando, cuando lo encontró en el parque. Y atónito, inmóvil, como mirando un espectro. Bueno, eso es muy de él, de sus ratos de poseur. O simple desvarío de actor, no sea usted cruel sin razón, Pepito. Claro que las mentiras que le echó y esa llamada de Claudio, no son para desechar... Demasiado tarde para llamar al teatro, si no averiguaría eso de la enfermedad de Ramírez.

—¿Alguno de ustedes sabe por qué se suspendió la función del Odeón, esta noche?

—¿Se suspendió? —Julia, usted no está habituada a la sinceridad; retoque su sorpresa, exagere el tono y ya no parecerá completamente espontánea. Asegure:

Yo estuve con Beatriz, de tarde, y no me habló de que no actuaran hoy: me lo hubiera dicho.

—Parece que Ramírez está enfermo.

—¿Ramírez?, corta, tonante, Joaquín. Se habrá enfermado a última hora. ¡De sódometis! —Ríen menos que antes. Usted, Pene, condescendiente, abandona la investigación y mira el brazo del sillón sobre el que se ha sentado a la jineta. ¿Para qué lo querrá. Claudio a Fernando, no es cierto? Mejor que duerma otro poco: no hace dos horas que se acostó, y se lo veía muy nero muy fatigado. Mirando ahora los zanatos de Julia, Pene, usted parece distraído y descortés. Improvise una anécdota, quizá. Pe-

ro no. Mejor que lo haga ella. Usted, Julia, improvisa una anécdota para salvar a los muchachos de este insoportable silencio. La anécdota completamente no vivida; invéntela. Aun cierta, en sus labios siempre será falsa. Eso es. Todos la escuchan con atención, le creen o quieren creerle, y usted, Pepe, sin oírla, mira su cuello fino, suave; aprecia su escote, sugerente sin excesos, admira la sabiduría felina con que dispone gestos y atavíos. Usted, Julia, corra hacia el entusiasmo. Una sola copa (bien llena) alcanza para entusiasmarla, a usted. Qué bueno, vivir, ¿verdad? Alcanza la noche y el salón. Un poco de alcohol y un hombre cerca, y ya se siente viva, vivida como una flor matinal. Cuente, Julita, cuente:

...si no hubiese ido ese día, a esa hora precisa —inuitada— no lo encuentro. Y no encontrarlo, equivalía a perder la oportunidad del negocio. El caso en que este sueco me dice: Señorita, si a su tío le interesa, cerramos trato esta misma tarde; yo parto para Nueva York mañana, antes del alba. (Aquí, Julia, su voz debe adquirir un acento de caverna, entre solemne, aparatoso y torpemente extranjero, ridículo, como saliendo de un cilindro: antes del alba,— un ogro con ecos, o un oso que aprende a hablar.) Y yo no lo dejé seguir, lo corté para contestarle...

Rodaban las palabras. Pepe: usted miraba a Julia un instante más, luego examinaba de nuevo su sillón, acariciaba el brazo de cuero liso y se preguntaba, sin abrir los labios: ¿para qué lo querrá? Decidía, enseguida: no lo llamo; lo que necesita, sobre todo, es dormir. Decidí bien. Mantendré mi decisión. Su cara fatigada me impresionó. No es por pereza, no me molesta que baje hasta el teléfono, y ellos sepan que dormía arriba. No, es otra cosa, una especie de generosidad: que duerma primero. Nada tan importante como recuperar energías; descansado, se es otro. Y usted seguía, Pepe, cabalgando en el sillón. Más que cabalgar, usted volaba. Si me vieran... Yo volaba;

por una calle ancha, muy ancha, el niño volaba en

un tiempo verde, bastante verde, de mañana o de tarde, pero de ningún modo de noche. El niño vuela con los ojos duros de miedo, sin atreverse a mirar hacia atrás. Los mechones castaños se levantaban contra el aire, y sus manos querían saltar más, más adelante. No mira, el niño, pero ve qué lo persigue. Un brazo grande, muy grande, mayor que un águila, vuela, también, y en el muñón, donde debería hallarse la mano, un cuchillo enganchado, vertical a la tierra, en ángulo recto con el brazo. Cadenas de árboles se suceden, con la velocidad de los que se observan desde un tren, al borde de la carretera, rompiendo la regularidad de los postes. Atrás, muy atrás, debe quedar el lago de petróleo, fingida agua negra; se alejan de él. Los ríos se han perdido. La calle, ancha, muy ancha, reluce como cera dura. Apostaría uno a que en ella no se resbala. Al fondo, nada, salvo el diminuto horizonte, incapaz de engañar a nadie, y al que se adelanta el vértice de los árboles, tragándose la calle lejos, muy lejos.

Brazo y cuchillo lo aventajan a uno, y más parece el niño perseguidor que perseguido. Pero algo lo sigue, que antes no estaba: una mujer mínima, del tamaño de una muñeca grande, los ojos cerrados, tiesa, los brazos junto al cuerpo y juntos también los pies, que vuela suavemente al lado de los árboles rozando sus copas, sobre la acera, oblicua a la tierra. Poco a poco va agrandándose. Viste como el niño, una suerte de toga ajustada, y como él parece imagen de iglesia. Calle y acera y árboles: no hay casas ni edificio alguno. A izquierda y derecha sólo se abren inmensos y negros vacíos, como planicies de petróleo sólido. (O de cera dura.)

Uno ve ir a los tres: el brazo con cuchillo, el niño, la mujer. Al cabo de un rato (o enseguida, o mucho después) el brazo salta repetidas veces, baja como flecha, queda el cuchillo horizontal y siguen ambos volando a ras de suelo, delante del niño. De tanto en tanto, regularmente, se produce otro salto, el cuchillo pellizca la calle, se eleva y sigue; pellizca de nuevo, se eleva y sigue, pellizca,

se eleva. Un pájaro carpintero lerdo, sin prisa, pero que vuela.

Hasta aquí falta el sonido, o si lo hubo, no se lo oyó. Entonces, la mujer —que ha alcanzado un tamaño enorme y permanece horizontal a la calle—, canta, sin despegar los párpados, una melodía pacífica, lánguida y simétrica, como un ruego. Al principio no se entiende el texto, o es que sólo tiene vocales; luego: no intentes convencernos, mano sanguinaria, hábil destructora, no intentes convencernos. Su voz aguda, un poco aflautada, resulta infantil en ciertas inflexiones. A la palabra “destructora”, muchos tambores suaves alteran el aire. Sopla una brisa. La carrera no ha variado, continúa, idéntica, un buen espacio: no intentes convencernos, convencernos... Las notas largas se prolongan y vibran como varas que no llegan a romperse. Los golpes de tambor aumentan de volumen, tapan la voz; desaparece el cuchillo, y desaparece el brazo. La mujer aterriza, se endereza, queda quieta, de pie. El niño frena, de golpe, su vuelo, se inclina también y se pone frente a ella. Los pies sin apoyarse en el suelo verde, bastante verde, unos centímetros por encima, suspendidos, ambos abren los ojos y se miran como si no se vieran, con una mirada blanca, de ciegos, hasta iniciar una confusa letanía. A cada frase de la mujer, el niño contesta repitiéndola, y enseguida ella recita otra, y así sucesivamente. Cada frase empieza con tono normal, a medio camino entre la conversación y la oración; la última palabra se multiplica con el timbre que daría un altavoz y es absorbida, de inmediato, como si se la devorase una aspiradora. No ruegues y convéncenos, responde el niño. El “con” se agudiza; “ven” sube muchísimo y “cenos” salta, deformado, silbido de fuerte viento, seguido por una especie de “uiiiii”. Yo no sé dónde me encuentro, no me veo, pero sé que estoy.

La letanía no termina nunca. Interviene un piano de juguete, parecido a una pianola, y se callan los tambores. Reaparece, en el fondo, la tormenta; esta vez, sobre uno

de los nubarrones, se yergue mi cabeza tal como emergiese antes del lago con los ojos cerrados; mi cuerpo entero aparece, completamente desnudo. La tormenta avanza sin que la mujer ni el niño abandonen la recitación, pero sus palabras cambian y ahora una canción francesa de hace diez años, de esas que aún suenan a veces en los cabarets, con su melancolía serena, púdica, y un dejo de suficiencia: línea melódica sencilla, tonal, primaria, indolente, pueril, romántica; no se sabe quien la canta; es un barítono cansado, escéptico y tramposo:

Que reste-t-il de nos amours?

Que reste-t-il de ces beaux jours?

La señora de Domínguez, que de Domínguez sólo guarda, por sentimental, el nombre y una renta mensual, estrecha a Joaquín y Joaquín tolera la presión y se alegra de ella. Todos han bebido de más. Julia: usted diserte, fogosa, para Peralta y Pepe; aventúrese en análisis de amigos comunes y no admita interrupciones, mientras, en el fondo, alumbrados por dos luces indirectas y únicas, lejos del tocadiscos, Rafael y Coca bailan lentamente, se mecen bien apretados, apoyándose ya en uno, ya en otro pie.

Usted va al bar con el pretexto de servir más bebidas, Pepe. Mira la hora: dos menos cuarto. ¿Tendrá que despertarlo? Usted no sabe qué le va a decir, porque acaso no desea reírle la llamada de Claudio. Ignora por qué no lo desea; teme, sin duda, que se trate de algo peligroso para Fernando, y comprende que el sueño lo salva del peligro. Hay otra cosa que usted no consigue elucidar, ¿no es cierto, Pepe? Un matiz de perversión, un sentimiento indefinido, que oscila de la sensación de lo inevitable a lo desconocido, que lo impulsa a eludir su obligación, lo que prometió a Claudio por teléfono. Usted se siente tal vez como si tuviese el destino de Fernando a su disposición y una fuerza oscura

lo guiara, diabólica, a perderlo. Usted se detiene y piensa: perversamente. No. Se recupera y corrige: si es, de veras, algo grave, mejor que acumule reservas, que descanse, pobre Fernando. El sufre más que ella, con esos problemas conyugales. Y abre una botella de Martell.

¡Virginia! Claro, ¿cómo no se le ocurrió antes, Pepe? Debería llamarla. Es muy tarde. ¿Qué importa? Así sabría. No tendría usted que contárselo a él; inventaría. Y si Virginia responde, ¿qué le dice? No. Total, si no está no le sirve de nada. Usted prueba su quinto vaso de coñac sin liberarse de la obsesión. ¿Y si llamara a Claudio, por ejemplo, y le dijese que sabe donde está Fernando pero no se lo dirá salvo si él le explica las razones de su prisa? Sería agresivo, grosero, incluso, pero eficaz. Usted, Pepe, como siga así, va a despertar a Fernando para esconderse detrás de la puerta cuando él llame a Claudio. No sonría. Esa curiosidad... Digna de Julita. No es sólo curiosidad, le parece a usted. Ah, ya. Se pone serio: Fernando es su amigo y lo estima mucho; tal vez lo envidie un tanto. Pero esas indecisiones... Usted participa, en cierta (indeterminada) medida del porvenir de Fernando, no dude más sobre este punto; usted está llamado quizá a elegir, y no sabe elegir; usted pretende ignorar todo, del asunto. De acuerdo. Sólo le toca cumplir con su deber; nada más. Claudio tendrá sus razones, para verlo; pero, ¿serán las de Fernando? Y, sobre todo, ¿le convendrá eso a él, que duerme, ajeno a todo, allá arriba? ¿No lo sacarán del reposo para atormentarlo con una noticia terrible, para enterarlo de lo que más le valiera ignorar? Otra posibilidad: que a Virginia le haya sucedido algo o que ella haya cometido una tontería. ¡Oh! Al fin y al cabo, a lo mejor usted está creando un drama con detalles insignificantes, Pepe. Y después de todo, usted no es el padre de Fernando.

Deje que Pepe le llene de nuevo la copa, Julia. Quiere decirle algo, y a usted la divierte, evidentemente, que se le acerque con ese misterio, con su timidez cró-

nica, cuando se han acostado juntos más de diez veces. Usted, Julia, no ama a Fernando —usted no suele amar— pero lo desea desde hace tiempo, es notorio, y le ha sufrido muchos desplantes, ha sacrificado su orgullo para ganarlo con paciencia. Entonces, Pepe ha pensado que usted sería la indicada para sonsacarle, y que aceptará intentarlo con tal de subir a verlo. (Peralta, ebrio, ha ido a poner de nuevo el mismo disco; está melancólico y quisiera probar si le queda alguna posibilidad con la Domínguez, que se ha sentado, espejito en mano, a enjugarse la frente y arreglarse los cabellos y la pintura de los ojos, mientras Joaquín busca cigarrillos.) Usted levante las cejas, Julia:

—¿Aquí, durmiendo arriba?

—¡St! No grites. Es tu gran oportunidad; te la doy con una condición.

Sus párpados, Julita, titilarán. Inmediatamente, un gesto de dignidad ofendida que apenas insinuado, muera, en el rostro, y transige y se precipita:

—¿Cuál? Vaya dejando el vaso sobre la mesita; cuidado, que lo va a tirar por no mirar donde lo posa; levántese y deje que Pepe reciba una bocanada de perfume, acérquese más, domínelo con sus senos, mírelo despacio, fatal, como si le prometiera que después, cuando guste, él podrá disponer de usted una noche entera.

—Que lo despiertes con un pretexto y averigües si le ha sucedido algo importante, hoy. Y si te convences de que sí, te enteres de qué tiene que ver en ello Claudio Rébora.

—No te entiendo.

Como es largo y sutil de contar, usted, Pepe, indaga —es comprensible— la manera de abreviar, y en cinco o seis minutos consigue, más o menos, que Julia comparta sus dudas y sus temores.

—Qué historia más complicada. (Retenga ese eructo, Julia, por favor.)

—Oh, no. Tomaste demasiado. Iré yo.

Usted, Julia, lo agarra de una manga, con fuerza. Sus ojos de cortesana mimada, suplican; sus senos rozan las

solapas de Pepe, y casi toca las piernas de él con sus piernas.

—Por favor, Pepito; me muero de ganas. Te prometo que lo haré.

—Jurámelo.

—Te lo juro.

No olvides lo más importante, si ves que realmente pasa algo, averigüas la parte de Claudio, etc., etc.; usted, Pepe, le dice todo eso y mucho más, mientras ella se va, pero lo hace sólo por la forma; sabe tan bien como ella que representaban una comedia, recién, y que lo del juramento era broma o cortina de humo. Usted sabe perfectamente que la historia no tiene pies ni cabeza, y que carece de sentido, encomendarle esa tarea a Julia; sabe que ella mintió, como usted se mintió a sí mismo y le mintió a ella.

Así que, en resumen: Julia ya no lo oye. Peralta, de pie junto a un tocadiscos que para él oscila tanto como el disco mismo, busca los ojos de la Domínguez, pero sólo distingue de ella una manchada, borrosa, inefable sonrisa, y ni sabe si se la dirige a él o al otro; Julia: eche una mirada en derredor, y cuando Peralta se acerque, pida permiso en voz normal y salga. No, Pepe, no piense más por qué lo hizo. ¿A fin de que complete la noche, cree usted? ¿Y dice que lo siente por Virginia y se lo contará para consolarla? Usted, Pepe, es otro gran sinvergüenza. Tal vez no se equivoque al prever que Fernando y Julia van a abrazarse. Sonríe, usted, mientras ofrece un cigarrillo a Joaquín.

*Un paysage, si bien caché
Le cher visage de mon passé*

Ligeramente menos vanidosa, la voz desafina un poco. Pero la tormenta ha vuelto a desaparecer —y con ella su rugido, que antes uno no notaba y ahora comprende por ausencia— y ya no quedan sino el niño y la mujer, frente a frente, a igual altura, juntos, nariz contra nariz, casi tocándose, ambos con las manos junto al cuerpo. Ter-

mina, por fin, la letanía; sin prisa, el niño saca un cuchillo de su toga, y lo clava en el cuello de la mujer, que se raja; las hendiduras van reproduciéndose, se multiplican por todo el cuerpo, con leves crujidos de pan fresco. Como una estatua formada por mil trozos pegados, —estatua recién reconstruída o a punto de desintegrarse—, la mujer permanece un instante, fraccionada pero entera, mil veces dividida, de pie, milagrosa; luego se desmorona. El niño cierra los ojos, extiende los brazos, comprueba, delante, el lugar vacío, y sigue enseguida, en el aire, con manos de ciego sensual, ya convergentes, ya divergentes, las formas de la mujer desmoronada, montículo de piedrecitas grisáceas, ahora, a sus pies. Las manos acarician el aire, despacito, despacito, con lentitud irritante, y van bajando, hasta rozar la piel. Primero debajo del mentón, suavísimas; luego, pesantes, en el centro del pecho y el borde de las axilas; más tarde, insistentes en el vientre, y más abajo. Manos de mujer, amorosas, que despiertan en uno la piel dormida, la piel compacta, y van abriendo los poros a mejor luz. Respiran en el cuerpo, levantan apenas el espacio que lo rodea, lo apaciguan y lo excitan simultáneamente, envolviéndolo en un vapor ceñido y purísimo. Manos, en la cara las tenemos, manos, juntas, rodeando la cabeza de uno y sosteniéndola, y labios húmedos que humedecen los nuestros; una mujer conquistadora que domina, ya, en su aparente negligencia, en su insinuación callada, acostándose a nuestro lado. Desnuda, también. Todavía sin estrecharnos, sus piernas cálidas llaman, su vientre nos roza.

—¡Ey!

—¡Ey!, imíte, usted, burlona, Julia. Luego module al fuego y llame en voz baja:

—Fernando.

Entonces él entreabrirá los ojos; cuando lo haga, sin permitirle que encienda la luz, impóngase, Julia. Se sienten, en la oscuridad, sus ojos abiertos a medias, se siente esa presencia caliente de esperanza, imponente. Uno se decide, en silencio, a tocar su cintura, a acariciarla. ¡Virginia! Crece la sed, y el juego. Nuestras manos se vuelven

torpes; apresuradas, de pronto, y de pronto sabias, desmoronas. Chocan entre ellas, se agitan, se separan, de nuevo se encuentran y se escapan de nuevo. Virginia, Virginia recuperada. Un sol estalla en el cuarto tenebroso; jinetes contrarios se estrechan hasta odiarse con júbilo. Encallan en fragante playa, tras soberbia agonía. Estoy, maravillosamente, inmarcesiblemente fatigado.

Que reste-t-il de nos amours?

Que reste-t-il de ces beaux jours?

—¡Ah, no! ¿Otra vez ese disco?

—La última, te prometo.

Que reste-t-il de nos amours?

Idénticos, frescos, acalorados, interiorizados, Rafael y Coca dejan de moverse, en un rincón; el último, remoto rincón, para ellos; abrazados, juntos, pegados, inseparables, ya ni arrastran los pies; despreocupadamente públicos. La señora de Domínguez se lleva a Joaquín de la mano. Peralta, resignado e impreciso, descubre, al despedirse, que se ha manchado, con torta, tal vez, la solapa del saco. Evita un traspíe y pregunta, por lo bajo: ¿Y Julia? Se fue sin saludar, pidió que la disculparan, etc.; hasta pronto, etc., etc., y todo lo demás. Usted regresa al salón y no puede evitar, Pepe, que su mano recoja los vasos en peligro, esos que manos descuidadas dejaron al borde de una mesa, en el suelo, o tras un objeto que los esconde demasiado. Vacía varios ceniceros, ya que está. Las tres y veinte. Hoy terminaron temprano; no había ambiente. Rafael y Coca (Coca v Rafael), contentos, tristes, soñolientos: nos vamos. Ella arrastra un saco que ya no necesita y él se arregla la corbata.

—Chao viejo. Te llamo el sábado, para ver si van al ballet. Voy con Cristina, dice usted. Pene: si ella hubiese venido... Bueno. Estarían arriba, devorándose, a esta hora, si ella hubiera venido: en el otro dormitorio, aunque Fernando los oyesen. (Ya: y aunque ustedes oyesen a

Fernando.) Usted abre la ventana para que salga el humo que comenzaba a molestarle la vista. Ha cesado el viento. Confuso, se oye el mar. Una luna fría se apoya arriba del Parque Hotel y descubre con su luz árboles secretos. Si Cristina hubiese venido, Pepe, ustedes no estarían arriba, ahora; primero irían a caminar por el parque, o por el mar, antes de acostarse. Pero, ¿qué estarán haciendo, aquellos, allá? Si usted sube, se va a encontrar tal vez con lo que no debe ver, Pepe. Pero vaya, vaya de una vez a fisgar; está muy cansado, y tiene que acostarse. Apaga y sube. Enciende la luz del corredor y se para a oír; ni un ruido. Se asoma, en puntillas. Fernando duerme de costado, una mano fuera de la cama. Respira tranquilamente. Julia se ha ido. ¿Y ahora? Si se lo dijo y le importa tan poco, ¿por qué habrá de preocuparse usted, Pepe? Gana la pereza, o la perversión, o la duda. Mientras se desviste, lo acosa algún remordimiento vago. Lo que hará usted, finalmente, es poner el despertador a las siete. Entonces irá, lo llamará y le dirá que Claudio telefoneó. Cuelgue el traje, no más. Pepito; no pierde nada. Fernando, con tres horas más. Ultimo plazo, ¿eh? Hay que aprovechar lo que resta de noche.

Julia, un moralista diría de usted que se ha portado como marrana. Claro que nadie la declararía culpable, de buena fe; su parte, accidental, no habrá determinado nada. Julia, usted debió, no obstante, cumplir lo prometido.

—La promesa carecía de consistencia, eso iba sobreentendido. Y despertarlo completamente... ¿Y si me rechazaba? Era muy capaz, el estúpido.

—Sí, despertarlo. Usted debió decirle lo que Pepe le pidió, porque Claudio lo pidió y porque —uf, ¿para qué repasarlo todo?— Mañana lo leerá en los diarios. Eso sí, cuando lea, no lo crea, Julia. Julia, amiga, si mañana le muestran en un diario demagógico una injusta foto, si le

dicen: es el criminal, bueno, no hace falta prevenirla, a usted; mañana es capaz de reírse pensando: soy la única mujer del grupo que se acostó con un asesino. Usted se ríe de todo; no tiene salvación, usted, Julita, bandida.

—Mi conciencia no sirve como modelo de cristianismo; pero mis sentimientos son cristalinos, como mis placeres, cristalinos... Y cantan.

—Sensualota.

—Tanto tiempo imaginándolo. Creí que era sueño.

—Lo era.

—No para mi.

—También. ¿Por qué le mintió?

—No le mentí. Fue él, que exclamó: ¡Virginia! Yo lo dejé, si eso le agradaba... No iba a distraerlo, justo en ese momento.

Julia, usted se ha puesto más impúdica, más cínica y más desvincijada de lo que corresponde. Hace mal en defenderse. Se ha ido. Escapó, la muy intolerable, escapó, la muy maravillosa, en su coche de incontables caballos; usted, Julia, que corrió a más de cien kilómetros por hora y llegó a Carrasco en doce minutos y pocos segundos; (doce minutos hasta la esquina, los segundos hasta el pino mismo que cuida su puerta, en la calle Divina Comedia): usted, Julia insobornable, no ha temblado con la pesadilla que torturaba a Fernando: ni siquiera la advirtió. Doce minutos y veinticinco segundos hasta la puerta, hasta el pino: salva, sana y salva y levemente ebria: usted no sabe, Julia, mientras entra a su lujoso dormitorio; ni supone ni sabe, amiga. Salva y ebria. En la mesita de luz, las letras infantiles, tembleques, de la empleada habían dibujado una frase negra sobre papel celeste: "De parte del Dr. Revora, que lo yame antes de las 2, esta noche sin falta." Ni consulte el relojito. Julia, son las tres y veinte. Lo llama mañana. Claudio, Fernando y Pepe. ¿Qué se traen? Un bostezo. Claudio, que busca a Fernando por todas partes, llama a sus amigos. Dos bostezos. La pollera se deslizaba a lo largo de las piernas finas. Y Pepe, con él, en la casa, y Virginia ausente. Si supieras, Virginita. Un bostezo largo

impide la sonrisa. Vuela el resto de la ropa. Mañana, Julita, usted va a obligar a Pepe a contarle todo; al menos lo decide así. Y si Fernando se encuentra todavía en casa de Pepe, se enterará sin preguntar, bastará una amenaza velada. Divertidísimo. Pepe va a enfurecerse, con usted, pero sabrá aplacarlo. ¿A quién no aplacaría, usted? Alegrará ebriedad. Tres bostezos. A la cama. Apague, y el brazo, lánguido, trae la mano atrás, a rascar, lánguida, la rodilla, bajo la sábana, lánguida. Cómo place estirarse entre las frescas sábanas. Qué lindo, estirarse. Sáquese el camión, Julita. Así, qué agradable, completamente desnuda, agradable y lánguido. Suspire. Ah, Julia; usted ni supone, ni sabe, ni imagina.

La noche, una, completa, desde mucho antes de Carrasco hasta mucho más allá del puerto, en todas partes. La ciudad quieta. Desde el mar, una masa extendida, bajo irrisorias y pequeñas luces; una mancha de temblores luminosos y sordos. La noche, en su más suave interregno, sin duración. Indiscutida. Descansen: cada uno ha pagado su día. Todos menos algunos como Pepe, que no consigue dormir. Ha dado varias vueltas tratando, sin éxito, de olvidar. Pero, Pepe. Se diría que su verdadera vocación es interesar a los demás. ¿Es por eso que los importuna sin descanso? Mejor que deseché el despertador; lo hará saltar justo cuando empiece a dormir profundamente. La muchacha no viene hasta las nueve, y usted no tiene por qué dejar la cama antes de las once. Con que esté a la una, mañana, en la oficina, alcanza. Déjele una esquila, a Fernando, por si se levanta antes que usted.

Esfuerzos imprecisos. Busque el papel y la lapicera, si quiere, pero primero debió calzarse; el suelo está frío. ¿Qué le pone? "Domingo. Las tres y media. Llamó Claudio Rébora, a la una. No oíse despertarte para que durmieras bien. Dice que lo llames. Te dejo esta por si despiertas antes que yo. Insistió mucho en que no imaginas

la importancia de lo que tiene que decirte." Relea, Pepito, seguro que corrije. Substituye "domingo" por "mañana del lunes", tacha "para que durmieras bien". Va, con ceño de conspirador, al cuarto de Fernando, guiado por la lejana luz del corredor, coloca la tarjeta en la mesa de noche, sin hacer ruido, levanta del suelo una punta de frazada y sale. Pepe, ¿para qué dudó tanto y esperó toda la noche? Hay, en su actitud, un resorte secreto, último, difícil de descubrir. Tal vez algo que usted mismo no gustaría confesarse. Pepe... Y le cuesta, con todo, dormir. Pasadas las cuatro empieza a roncar.

La noche, una, completa, desde todas las partes, desde todos los rincones de la tierra, hasta todas las otras partes, todos los otros rincones; aquí, en el Parque Rodó, como en mil distintos lugares. Tan diferente, infinita, múltiple y unitaria, en cada casa y en cada jardín, apoderándose, densamente, de las cosas, continuando, naturalmente, a las otras noches; única, servicial, abominable; única, y si quien la sufre no venciera el círculo de desesperada voluntad de vida, la inercia lo llevaría a morir, sin salir de impenetrables nebulosas de la noche, de la noche que tiende a persistir, abominablemente, suavemente, horriblemente, dulcemente.

Una, completa, densa. En todas partes. Única, prolongando también el día y contradiciéndolo; negativamente, firme, una, la noche, entusiasta pero lenta, apasionadamente tranquila, una, completa;

en todas partes. Uno se encuentra en una carretera doblemente flanqueada de árboles. No hay casas ni edificio alguno. Uno escribe en un gran pizarrón que bloquea la carretera, con silenciosa tiza blanca: es una tiza de goma. Una voz va leyendo lo que la mano dibujaba, y uno no conoce esa voz, pero no se queja, porque no conviene. La densa noche sigue ganando autoridad, cada vez menos tolerable. Aún faltan varias horas.

Tal vez no sea lo más indicado anotar en un pizarrón

tan grande, pero corresponde, aunque poco. Virtualmente, me asechan, ya, y antes del alba empezará mi pasado. Antes del alba, esto es seguro: lo han dicho varias veces. Se producirá el ataque, por primera y última vez; albores victoriosos iniciarán el recuerdo, en caso de que alguien se acuerde de uno. (Para que existan recuerdos, son necesarios cuerpos que los rodeen, y mis amigos disponen de cuerpos distraídos y triviales.) ¿Cómo llegué a esta situación? ¿Cómo me dejé dominar, yo, que solía gobernar a los demás sin estimarlos, sin probar siquiera de entenderlos, —yo, que movía titeres periféricos sin preocuparme de los dolores de sus miembros de madera—, yo, que subía a escena para ganar la voluntad de quien se me ocurriera? Lo peor, es que no sé dónde estoy, y consciente de mi ruina, convencido de la amordazada tiniebla que pronto será, quisiera conocer este lugar.

¿Quién toca las campanas sin altura? También este verso suena, mal respetado, en la memoria. Si no albergase otro sentido que el impuesto (bien se recuerda, por supuesto: “no intentes convencerme”) otra memoria quedaría: la de añejas, improbables imágenes (pasado, pasado; siempre pasado, y no hay presente) —que no reclamarán un desenlace congruente. Quién toca las campanas. No pertenece a ninguno de mis parlamentos, ni a mis réplicas, ni, en suma, a obra alguna en que yo haya actuado, o que haya leído.

Quedan, pues, las añejas, improbables imágenes. Por ejemplo: hace más o menos veinte años, niño aún —niño claro, íntimo—, uno se dirigió, una tarde, como tantas tardes, a la escuela. Esa tarde, se grabó en la memoria porque el niño contó los pasos desde casa y miró, baldosa por baldosa, los lugares que de costumbre pisaba inadvertidamente. (El aire de esos lugares, su ruido, los rostros que se cruzaron con el niño, —eso ya había huído al caer la noche de aquel día.) Ahora bien: ¿qué nombre convendrá a esa tarde? ¿Cómo justificarán el andar, los pasos del niño uno a uno, sus ensimismados gestos, el interés fijo y óptimo desde aquel cuerpo de blanco duende,

si ha venido a parar a este pizarrón? ¿Para qué se mordió la lengua —absorto— mientras miraba bien dónde pondría el pie en el próximo paso? (¿Cómo encontraré una decorosa prolongación de mi infancia en la juventud, tan acorralada que cederá al empuje de compromisos adquiridos, sin luz, inconsistentes?)

Uno está incómodo, a mi edad, con el guardapolvo y sin poder sentarse desde hace rato, todo para escribir palabras que no terminan de aclararse, palabras que ruedan. Al comprometerse, uno no imaginó que el único camino desembocaría, inexorable, en esta noche, en este prolegómeno del alba, antes del alba. Se había convenido que uno correría un solo riesgo: el de golpear inútilmente, el de herir hasta matar. Por eso, después, no se comprende. Si había un único riesgo, ¿cómo llamar a esto de ahora? O sucede entonces que se ha cambiado en dirección inesperada, desde la infancia, en dirección inadecuada, y se ha caído tan bajo que ya no se discierne. Cuando ella se me presentó, la acepté, sin más. Y ahora no la veo. ¿Estará detrás del pizarrón?

En pocas horas de conversación (uno oía, más de lo que hablaba) seducía hasta a un cauto. Prometía alegría para cualquier acción breve o larga, superflua o importante, a condición de que uno atendiera menos el teatro para ponerse a su servicio. Alegría e impunidad; alegría impune. Si así se lo concediera, quién sabe qué melancolías hubiesen caído del techo para golpear en nuestras frentes, y nos apretarían los ojos para darnos ganas de llorar. Por eso no quise ceder.

Lo raro es que aquí no vuelen iazmines. Y la ausencia de brazos, es rara, aquí, y de cuchillos, niños, mujeres de piedra con cruidos de pan fresco, rojos, verdes leves. Es raro también que el pizarrón se mueva sin abandonar su lugar, y que la carretera no varíe y se imponga. No sé quién traía el cadáver al día siguiente, muy contento, y lo guardaron en la heladera general de la morgue. (Aunque era un cadáver muy particular.) Me han confiado...

a uno le han confiado que es innecesario embalsamarlo para que no se descomponga; basta con mirarlo. Mirán-

dolo, el cadáver se conserva en estado estacionario. Miraré a la muerta la mayor parte del tiempo aunque deba descuidar, a ratos, el pizarrón, y completar los versos por mi cuenta, sin atender a la voz que dicta; yo debería tenderme en la alfombra al pie de la cama, para que ella se acostara sola, como le gusta.

Lo peor sobreviene cuando a uno le golpea la cabeza, con estruendo, el descubrimiento. Yo, de tal modo me alegré, que me puse a acariciar a Virginia (es el nombre que he dado a la muerta de la heladera) con énfasis de abstermio desencadenado. ¿Qué hacer si no? La ausencia de Virginia me fastidiaba, y si se la llevaron, no tengo nada que ver en el asunto. En la cama perdura todavía el hueco que tanto le correspondió; no me atrevo a acostarme en la alfombra porque no estoy en mi casa. Pasé la mañana de ayer —no, la tarde— buscando un lugar, y por último me eché un sueñito en un banco del Parque Rodó, aunque de pie, y caminando, porque es necesario que uno admita, fielmente, las costumbres del país. (Reién comprendo que me he vuelto un subordinado.) Para colmo, uno se sacude en cuanto ve otras cosas: y aquella idea que deseaba secretamente hallar esta noche (aquella palabra llamada solución), al correr de la tiza (de la tiza de goma), mientras ningún auto usara la carretera a causa de la huelga de conductores, —no se a ve por ninguna parte, aquella idea. ¿Qué hacer, pues? Sé muy bien que ella se mostrará antes del alba, porque aunque está a mi lado, todavía no ha venido.

¿Qué hacer, ránida, irremprochablemente? Ahora es verano. Dos ausentes mosquitos me lo señalan: a lo más dentro de tres horas se sospechará el día. Con qué placer la mataría, a esta impertinente... ¿Qué cosote? ¿Y quién mató nunca a una pirámide? Peor: ¿quién toca las campanas?

¿Quién toca las campanas sin altura?
Aunque mucho se tema su presencia,
antes del alba anuncian la existencia
del cuchillo; y yo odio la premura.

Sólo eso, es posible anotar del soneto, en este pizarrón; más no cabe. Ella me lo citó, cuando le pedí, a mediodía, un dato sobre el bardo celta del siglo XIII, Mefferklinge, en su traducción alemana, que hallé citado en una obra reciente. ¿Por qué? Ya no sabría decirlo. Las frases de esa cuarteta regresan a menudo a los labios de uno (se las dice siempre, más aún desde que me tomé la libertad de matar a Virginia). ¿Y si saliera a la calle a ventilarme un poco? Pero, en la calle estoy, en la carretera; entonces entraré. (La calle.) ¡La calle! Por su frescura de piedra sola, por la serenidad del río o la pereza triste de algún farol, encontraría mi tranquilidad. (La paz.) Montevideo, hace tanto, ya, que no recorro tu imperfecta melancolía; hace más de una hora, o dos, o tres, o cientos. (La calle, la paz.)

¿Quién toca las campanas?

¿Será un ruido, eso que se oyó? No, ella es muy — ¿Virginia? Tú, aquí, Virginia. Veamos. Antes de levantar la vista de nuevo, intentaremos reflexionar. Sí, es ella; eres tú. ¿Vamos quizás a reanudar nuestros diálogos durante el almuerzo? Tú sabes como yo que el trabajo en equipo me apasiona, últimamente. Fui deshonesto por necesidad, pero, si prefieres discutir con amabilidades, sin agresión... Oh, uno quisiera explicarte todo lo que debes hacer, porque tal vez no te guste este pizarrón, ni lo que se ha escrito en él; pero tú te mueves, y permíteme decirlo, haces mal; sí, sí, no me contradigas: haces mal, te equivocas. No, Virginia, entiéndeme, no debes moverte, no te muevas; sangras, ¿comprendes?, si te mueves, sangras; no lo he dicho para ofenderte, antes lo digo por tu bien. Perdóname. Oh, perdóname, y comprendeme.

...sin altura.

¿Quién toca esas campanas? No me irrita la vuelta de las campanas; antes eran tambores, y más antes, flautas. Si ahora son campanas, no me concierne. Alguna música

tenemos que tener. Claro que campanas... Ya reparé en que no hay iglesia cerca, por aquí. Y aún, si la hubiera, no creo que las tocaran antes de tantas horas como faltan para una hora realmente más convincente. Después de todo, ante la densidad de la noche (prolongada, muy prolongada), las cosas se vuelven indudables. Debe faltar menos para el alba. Es raro que ya toquen, en la iglesia, y que los novios no den señales de vida. (Qué idea peregrina, casarse por Iglesia; ¿no alcanzaba con el carnaval del Estado?) Salvo que la primera misa, que precede a los casamientos, traiga algún adelanto a causa de las últimas lluvias y de la huelga actual. Tantas veces me compalcé en comprobar la mansedumbre, el silencio de esta carretera; (pero razones gremiales, no empujarían, creo, a los curas, a cambiar el horario de Misas establecido con licencia arzobispal; además, ellos no se han plegado a la huelga, que yo sepa); tantas, alabé el espesor del pavimento que me permite ignorar a los ardientes —muy ardientes— vecinos. ¿Por qué los sacaron? Oh, no— no es la puerta, es la cama. Virginia, ¿cómo? ¿Tú me dices eso? Y con voz de la estatua. No, Virginia, —quédate, quédate, sé buenita, ahí quieta; estás perdiendo sangre, te digo, Virginia, ¿por qué te has levantado con el cuello abierto?

Sobresaltado y cubierto de sudor, sin comprender quién era ni dónde se encontraba, sin referencias; incorporándose, tenso, en el lecho, esforzándose, inclinando la cabeza, por encontrar el botón de la luz, pero qué luz, dónde, el corazón saltaba, la habitación se llenaba de latidos, —un fulgor: *la-casa-de-Pepe-estaba--soñando*, el corazón saltaba, creo que grité, aquí, la luz. Volvió a reclinar la cabeza en la almohada, y oyó, en suspenso, al

corazón que todavía no se aquietaba, con las manos aferradas a la sábana, como si no soltándolas evitara otra evasión. Sintió el sexo mojado y la sábana húmeda. He soñado... qué horrible. Me levanté para ir al baño como un títere mal manejado, y vi la esquela en la mesa de noche. ¿Qué hora es? Más de las cuatro, ya. Dormí cinco horas, entonces. Alcanza. Virginia, irrumpes de nuevo; Virginia. Lloré. Echado en la cama, mordiendo las sábanas, golpeando la almohada, apretando la madera, lloré.

El cansancio cedía, momentáneamente, ante la prisa. El agua daba fe, estimulaba los deseos de vivir, la necesidad de aire abierto; el agua preparaba para la libertad. Hasta tal punto somos cuerpo. Se siente hambre, mientras uno se baña por segunda vez; al volver de la ducha, es agradable pellizcar los restos de cena y cerrarlos con medio vaso final de Santa Cruz. Tan necesario, ser lúcido, ahora. El cambio va absorbiéndose; es menester evitar la palabra, esa palabra lamentable, sin significación verdadera, que denomina, torpe, sólo un estado provisional, que da nombre a un acto sin calificarlo. Es menester volverse claro, claro como antes. He matado. Se trata de saber cómo se sobrevivirá a ese pasado, cómo se logrará, **minuciosamente**, organizar la defensa del futuro. Debe ser por eso que la idea de entregarse sigue resultando intolerable; antes, indispensable ponerse de acuerdo consigo mismo, concertarse, eliminar los conflictos propios. No me verán dudar, arrepentirme; me verán después, sin llanto y sin miseria. ...arrepentirme? Qué el arrepentimiento. No se qué es. No me siento en absoluto arrepentido, no sabría decir qué haría, si me hallara de nuevo en parecida situación; cómo advinarlo. Además, la pregunta es superficial: no hay situaciones parecidas; a veces, lo creemos, y nos equivocamos. Si arrepentirse es lamentar lo hecho, sí, lo estoy, pero no por ella —cuya

muerte no puedo sentir, no puedo intuir, de la que ignoro todo— sino porque esa muerte me priva a mi, más que de ella, de mi mismo; de la posibilidad de verla, de amarla, y de aquél que yo era antes.

Hay que analizar la situación. Debes marcharte. Por una serie de circunstancias excepcionales, has eludido la captura. Carecen de datos para buscarte, y probablemente Claudio ha evitado hasta ahora el contacto con ellos, lo que explica que no verifiquen una lista de amigos, como hubieran hecho si él la proporcionaba. Sólo Claudio, entonces, conoce la historia; salvo que la policía haya encontrado ya el cadáver. (No. Me quiebro. También esa palabra hay que suprimir, — dejas de comer la manzana y miras con ojos desafiantes y tiernos. Basta.) Te sientas un momento en la cama, a medio vestir, apretando en una mano la corbata que acabas de agarrar. Dura, difícil maldad. Hace falta firmeza para ejercerla, para admitir que se causa daño —un daño gratuito, evitable— y tomarlo como acto voluntario, necesario. Y hace falta inteligencia que sortee los riesgos y prepare la retirada. Este no ha matado con esa maldad; mató en un arrebato, y provocado —desde cuándo— por una mujer, por celos imperdonables. Basta. Ahora, más que nunca, necesitas disciplina. Ergo: tienes que suponer que la policía te buscará y te prenderá si te demoras demasiado en un mismo sitio. Debes sobreentender que Claudio se ha comunicado con ellos. Y en base a estos supuestos, planear una huida que te permita, al menos, entregarte más tarde, cuando el crimen, pasado, se halle, irrefutable, fuera de ti, y tú lo consideres sin participar en él del todo, y ellos no puedan ya molestarte aprovechando tu desorden y tus fiebres. Si los supuestos resultan falsos, ganarás tiempo y facilidades para ejecutar el plan. Si no, habrás previsto lo peor, y no será obstáculo.

¿... Mi plan? Antes de partir es preciso saber, exactamente, adónde ir, cómo ir y por cuál camino. ¿Si me escondiese en el extranjero? Necesito dinero y un auto. Es improbable que vigilen las carreteras. No tendrán tiempo de decidirlo, que ya estaré fuera del país. Los

zapatos; las medias y los zapatos. Casi en Brasil, cerca de la frontera, viven los Regueira. Hace meses que no los veo, pero no importa; no me denunciarán. Es por Aeguá. 1a recordare el nombre de la estancia; no tengo más que preguntar, al salir de Melo; todo el mundo los conoce. El auto de Pepe. Lo tomo sin llamarlo; con tal que haya dejado las llaves puestas. ¿Y el perro? Si me reconoce, no hay problema; a lo mejor duerme. El dinero. Consulto la billetera: ciento veinte pesos. Sería mejor tener más. Tengo que despertar a Pepe. Es un poco jodido, este Pepe; un espíritu tortuoso, una mezcla rara de generosidad y perversidad; guarda alguna forma de resentimiento; su amistad no es de mucha confianza, pero hay que usarla. (Por primera vez, el silencio de la noche se rompe con el tintineo de las botellas de leche que un pesado camión sube, resoplando, por el empedrado. Qué hora será. No se puede continuar así; necesito un reloj. Tardísimo quizá; es necesario apresurarse, aclara temprano, ahora. Si no aprovecho las sombras, corro demasiados riesgos. Se llevarán buena sorpresa. El día que ingrese a la celda será por mi voluntad; les diré: estoy pronto. Ya evacué ese recuerdo nocivo. Virginia es una idea; nunca existió, para serles franco. Háblenme, nomás, de esa ilusión que padecieron. Consiento. Los consolaré. No me molestan los maniáticos; en general, son gente responsable. Sólo los mediocres, me molestan, en realidad.

Fuera de su alcance, habrás aceptado, para siempre, la muerte de ella, sin ninguna de sus derivaciones provisionales, sin las desazones de la proximidad. No te dolerá tanto el pasado. Caramba. Tienes derecho a sobrevivir. Debes, absolutamente, perdurar, aunque no sepas para qué. Eso es todo lo que conoces; lo único claro desde niño, y has cambiado menos de lo que creías;

no he cambiado. Muchas cosas cambiaron, pero yo no, o muy poco. Vivir. Tener a disposición, uno y otro día, —y si este no ofreció placeres, aquel los dará; y si en aquel no hubo alegría, la habrá en el de más allá. (Se ajusta la corbata y echa una mirada a la habitación en el espejo interior del ropero. Sobre la mesa de luz, la

esquela. Retrocede y la lee de nuevo. No acierta a determinar qué lo turba, en ese papelito. Claudio, claro, busca atraerlo, teme que cometa otro disparate. Lo ha visto en las peores horas, las primeras, a punto de desplomarse —incluso se desmayó, en su casa— y estará maldiciéndose por haberlo dejado salir. Seguro que acudió a la cita —en Andes y 18, ¡qué locura!— y después llamó a los amigos comunes.)

“Insistió mucho en que no imaginas la importancia de lo que tiene que decirte”. ¿? Todo estaba ahí. Iba a llamarlo, ocultando el lugar en que se hallaba. Si realmente era importante, Claudio se lo diría. Y si no, descubriría la trampa. Tal vez hayan intervenido este teléfono, por sugerencia suya. Hay que preverlo todo. Lo llamaré de otra parte, una vez fuera del departamento, a treinta o cuarenta kilómetros de Montevideo. Revisa los bolsillos, examina las ropas arrugadas y encuentra la mancha de sangre en el pantalón. ¿De sangre? Se diría de vino. Por suerte, Pepe no la notó. La lavó con jabón y agua caliente y volvió a cerrar el cinturón. De todas maneras, ni se ve. Deja de moverse. Mira el cuarto y vuelve a sentarse en la cama, vestido, pronto, con el aspecto de alguien que ha perdido un tren; desamparado, en la sala de espera, incapaz de sobreponerse a su estupor, aunque íntimamente aguardaba ya el siguiente. ¿Qué sentido tiene, todo esto? Debo estar loco. La lucidez se volvía estúpida; tu plan, ridículo, pobre Fernando, y el esfuerzo que hacías desde la víspera por retomar la dirección de los acontecimientos, a punto de romperse. Loco, acaso no, pero enfermo. Ya no pareces afiebrado, sin emargo. Qué tentación, la facilidad; está en el cuarto: (este ajeno cuarto nocturno) entregarse, ya, sin más, al juicio, y que todo termine. Qué difícil, el coraje, ser consecuente hasta el final. Es lo que distingue del resto a las personas como yo. Ser consecuente, coherente. Dolorosamente. Ser conse-

Comenzó a llover mansamente. Sonaban en la ventana, las gotas plácidas, regulares, pequeñísimas. La lluvia ahuyentaba el estupor. Se presentía la frescura, afuera.

(Hace fresco; fresco como fresca uva. Están lloviendo uvas.) Se asomó. La luna había desaparecido; sobre un gran árbol de enfrente, el agua, lentamente, chorreaba, cautelosa. Pasó un hombre corriendo, cruzó la calle. Un hombre en pullover, sin saco, dando zancadas, hacia la acera del Parque Hotel. Tengo que irme.

—¿Qué pasa? (Liberales y jocundos, los ronquidos de Pepe se expandían hasta entonces por el corredor; se despierta a medias, mientras Fernando sigue sacudiéndolo y espera.)

—Nada, no te preocupes. Pepe, necesito tu ayuda. Rápido. Tienes que prestarme un poco de dinero y un reloj; y permitirme usar tu auto, un rato. (El auto, no lo había pensado, les dará una pista.) (Cómo hago. Tomaré el tren.)

—No me pidas explicaciones, es un asunto urgente. (Salgo en el auto de Pepe, lo dejo en una esquina y luego, en taxi, me voy a la Estación Central. Me servirá para confundirlo.) Pepe no respondía, se despejaba, y a medida que se despejaba, lo asustaba esa cabeza de Fernando, tan próxima, sin la fatiga de antes, tan próxima al delirio, pero fuerte, en su resolución incomprensible, arrinconándolo a uno contra la cobardía. Una cabeza fuerte y sin embargo poseída de sensualidad, sensualmente fuerte, autoritaria. (Mi reloj. ¿El auto, dinero, cómo?)

—El auto te lo dejo dentro de una hora en Avenida Brasil y Bulevar Artigas (justo en dirección contraria, y además no lo dejaré dentro de una hora, sino en seguida.) El reloj y el dinero, eso, te los devolveré recién la semana que viene. (Mentir para tranquilizarlo.)

—¿Cuánto necesitás?

—Todo lo que puedas.

—Ahí en el saco hay cerca de trescientos pesos; tómalos; encima no tengo más. Déjame un papel de diez.

(Trescientos más ciento veinte, hay con qué largarse y pagar varios gastos antes de llegar. No encuentro la billetera.)

—No encuentro la billetera.

—No, en el bolsillo interior de la derecha.

—Sí.

—Fernando, qué pasa, Fernando; ¿adónde vas? (Súbitamente ansioso, a medida que se despabilaba.) (Pero no le contesto.) ¿Llamaste a Claudio?

—Sí, gracias.

(El aire de desinterés con que respondía Fernando, su misma presencia, parecía sospechosa; demasiado tranquila, en contradicción con esa cabeza, — pero qué sueño. No me despierto completamente. Estuve ridículo, durante la reunión, dando vueltas al asunto; debe tratarse de un enredo sin importancia. Que se las arregle.

—Te olvidás el reloj, sobre la cómoda.

—¿Tenés otro?

—No, cuidámelo, ¿eh?

—Chao, viejo, gracias. —Cerró. Volvió a abrir.

—¿Las llaves del auto?

—Están puestas.

—¿Y el bulldog?

—Encadenado.

—No te olvidés; en Avenida Brasil y Bulevar Artigas, dentro de una hora, cuando quieras.

—Oíme. Dejá la puerta de la izquierda sin seguro, y las llaves, no las dejes puestas; guardalas en el cajoncito de la derecha.

—Estamos.

(Qué tontería. Ahora, será difícil dormir otra vez. Acaricia la almohada como a una mujer. Ya se enterará. De todos modos, va a tener que bajar para cerrar con llave el garaje. Qué nohecita. Maldita sea.)

(Las cuatro y media, casi. Baja saltando los escalones, de dos en dos. El reloj baila en su muñeca izquierda.)

Hace girar la llave. Un acto iusto, preciso, que podría carecer de finalidad. Girar una llave; llevarla, de izquierda a derecha, darle tal inclinación con determinada fuer-

za, más o menos suave. Obra de un segundo. Un segundo, dos segundos. Con el pulgar hacia adelante y el índice hacia abajo, uno a cada lado; la mano izquierda sujeta el volante. Los ojos, antes de introducirlo, en el mismo instante, miran al objeto, lo perciben: una llave. Una forma asimétrica, dos líneas paralelas interiores, un material familiar y benigno. Del extremo, agarradas al mismo aro, cuelgan otras parecidas. Las llaves, pequeñas, metálicas, cada una con su forma —y cada forma con su sentido— y sus líneas, sus relieves, su asimetría casi simétrica; la simetría de dientes asimétricos. No se movían desde horas atrás; de no tocarlas seguirían allí, indefinidamente, siempre, ocupando el aire que no dejaban ver. Sin verlo, Fernando, siente el auto a su alrededor, se sabe dentro de él; siente, próximo, el parabrisas cortado por el instrumento que lo limpia. La lluvia detrás, y, delante, las luces de los faros, vienen en segundo plano, menos vivas que las llaves, menos aún que el parabrisas. Un segundo, dos segundos. Fernando percibe, deviene lo que percibe, es la llave, sus dos dedos; el auto, menos, y menos, todavía, las luces, la lluvia. Se vacía. Fernando, está vacío de sí, es mano-que-hace-girar-la-llave. mientras el pie espera, levantado, amenazando al acelerador, y la mano izquierda sujeta y toca sin ver lo que rodea su vacío. Supone y sabe, también, el garaje, su última, máxima medida, continente y límite. Más allá nada, ni siquiera la casa; la ciudad, acaso, porque la lluvia cae siempre sobre calles y aceras, y pensar lluvia es pensar ciudad mojada. Fernando disminuido, reducidísimo, anulado, privado de ideas propias, sin nociones ni recuerdos, privado de sí casi por entero, un segundo, dos segundos, es lo que no es; no existe. Entre otros, también inocentes, este Fernando no es el asesino; ni siquiera es.

El motor se pone en marcha, mientras el ruido penetra en ese Fernando sin persona, en sus huecos, lo llena, lo muebla, y la mano derecha busca la palanca de cambios y el pie baja y anrieta el acelerador. Nueva etapa, nueva ausencia: un segundo, dos tres segundos, y el auto queda atravesado en la calle, despidiendo gas, dulcemente. Allí

empieza a morir el garaje, se integra a la casa y la casa se lo traga. Fernando cierra y vuelve al auto, sacudiéndose el agua del saco. Está más cerca del otro, este Fernando, es menos incompleto, parece más dueño de su pasado. Pero describe una curva excesivamente cerrada, al marcharse, y es, un instante —dos segundos— el sonido de los neumáticos en el pavimento húmedo; recién cuando sube Gonzalo Ramírez recobra la persona. Y se llena, de golpe, furiosamente, de sí, de sus actos inmediatos anteriores, de sus inmediatos proyectos; sus reflejos se encargan del coche y piensa, libre de los objetos que sus miembros gobiernan, emancipado, un poco, de las cosas, y sigue de nuevo el curso de sus temores y deseos; las ideas se presentan, ordenadas, sumisas, habituales: las registra, las repasa, dándoles, sin reparar en ello, forma diferente pero reconocible; el plan, tengo que rever, rápido, el plan. Primero: ¿por dónde salgo de la ciudad? El coche avanzaba, dócil, sobre los adoquines húmedos y oscuros (adoquines suizos importados hace cuarenta años, en la época en que se tendieron las mejores vías de tranvía, no disimuladas, éstas, por el alquitrán mal distribuido, adoquines tan remotamente irrecuperables que obligan, por un momento, a saltar hasta la infancia), avanzaba y torcía luego hacia Bulevar España; hasta Bulevar Artigas, sigue por los adoquines irrecuperables: para liberarse de recuerdos, se grita: el plan, el plan. Sí. El plan. qué placer. El placer, el puro placer de conducir su coche, hace trastabillar el plan. Se siente otra vez dueño, dueño del camino; se sentía dueño, qué barbaridad. esta frescura al manejar, y esta agradable sensación de poder, en la solitaria justicia de la madrugada; va no quiere dejar el auto en Bulevar Artigas y Avenida Brasil. No. Salgo, con él, de la ciudad. ¿Por dónde? Por Bulevar Artigas mismo, hacia 8 de Octubre. En la Facultad de Arquitectura, totalmente iluminada, los muchachos preparaban trabajos para un examen. La sobria caja de mármol y vidrio mostraba las lámparas inmaculadas, bajo las que se afanaban, en sus mesas de

dibujo, docenas de estudiantes. Por Bulevar Artigas, hacia 8 de Octubre. Se entrevé, un segundo, dos segundos, el Colleoni, suspendido en el aire de la noche: visto de atrás, un inmenso culo de caballo con un macaco encima. Por Bulevar Artigas, hacia 8 de Octubre.

Bien. A usted, Pepe, no le quedará más que rezongar, sin despegar los ojos, esta vez; si no se levanta, va a ser peor: no conseguirá dormir, inquieto por el garaje sin llave. Sentado, a medias, todavía dentro de un difícil sueño con Cristina que Fernando le cortó horriblemente, bajará a abrir en pijama, débil y confuso en el recuerdo de su amante, y solicitado por Fernando, por su reciente cara alucinada, por el aire de paranoico con que le pidió el auto, el dinero, el reloj; preocupado, más que por Fernando, que correrá, aún, tal vez, hacia lo desconocido, por la salvación del Citroën. Llegará al garaje cuando el timbre de la puerta de calle suene por tercera vez, y comprenderá entonces que están llamando hace rato, y que se había vuelto a dormir, cuando el timbre lo despertó. Verá a Claudio chorreando agua por el impermeable gris; parecerá nervioso, este Claudio. La curiosidad terminará de despertarlo, Pepe, y usted se situará más rápido. Claudio comenzará con: perdonáme que aparezca a esta hora, etc. Y que debe verificarlo él mismo, y es la única dirección que no dio a la Policía, porque, a su juicio, era la única casa a la que Fernando podía atreverse a venir.

—¿La Policía?

—Ahora te explico; dejame entrar.

—Perdoná. Pasá, pasá.

Decididamente, usted se dirá, Pepe, que esta noche es

inolvidable, y que la vida le presenta, por fin, una escena de interés, un poco de intensidad, algo audaz, raro, nuevo; mientras ayude a Claudio a quitarse el impermeable, usted sonreirá, pensando, más o menos, por tercera vez: una historia de locos, pero apasionante, apasionante. Qué divertido. Y la sacudida que le ocasionara la palabra "policía", seguirá aún produciendo agradables cosquilleos en su ombligo.

—Primero decíme si Fernando está aquí.

—Ya no. Y la frase, sutil, con la palabra "ya" colocada de propósito, tan inquietante para Claudio, tan llamativa, le dará a usted, Pepe, el sentimiento súbito de ser importante, importantísimo, acaso inmortal.

—Dejáme comprobarlo. (Usted no se molestará. El no esperará su consentimiento y se irá a recorrer, así, de inmediato, las habitaciones, y menos mal que no hay mujer alguna acostada por ahí. Usted se rascará, contento, la cabeza, hasta bostezará, a lo mejor, y se impacientará un poquito, deliciosamente; un poquito, tan sólo, y por lo bajo, ya que ahora, pronto, en seguida, va a saberlo todo. La policía, ¡mirá vos! Empujará la puerta vaivén de la cocina y buscará el nescafé. Una segunda reflexión le permitirá a usted sospechar que acaso Claudio no desee contarle nada; pero: no se irá sin ponerme al tanto, —así se convencerá a usted mismo—: tendrá que ser hábil, Claudio, para evitar sus habilidades: usted lo envolverá, le hará creer, tal vez, que sabe dónde encontrar a Fernando. A usted no lo han dejado dormir, encima. Y la farra ya le ha costado más de trescientos pesos, el reloj, v. por un buen rato, el auto; con tal que lo recupere, el Citroën. . .

—¿Por qué no le dijiste que me llamara?

—Sí, le dije. Si no te llamó, es que no quiso. A mí me dijo que lo había hecho. ¿Pero qué demonios pasa, Claudio? Sabés, todos ustedes empiezan a sacarme de las casillas.

—Te lo cuento si jurás callarte hasta mañana. No habrá noticias. He obtenido, por lo menos, una postergación.

La policía no dirá nada a los diarios si Fernando se entrega antes de las veinticuatro horas. Es importante. Aunque haya alguna filtración, no será lo mismo. . .

—Sigo ignorando todo. (Fernando, ¿entregarse a la policía? ¿Qué hizo?) Usted manifestará, con ese tono discreto, un sentimiento cercano a la resignación; pondrá cara de tonto bueno, de cristiano, de monaguillo comprensivo, y seguro que esta vez se enterará. Ocultará mejor su ansiedad en cuanto haya tomado un café, y la cortesía le costará menos. Sorberá el café a buchecitos, sin apartar los ojos de la alfombra, elevándolos rara vez hasta Claudio, y siempre con un sonrisa. Qué buen mozo, le parecerá Claudio, a usted, Pepe. Todo debe haber comenzado con un lío entre éste y Virginia; apostaría a que Virginia es mucho menos sensata de lo que aparenta, y, calladita, debe gastarse sus bromas sexuales. . . Es mucho más hermoso que Fernando. Usted lo exasperará a Claudio, así, sentado en un brazo del sillón con las piernas cruzadas, interesante, después de todo, con ese pijama un poco ajustado, y con un perfume francés de los que usted más aprecia: "Caron pour un homme". Pero, sonriendo, usted podrá exasperarlo más de lo que conviene; cuidado. (A Claudio le disgustan ciertos refinamientos; es de los que no distinguen entre un hombre fino y otro afeminado. Cuidado, Pepe.)

—Yo también tengo cosas que contar. Algunas, francamente curiosas. Fernando estuvo aquí desde las once de la noche hasta hace un rato. Ya te daré los detalles. **Toi, d'abord, mon cher.** (El supondrá que usted se pone tontito. Afeminado cretino, pensará tal vez; muchos universitarios socialistas no ven con buenos ojos, el refinamiento, y menos en tipos como usted, cultos, indolentes, indiferentes a todo y curiosos por todo, quizá pederastas notenciales, aparentemente vecinos a la ambivalencia, y fundamentalmente sensuales, desde el pensar hasta el sentir. Cuidado, Pepe.) (Es posible, incluso, que Claudio se diga: si estuviera seguro de que Fernando no regresará aquí, lo dejaba en seguida. Me revienta ese aire de aprendiz de Mefisto doméstico y burgués, que se gasta;

siempre me reventó, este tipo, y él lo sabe. Tengo que contarle la verdad...)

O acaso él crea que hace falta mentirle a usted, Pepito, pero usted no se lo permitirá;

...tengo que contarle la verdad de manera que la entrega de Fernando resulte inevitable para salvarlo de un desastre. En el fondo es verdad, pero no le contaré lo principal, lo que ni Fernando sabe. (Claudio tomará un cigarrillo, y usted le preguntará si no prefiere uno con filtro, y él le contestará que no, gracias.)

—Hacés bien en fumar; te ayudará a decidirte. Y perdónáme que no suba a buscar una bata. —Aquí Claudio le lanzará, otra vez, una furiosa mirada de reprobación a su espléndida bufanda de seda natural.

Ya está, de nuevo. No puedo eludir lo principal. Si miento, no servirá de nada que haya venido, y si Fernando vuelve aquí, sólo yo sabría recibirlo. Tampoco...

—¿Cuándo empezó todo esto? Con esa pregunta, usted lo cercará, Pepe, lo intimará, discretamente, a iniciar el relato.

...tampoco puedo improvisar. Un robo, no lo creería. Decirle que hirió a un desconocido, menos. Le cuento una parte, sólo una parte; lo indispensable.

—Te cuento la verdad, pero te ruego que me permitas esperar aquí. Si Fernando vuelve, tengo que hablarle; nadie puede hacerlo en mi lugar. — Así, poco más o menos, le hablará, y usted, Pepe, exclamará, contento:

—Concedido, y la grosería de esa palabra. Claudio aparentará no notarla. Como para suavizar, usted deberá agregar:

—Te quedás todo lo que gustes. Te advierto que cerca de mediodía salgo para el Ministerio, y no regreso antes de las 8 o las 9, de modo que entre esas horas, no podés contar conmigo. Quedarás dueño de casa.

Claudio volverá a espirar el humo de su cigarrillo y asentirá con la cabeza, masculando, para sí, que no tendría sentido esperar tanto tiempo, y que usted, Pepe, está lejos de entender la cosa. Sus ocupaciones, su escritorio con dos teléfonos, un mandadero y diez y siete expe-

dientes: cinco a la izquierda —resueltos—, doce a la derecha, —por informar. De vez en cuando, un viaje. Aparte de eso, sólo lo mueve la curiosidad morbosa, el deseo de vengarse de sus miserias conociendo las de los otros, las de las personas que trata. Muy lejos de todo, de cada uno, de la vida, de las mil formas de realidad dolida, dolorosa, vibrante; muy lejos de riesgos y peligros. En ese momento, Claudio estará a punto de explotar. Se convencerá de que usted carece de imaginación, o de generosidad, que aquí es lo mismo, y casi sentirá deseos de pegarle. Y cuídese, Pepe, que es capaz de hacerlo, este bolche infame.

—¿Adónde está Fernando?

La pregunta saldrá, mal de su grado, disparada por un resorte invisible. Usted, Pepe, abrirá la boca, y Claudio se asombrará un poco de sí mismo, de su propia autoridad, pero no tolerará más ese juego de imbéciles, un juego de personajes de Montherland.

—Oye, Pepe, te estoy preguntando: ¿Dónde está Fernando? Y lo tomará por un brazo, hasta que usted, Pepito, se desmorone, y cuente, entre hipos, todo lo que sabe, y que Fernando dejará el auto en Bulevar Artigas y Avenida Brasil, y lo que pasó antes, y lo que usted supuso y no supuso, temió y no temió, quiso hacer y no hizo, hizo y dejó de hacer. Entonces Claudio saldrá corriendo, dejándole un breve dolor en el brazo y el pijama arrugado; saldrá corriendo, desesperado por un taxi que lo lleve hasta Bulevar Artigas y Avenida Brasil, y se empapará en la esquina, esperando descubrir a Fernando, o al Citroën, o a Fernando en el Citroën; mientras tanto usted se dirá que, en realidad, Fernando no dió en Bulevar Artigas y Avenida Brasil, sino en Avenida Brasil y Bulevar Artigas; Claudio se empapará un buen rato en esa tibia esquina, bajo la lluvia: en esa esquina un tanto lujosa pero tibia, sin grosería, a la que la Avenida Ponce, como un brazo de firme luz, baía entre sus grandes inasequibles faroles, y donde una amplia estatua, lírica e inofensiva, homenajea a José Pedro Varela; se empapará inútilmente, hasta que no sepa aguardar

más. Entonces, volverá a visitarlo, Pepe, tres cuartos de hora después, echando agua, cansado, furioso, convencido de que usted le mintió, o dudando, por lo menos, de que usted le haya contado todo; se presentará de nuevo, tocará el timbre una y otra vez, tres, cuatro, cinco veces, sin esperas, sin intervalos, harto.

Aquí usted será penoso, lamentable, pequeñísimo, pobre Pepe: primero, porque en el ínterin; usted casi se había vuelto a dormir; segundo, porque no sabrá agregar nada a lo que antes contó, y jurará tres veces, por la memoria de su madre, que es todo lo que sabe, y que su auto debería encontrarse allá desde hace más de media hora, según lo que Fernando le dijo dos veces, y que empieza a preocuparlo seriamente el asunto, y que como no aparezca el Citroën antes de mediodía, va a ir a la Policía a denunciar el robo. Sí, Pepe.

Por Bulevar Artigas, hacia 8 de Octubre. El auto dejó atrás la Facultad de Arquitectura. Huyendo. No es huír, esto: es correr hacia un punto fijo, determinado: la estancia de los Regueira; para ir a Melo, se sale por 8 de Octubre. Allá iba. Qué vacío, qué desiertas, las calles, y sombrías. ¿Dónde estaban los tumultuosos que avanzaban, se detenían —rápido— dónde va un rostro apresurado, dónde rezongarán los ómnibus, que aquí no se los ve? Ningún taxi, ninguna señora con perfil de ave nocturna que observara las luces —aquí no hay luces—. a esta hora austera: los rostros están cerrados sobre las almohadas, viviendo para adentro, las manos no se inquietan, no se mueven, las piernas, cruzadas, en posiciones arbitrarias, descuidadas o infantiles, (Julia dormía casi boca abajo, diagonal sobre la cama, sonriente, anquilada de paz; Pepe no dormirá, aún, y después dormirá de costado, con un gran brazo colgando fuera de las sábanas: Claudio pasará la noche levantado, o poco menos: ni siquiera se desvestirá para echarse un rato a des-

cansar.) no hay fatiga ni impotencia, en ellos, ahora, no la había (ellos, que no saben, que no pueden saber lo que me pasa, y no pueden, tampoco, entonces, ay, auxiliarme; ¿y ella?), no la había; tlaca economía del universo; todos los rincones de silencio liberados, en la sombra, —ahí estaba la plazoleta Varela y el edificio de vidrio respaldando la tortuosa, firme y lejana escultura de Germán Cabrera, al borde fugaz y luminoso (vanidoso) de la Avenida Ponce—; liberados, en la sombra, los rincones sin cuerpo; ni un cuerpo; no, sí, uno solo, allí, que cruza despacito, bajo la calma negra de su paraguas;

amigo, tú, que en la madrugada lluviosa de verano vuelves, despacio, por ese dulce y húmedo Bulevar Artigas, hacia el tardío y deseado sueño; tú que no has mirado una sola vez, aunque las veas, a las tenues flores amarillas aplastadas en la ancha acera, tú que olvidas observar las tipas serenas de que cayeron esas flores, —no has reparado mucho en el Citroën vertiginoso que te obligó, imprudente, a detenerte, para cederle el paso; tú, del que lo maneja, nada sabes, y mañana no te mostrarán los diarios, aunque él lo tema, y nadie sabrá de este encuentro escasísimo, y no te mostrarán, en un diario demagógico, una injusta foto suya, ni te dirán: era el criminal; nunca sospecharás que te cruzaste con Fernando Alvarez, y aunque lo sospecharas o lo supieras, poco sabrías, porque ese nombre no significa nada, para ti; acaso ni siquiera el rostro de un actor conocido.

Quedaron detrás el hombre y su paraguas, y en el cruce de Rivera, tampoco había alegría, ni una sola, ni una alegría ensimismada, ni un posible proyecto de alegría, ni un cartel, por ahora; aunque allá aparecía un aviso; el viento levantaba papeles dispersos, una hoja de diario que caía, se doblaba, se dejaba elevar, arrinconar; caía de nuevo; arrugada, cambiando de forma y de arrugas a cada instante, no entre basuras, al borde de la calle, en una sucia esquina, frente al hospital Pereira Rossel; ni siquiera recostada al cordón: sin esperanza. En ese diario habían llevado tres naranjas a un niño que esperaba, paciente, la muerte, entre las sábanas; en ese

diario, había leído otro niño la noticia del último campeonato de fútbol, y su mano aspera y mal lavada lo había tirado lejos, y en ese diario, hoja, papel definitivo, no quedaba ya ni lectura de deportes ni naranjas que llevar;

no le pidan que levante el corazón y se rebele: es una hoja. No le muestren las páginas de su pena; ¿para qué querrian contarle el mundo a una pobre hoja de papel de diario? Debe morir tranquila, debe quebrarse en paz (déjenla revolcarse en la inocencia desesperante), —cada uno con su mínimo pretexto, y no enterarse de nada que valga. Hoy, 13 de noviembre, aquí, yo también debería morir tranquilo, y no puedo detenerme, hoy, aquí, en este bulevar que se me escapa de las ruedas, aquí, que debo dejarlo con el obelisco sin luces y callado; una frenada apenas calculada, y casi piso el indicador del pavimento; este bulevar se me termina, he doblado para tomar 8 de Octubre por el túnel; claro que hace falta un poco más de sueño —¡clarísimo!—, claro que es necesario dormir y soñar: **no cambie de senda**, así exhortan las mayúsculas. El túnel es suave, delicado, con piso negro, y los faros, gorditos, idénticos y discretos, de espaldas, marcan una línea de sombra continua y crean pequeños paneles, compartimentos lisos y constantes; claro que es necesario dormir y soñar, quedarse muchas horas en la cama, en suma; yo debí haber dormido un poco más, me siento muy cansado y la tensión de manejar me destroza; más sueño en las almohadas, ¡quién pudiera! Y dormir con una mujer fina, mansa, y despertarla en la noche para acariciarla convenientemente, y —fuese o no adolescente— saborear esa muchacha caliente, deseosa y temerosa, despierta y dormida; conocer el gusto de su boca, el sabor de sus piernas, sus músculos, sus muslos; Dios mío, nunca más, nunca más tocar una mujer, no delirar más y desvestirla, nunca más, como un túnel sin fin, Tintorería "La Alegría": en ella desembo-camos, rápido;

lástima no ir hacia el mar, lástima no poder pasar por la Rambla, Dios mío, y el mar, ¿cuándo volveré a verlo?

Y las melancolías del barrio sur, y los jardines del Parque Rodó; las casas no se distraen, cuando salgo del túnel —túnel que termina, y la tintorería, alegre, no se distrae—, pero a mi no me engaña: ese túnel no me va a embromar; es mi túnel propio, el que no termina, y tanto da que siga por 8 de Octubre, si mi túnel propio no tiene fin; los plátanos saltan hacia atrás, oscuramente, desaparecen uno tras otro, no terminan de desaparecer, salen de mi vista, pero siguen saliendo, sin parar; triste, dócil, tranquilizador Montevideo, aldeano, ajeno al mundo, aldeana inofensiva, ciudad grande, que no gran ciudad, ciudad larga, pacífica, neutral, incapaz de firmeza, si pudieras darme, a mí, docilidad y tristeza; con la alegría no alcanza, ya dejé muy atrás a la tintorería;

yo había elegido la solución y eso era lo principal, tenía que seguir corriendo, aminorar la velocidad sólo delante de algún policía, para pasar inadvertido; y extremar la vigilancia, che, porque los grandes accidentes se daban siempre en esa hora de la noche, cuando todos se sentían dueños de la velocidad, no había sido difícil; había escogido una solución y no, no fue difícil; mirá: me levanté regularmente, veintiséis años, bien o mal, mal o peor, peor u horrible, cada mañana, sin pensarlo, automático, por lo menos hasta el cepillo de dientes; día a día, satisfecho de mis hábitos como un empleado de la industria o el comercio. Hoy, domingo, —domingo, no: lunes; entonces: ayer, domingo, fue todo, se cumplirán veinticuatro horas hacia mediodía, ya ve, falta mucho todavía; después, durante el almuerzo, festejaré el primer día entero, desde el cambio que se produjese (que he producido) en mi vida; perdón, me distraje porque creí ver una luz roja, es posible, allá, frente a la sombra turbia y seudogótica de la iglesia de Tierra Santa, ahí; no, no es una luz, es como un dibujo suspendido en el aire: está lejos, parece un objeto tirado, más bien, como un disco que no toca la calle; ah, ¡no! Es un bote rojo, muy rojo, como roja rosa, que corre —no: vuela— delante, porque al limpiar un poco el vidrio vi que estaba más allá, como a la altura del puesto de nafta de Jaime

Cibils; un bote rojo, luminoso, incandescente; un bote incandescente, ¿qué haría, allí, sin nadie que lo llevase al mar, equivocadamente instalado en plena avenida? ¿Sería un espía? Caramba;

qué lástima, de veras, que no haya mar, ni río ni lago, por aquí; el bote no ha desaparecido, creo, y yo sigo corriendo, no he levantado el pie del acelerador desde que volví a apretarlo después de cruzar Garibaldi —Aceite El Torero, también rojo, dominante, y a la izquierda, el césped correcto del Instituto Crandon, una mancha opaca—; tampoco en esta curva del Hospital Militar levanto el pie, pero sí lo hice al llegar a Larrañaga, porque son varias avenidas que se encuentran y podría saltar fuera del coche, impudicamente mutilado; por aquí vive la amiga de Claudio Rébora; ¿Claudio?

Entonces, Claudio —sí, Pepe—, exhausto, y sin que usted se lo pida, y sin conocer las razones que lo mueven, lo pondrá al corriente; acaso porque espera, haciéndolo, que la importancia del hecho lo impulse a usted a contar lo que se calló; acaso porque cuenta con conmoerlo, o porque, contagiado, él también quiere sorprender a alguien. Primero tomarán un poco de coñac, porque Claudio dirá tener sed. Tras el primer sorbo, vendrá la declaración dramática y onomatopéyica:

—Fernando cree haber matado a su mujer.

—?

—No me interrumpas. Cree que la mató. La hirió, en un raptó, quizá después de una discusión violenta, a causa de los celos con que ella lo agobia continuamente. Vino a casa, después de vagar varias horas. Yo lo dejé ir. Nos citamos, y me prometió que se entregaría. Ibamos a ir juntos a la Policía, pero no volvió. Andaba enloquecido; en casa se desmayó. Decía que tenía absolutamente algo que hacer, antes de entregarse. Yo no entendí, pero lo dejé ir como un tonto; me convenció su patetismo.

Debo haber olvidado que es un gran actor. O es que, como mi madre dormía en la pieza frente al lugar en que estábamos, temía que, si lo retenía y forcejeaba, el escándalo la atrajera. Después de las once, decidí actuar, no esperar más. Dije a la Policía que estaba muy excitado, y que no parecía enteramente responsable. Me eché un discursete con citas del Código y cuando los dejé hablar, me petrificaron con la noticia. Ya no había dudado más que un segundo, de la veracidad de la historia, no había vuelto sobre ello. Virginia no murió. Más aún; no sólo no la ha matado, sino que esperan salvarla. La herida no es muy profunda, y con un arma como esa es difícil matar a nadie: un cuchillo de mesa. Lo más probable es que Fernando haya dejado crecer el hecho en su imaginación. Es un visceral imaginativo, este loco. Apenas vio sangre, debió salir disparando. Virginia perdió mucha sangre, tal vez porque, sobre todo, lo que la dejó clavada en la silla fue el asombro, la estupefacción. No puede hablar, por ahora, y no van a interrogarla. Como ves, el problema es él, no ella; yo obtendría casi en seguida su libertad provisional, si no agrega otra estupidez a la primera. Pero mientras no lo encuentre, no estoy tranquilo. Por eso te llamé, y a Julia del Campo, también; a ella no la encontré. Le dejé el recado, pero no me llamó. No habrá vuelto; de todas maneras, no creo que Fernando se esconda en su casa. Julia no lo aguantaría, me parece. Le encanta divertirse, le gustan las cosas insólitas, pero no que la molesten.

Usted, Pepe, no contará, por supuesto, el rato que Julia pasó con Fernando, arriba; no hay que divulgar la vida privada de nadie, y menos en un caso —escandaloso, sumamente escandaloso— como este. Pero diga algo, Pepe; diga algo que muestre su solidaridad con las preocupaciones ético-jurídicas de Claudio; por Dios, diga algo, caramba!

—Qué lástima que sea tan tarde. A esta hora no se puede hacer nada más que esperar.

—Me siento paralizado. Habrá que esperar un poco. Me quedaré aquí, si no te molesta, realmente.

—Por favor, con mucho gusto. De veras, qué lástima, que sea tan tarde; qué lástima; perdimos mucho tiempo; quién sabe dónde estará. Se habrá llevado el auto, habrá huído. Qué lástima, no poder avisarle. Qué lástima;

qué lástima, caramba, que sea de noche; ¿cuándo va a aclarar? Sería mejor —o peor— que fuese de día por lo menos, —otra vez, el bote, delante— ya no me sentiría tan necesitado de luz, tan asfixiado de sombras; y este volante con forma de remo retorcido, yo no lo manejo tan fácilmente como quisiera —por un instante creí ver, hacia aquel costado, un enorme jabalí, en la puerta de un bar cerrado, como esperando—; qué cosa, este viento, es más fuerte, ahora, y la lluvia más intensa; esto se va transformando en tormenta;

tormenta no difusa, no extendida en un cielo que desde el auto no se distingue, no; una tormenta particular, propia del coche. Sé que rodea el coche —sé que rodea el coche— y se desplaza con él; sé que adelante no hay tormenta, que las calles, enfrente, están secas; será la llegada de mi auto con la tormenta que lo rodea, que provocará la mojadura del pavimento; en él voy dejando la estela, y ya he comprendido su negrura —no intentaré convencerme de que es una calle: seré valiente, y miraré de frente a la verdad: es petróleo duro, no agua; (una luz en el tablero: noventa quilómetros por hora. Corren bastante, estos armatostes.) Lo que de ningún modo aceptaré será la vuelta de aquel cuchillito ridículo que blandían en esa esquina, sobre el bote rojo; a un actor de mi categoría, blandirle un cuchillito semejante, creo que es un insulto; acaso un insulto deliberado, pero no me corresponde investigar el grado de intención, problema de estrictos técnicos, abogados, ciertamente; yo dejo esa clase de menesteres en manos de Claudio;

(Claudio se va caminando por la calle Piera, hasta la parada de taxis, junto al Casino; Pepe no sabe aún si debe o no acostarse de nuevo y se sienta, atontado, en el salón, Claudio toma un taxi.)

Rébora, sí, un muchacho excelente, joven y muy capaz; —no se ve más el jabalí, claro, no puede estar en todos los bares, y además los bares están cerrados; en cuanto al bote, es mucho más chiquito;

alguna cara habría pedido que yo no intente convencerlos de mi inocencia, por supuesto que no mi cara, sino otra cualquiera; yo no la veo, mi cara, porque voy muy preocupado, adivinando, entre los golpes del limpiaparabrisas, lo que me espera delante; había bajado un poco la velocidad (mis instintos de prudencia) pero he vuelto a oprimir el acelerador, a humillarlo, para que se cumpla la carrera en su debido esplendor;

se diría que vuelo, en este auto; se diría que la tormenta —o la nube con viento, que es lo mismo—, nos ha elevado —a mí y al Citroën—, sobre la calle-lago, sobre el petróleo duro, y que no corremos, volamos; petróleo duro pero levemente húmedo por encima; se diría,— sí, volamos; volaba, yo;

vuelo, —vuelas; tú volabas y todavía seguías volando; es curioso cómo aquí, en el aire, también perduraban las casas, las calles, aquí, en el aire, también perduran, y los primeros transeúntes de la madrugada, o los últimos de la noche; no es tan curioso que el toc-toc difícil, lento, espaciado, del limpiaparabrisas siga martillándome las sienes, toc (silencio) —toc, apenas; y no puedo deshacerme de él; aquí el tiempo no es verdoso, nada de eso, —aunque es de noche— estoy absolutamente seguro; estoy, convencido:

una vez, yo había salido de casa de Pepe, en la calle Luis Piera, detrás del Parque Hotel, y me había apresurado mucho, tumultuoso como gentes anteriores; yo, en el auto de Pepe, me había apresurado buscando, entre dos curvas, alejarme (de la casa de Pepe) por el empedrado de Bulevar España hasta salir a la tersura del Bulevar Artigas; en aquel barco rojo va alguien: un niño, con los ojos duros de miedo, y detrás he puesto el cuchillito que me ofrecieron para mi cumpleaños, con el fin de ver si el niño quiere a su vez aceptarlo como regalo mío y de la estatua; en cuanto al brazo corrupto que solía transpor-

tarlo, lo tiramos a la tormenta; corren los plátanos, cada vez más, a medida que dejo atrás los barrios poblados de la Unión y me acerco al despoblado Camino Maldonado; en cuanto sobrepaso la curva, a la altura de Pan de Azúcar, las luces son aún más raras que antes;

corro; cadenas de árboles, habrá, que no diviso, por culpa de la tormenta, principalmente por culpa del ruido del limpiaparabrisas; y no son como los de un tren, estos árboles, porque mi coche vuela (el Citroën de Pepe, que duerme en un cuarto sin el aroma que había en el mío, de jazmines. Basta.) —se oye el toc— (espacio) toc del limpia etc., con la autoridad de un viejo metrónomo, cansado de la vida, dispuesto a jubilarse para morir, aunque bien sé que vuelo sobre un lago de petróleo seco con atrevida uniformidad de casi calle; reluce como cera dura pero húmeda;

naturalmente, yo no podía decir lo que había al fondo, porque mi visibilidad sólo permitía observar, de tanto en tanto, a pocos metros, un obrero temprano en su verosímil bicicletita, y yo quería salutarlo pero me faltaba tiempo para parar, y como pasaba por el aire, más arriba que él, y la tormenta nos cubría, al auto y a mí, acaso ni se enterase de mi presencia superior; si me preguntasen, les respondería que no.

(Como, corro; este permanente ruido es mi soberano silencio, y perdura el olor a jazmín de la casa de Pepe, cualquiera sea su habitación: era tan fuerte, que se me pegó en la ropa; corro, corro, alegría suprema; correr, caramba, corre todavía, correr en la todavía noche, lluvia y tormenta escondiéndome a los curiosos ojos de un trasnochador del que sólo veo, un segundo, la espalda, encogida bajo el fresco nocturno —fresco, como fresca uva— y el bote rojo y el cuchillito, y, delante, el niño.) (Un segundo, dos segundos.)

No, no se qué hará aquí esa mujer mínima, ni cómo se habrá quedado dormida junto a mí, en el auto.

No, no la conozco, ni tengo ganas de preguntarle cómo se llama, despertándola, para eso, de un sueño que le sienta bien.

No, no sé por qué tiene los ojos cerrados, cuando sería más correcto, por deferencia hacia mi, que durmiese con los ojos bien abiertos.

No, no se cómo consigue tenerse tan tiesa en el asiento. No, no sé por qué lleva los brazos junto al cuerpo y juntos también los pies. (Si la llamé estatua, en algún momento, que se me perdone: es un eufemismo, porque tiene el tamaño de una gran muñeca.)

No, no se por qué vuela conmigo ni cuando decidió que haríamos el viaje juntos, para lo cual no me consultó en absoluto.

No, ignoro por qué, si está aquí, a mi lado, sentada en el auto, con los ojos cerrados, durmiendo, tiesa y los brazos junto al cuerpo y juntos también los pies, —vuela también, suavemente, al lado de los árboles, rozando sus copas, sobre la acera, oblicua a la tierra.

¿Su vestido? No, no lo recuerdo. (Acaso pretenderán que respondía a sus preguntas toda la noche. ¿Todo el mes? ¿El año entero? ¿Toda mi vida, todo lo que me falta vivir?)

No, no reconozco su cuerpo. No tengo por qué reconocerlo, incluso no veo razones para intimar, de buenas a primeras, con él.

Un cuerpo, rodeado por el coche, formando parte de él. Un cuerno: ese, este hombre crispado, las dos manos —éstas— sobre el volante —un remo—, corriendo en la negra noche, una hora antes del alba: por la Avenida 8 de Octubre, hacia el fin, pronto el Camino Maldonado, el campo, cerca, la naturaleza negra que duerme pero respira, en la lluvia; avanzando, uno dentro de otro, buscando, quilómetros, quilómetros, porque había que ir a Melo, y antes pasar por Minas, creo, y después de Melo hacia Aceguá, que está a una hora de Melo, y preguntar, en los contornos, por la estancia de Regueira. No intentes convencernos. Nadie sabrá nunca cómo viviste en tan dinámica celda, en tu riguroso desplazamiento sobre el asfalto. Un hombre, en el Citroën, una hora antes del alba. Una vez —había una vez— un actor;

había una vez un actor, este, tú, que anduvo vagando

por la ciudad durante horas, circuló por 18 de Julio entre paseantes frenéticos, entre atareados pulsos, bajo el sol. Era ese, el rincón preciso del universo en que se perdía tu pena. Una vez, circulaste sin entender a los demás por calles que sin embargo conocías, en los arrabales del mundo, por lugares verificables, inocuos, algunos de los cuales frecuentaste en tu infancia más de lo que cuentas; estás circulando, aún, pero en auto, y por otras avenidas, igualmente arrabaleras. Estás cercado de los mismos fantasmas de siempre, de los de tu niñez, con algunos cambios en el trazado de las calles, varios edificios nuevos y un par de calles ensanchadas, eso es todo; sigue sonando en ti la música. Antes era tambores, ahora es un silencio entre dos golpes tranquilos del limpiaparabrisas: toc - (espacio) toc. ¿Lo reconoces? Sí, antes eran tambores, esta vez no te ves obligado a sortear los otros, los cuerpos que habitualmente ocupan aceras y cruzan calles; en estas calles, viven el aire, la noche y el silencio. Hay pobreza, aquí; pocos negocios, cerrados, muestran las tristes letras de dueños resueltos a pintar las paredes con áspera cal. Hasta aquí no llegó nunca la política de José Luis: hasta aquí no vino, este señor de las galeras, aquel Rodríguez que además se diferenciaba por Blanco y por Negrín, desde sus elementos de difusión parsimoniosa y emponzoñadita: diario, radio, televisión. Hasta tan lejos no pueden llegar, esos medios; su radio es la capital, y con ella se conforma. La pobreza, aquí, es una pobreza desteñida, escuálida; ha perdido incluso las ganas de mostrarse. Y la calle —la carretera, casi,— no tiene aceras, ya, a los costados, sino anchos fosos donde entierran a los pájaros, cunetas donde se desaguan caños inconfesables, sobre las que pesados puentecitos de cemento burlan brevemente el barro que rodea casas y chozas, cabañas y ranchos, rincones de lata y rincones de trapo. Hasta aquí no llega el país; el país debe terminar —poco más o menos— a la altura de la avenida Larrañaga. Todo lo que queda fuera de su cintura, es arrabal, y el arrabal va hasta el Brasil, por el norte y por el este, y hasta la Argentina por el oeste. Cuestión de límites. Límites

que el Camino Maldonado no conoce, como interminable carretera sin luz, bordeada de negros árboles enterrados en el barro y el pasto húmedo, de chozas, cabañas, ranchos, — casas de pobres milenarios. No debes oír la voz que repite esa frase; es una voz de niño, insiste en su letanía, no debes darle respuesta;

esta vez no contestes: no, no se qué hará, no, no la conozco, no, no sé por qué, no, no sé cómo, no, no sé, no se, no se, por qué, por qué; esta vez no contestes ni con negativas; dice el niño: ruega o no ruegues, y convéncenos y convéncenos; así, dice el niño. Si tu fuiste niño, como afirmas, entonces, lo eres todavía; en ese caso, ese niño es otro, es el niño de otro hombre. Ya lo sabemos: fuiste un niño claro e íntimo, y ese niño —no, por Dios, te habías prohibido el recuerdo, y te prohibiste la palabra con terrores,— bueno: ese niño no es responsable, es mucho menos responsable que un pájaro, y sin embargo consiguió destruir a la estatua. ¿Cómo, según tus deducciones, la estatua puede venir aquí contigo, viajera e indiferente? (Digamos "destruir", simplemente, y todo irá de perillas.) Ese niño, en la noche: —la tormenta no desaparece más, ya no puede irse— y la noche todavía, dura, perdura; durará, exacta, hasta un alba prefijada, sin pausa. La noche, una, completa, sostenida por esos puntitos, por esas basuritas de luz que ni siquiera merecen el nombre de faroles, ¿qué han de merecerlo?, por Dios. Por Dios: la noche, desde todos los rincones de la tierra, hasta todas las otras partes, todos los otros rincones; aquí, en el Camino Maldonado, como en mil distintos lugares. Tan diferente, infinita, múltiple y unitaria, en cada casa y en cada jardín, apoderándose, densamente, de las cosas, continuando, naturalmente, las otras noches:

las otras noches que parecen pegársele, infaustas, hacia atrás, lánguidamente, y que empuian, lánguidamente, el presente, hasta extenderlo, insondable, en toda superficie: no, insondablemente, no te engañes, y si ya no puedes contenerte, poco importa, lamentablemente: tampoco se contiene, lamentablemente, la estatua que dice viajar

contigo, y a la que no ves, ciertamente, aunque sepas que sigue a tu lado, ciertamente; no, no te engañas, y si no te contienes, tanto peor, o tanto mejor; sí, rápidamente, tú corriste, tú fuiste a casa de Claudio y a la Ciudad Vieja, rápidamente; a un cabaret, y te acostaste, inútilmente, con Adela, (inútilmente); había una vez, un actor que viniste a lo de Pepe, y, terriblemente, soñaste, no importa, te pasaron cosas, terriblemente, y te largaste porque no aguantabas más, so pretexto de cumplir un plan en el que no creías; sí, tú corres, vas a lo de Claudio, verdaderamente, y a un cabaret, y no puedes, indudablemente, consumir el acto con Adela, y verdaderamente te vuelves, te vienes a lo de Pepe; corres, también, servicialmente, abominablemente, dulcemente, en la noche única, servicial y abominable; única, una, completa, densa. Sí, en todas partes. Uno se encuentra en la carretera doblemente flanqueada de árboles, —doblemente, que casi no se ve, porque estos faros no dan tiempo a ver, y el coche corre mucho; ni tiempo, a veces, de examinar las chozas u otros edificios menos sólidos; sí: había una vez un actor, un hombre joven (con futuro, decían los colegas que Dios tenga en la gloria), en una república poco accidentada, limitada a una ciudad y un gran arrabal más grande que Inglaterra, y, sobre todo, con muchos traumatismos; un hombre que igual hubiera roto ese futuro, aunque hubiese nacido en un país no sub-desarrollado, porque la marca la llevaba en la frente desde niño claro e íntimo, o bien se la colocaron distraídamente, con alevosa mano y sigilosa, distraídamente, algún día, durante sus días adolescentes, mientras él ni alcanza a imaginarlo. Y ese niño y adolescente que había una vez, ya hombre y actor, terminó preocupadísimo por pisar un acelerador antes de que amaneciera; y entonces ya no le interesaba actuar en teatro ni preparar más futuros: en cuanto a las chozas u otros edificios menos sólidos, la verdad es que estos malditos faros no daban tiempo a verlo todo, y el coche corría mucho; ni tiempo, a veces, de examinar las chozas u otros edificios menos sólidos; no, aquí no ve nada, y tampoco vuelan jazmines,

que yo sepa, aunque el olor se expande dentro del auto. No protestes si vas manejando y el auto no tiene florero ni recipiente alguno; no protestes por los jazmines; en tu ropa, hay jazmines; no te indignes porque te veas manejar aunque vayas manejando; eres tú, ese que ves, y no tienes salvación. Vas a la catástrofe; catastróficamente, ya no te dejarán sentarte, tranquilo, catastróficamente, en la carretera, a ordenar tus ideas en un gran pizarrón; ya no te harán preguntas: ¿quién toca las campanas sin altura? Ya no usarás guardapolvo ni se te ocurrirá pensar en iglesia alguna. Basta. ¿Para qué pisaste el acelerador de esa manera? Bestia. Allí había dos tipos de la Policía Caminera, dormitando junto a un ombú. Se te van a echar encima. ¿Qué campanas ni qué cuerno! Bocinas, son sucesivas bocinas, allá viene el ojo rojo—:

no es un barco, imbécil (de qué remos hablas, quisiera saber; agarra mejor el volante, por favor) es la luz roja del patrullero, y la bocina aúlla que mete miedo. Esta vez no te escapas. Bonito plan. aprendiz de mequetrefe. Apenas quince kilómetros fuera de Montevideo y ya tuviste que llamar la atención, Exhibicionista. No deberías moverte, ahora: ahí estará el secreto. en estos segundos: no moverte. Todo, por la inmovilidad. No hay curvas, por ahora. El acelerador, hasta el fondo: ciento diez kilómetros por hora, marca; más de esto. un auto así, imposible: no dan más, estos armatostes. Las manos firmes sobre el remo. No te muevas. No te agites. No suspires, tampoco. Tu cabeza. No la ladees no te dejes orri-mri. No toques a la estatua. El firmamento no descenderá sobre ti, está muy lejos; aquí sólo hay noche y aire y silencio; noche negra y mojada, y no petróleo seco: atente a las buenas consecuencias. Sigue corriendo en paz y en inmovilidad. No hagas caso del murmullo que se acerca a tus orejas. ¿Huyendo? No. . . no. no. No hay afligidos. no hay rostros que te hagan salir de esta inmovilidad sobre el volante o remo. El limpiaparabrisas funciona bien. Toc — (silencio) toc. Hay que escapar de inoportunos lloros. hay que escapar a la mirada de esa pérfida estatua —toc — (espa-

cio) toc— (no, no sabes el nombre; no la mataste, no. No grites. No, tú, no eres, el responsable, de, este, ese, asunto. Calla. No tartamudees ni ladees la cabeza. Calla. Quédate quieto. Toc — (silencio y espacio) toc. Un mundo, te pesa en los hombros, como si te los oprimieran, como si te los humillaran con fuerza. No, no te muevas; si te movieras, caerías con este auto en la nada, en una nada negra, paciente y cautelosa, limitada y rimbombante. No hagas caso a ese murmullo, a esas voces que te instan a moverte. ¡St! Moverte es morir. Resuélvete a convertirte en estatua, también tú (provisionalmente). Sé paciente. Pacienteeee. ¡Ey! No, no quiero; ¿por qué, paciente? Quiero moverme. Quiero moverme. Aprieto los dos pies, uno sobre el acelerador y otro sobre el freno, y sin embargo no paro, corro, corro; no, no, quiero moverme, quiero salir de aquí, quiero abandonar este auto —qué horrible, este auto, en la, noche, tan, negra— ¿por qué me aprietan los hombros? ¿Qué mano es la que me humilla? No, no me pidan nada. ¿Por qué me piden? ¿Quién suplicaba a Fernando? No quería, oír, voces, no, quería una, mujer, que me hable; y menos, ella, menos esta estatua que no veo; me van a hacer caer del auto, me van a arrancar del volante sin que yo elija el lugar donde perderme. ¡Pero si yo ya elegí! Elegí, sí, lo aseguro. Lánguidamente, insondablemente, elegí; lánguidamente, insondablemente, lamentablemente, ciertamente, elegí; lánguidamente, insondablemente, lamentablemente, ciertamente, rápidamente, inútilmente, terriblemente, verdaderamente, servicialmente, doblemente, provisionalmente y abominablemente, elegí. Digo, que, ya, elegí; no jodan más. No me molesten, les digo que me dejen en paz, en paz, déjenme, déjenmeeee

—Qué. Qué pasa? (Sobresaltado y cubierto de sudor.) No puedo abrir los ojos, y la cabeza me duele; ¿con qué valor voy a levantar los párpados, si ya me gasté todo el valor de que disponía para el resto del mes? Siguen mur-

murándome cosas, en el oído; para qué, si no entiendo. ¿Por qué sigo oyendo voces? ¿Quién me sacude? No, no son voces; es una sola voz, una voz de mujer —oh, no, no, no voy a decir su nombre, es lo último que sacarán de mi. ¿Por qué tiemblo? Qué frío, aquí. Tengo frío pero el auto está cerrado— ¿Dónde está el auto? Caramba. Qué pasa. Mi hombro, no me lo aprietes más.

—¿Qué? (Sin comprender quién es ni dónde se encuentra, sin referencias; incorporándose, tenso, con los ojos cerrados.)

—¿Dónde? (Entreabre los ojos.)

Ví un rostro casi pegado al mío. No me atrevo. (Los vuelve a cerrar, sigue temblando). Tengo escalofríos, debo tener fiebre. Dios mío, ¿me ayudarás, si existes? Es cierto que ella está viva. ¿Es cierto? Voy a mirar de nuevo. ¿Es cierto que estoy en la cama? ¿En casa? La miraré de nuevo, abriré bien los ojos. Pegada a mi. ¿Virginia?

¿VIRGINIA? (Toc-toc. El corazón saltaba, la habitación se llena de latidos—, un fulgor: Virginia.)

La imagen de una mujer vestida de verde, con las manos tendidas hacia él, prometiendo, oprimiéndolo, sosteniéndolo por los hombros, suplicante, casi rozando su cara; como si dijera, por ejemplo, Fernando, ¿qué tienes? Fernando, querido, ¿qué te sucede? Fernando, ¡despierta! Despierta, mi amor, ¡por favor! (¿Qué murmullo? Entre la imagen y él flotaban las palabras y se mezclaban sin que él las apresara a tiempo. ¿Quién estaba enfermo? ¿Por qué despertarlo? ¿Qué querían decir cuando le pedían que despertase? No se puede despertar de estar despierto.) ¡Fernando! (Insistían: soy yo, Virginia.) Fernando, Virginia. ¿Fernando y Virginia?

¿Virginia? (Estaba muerta, la había matado yo mismo.) La estatua pareció encogerse; retrocedió un poco, se apartó. Se levantó y fue hasta una mesita donde una bandeja, junto a un florero con tres jazmines, contenía el desayuno.

Toc-toc. Virginia. (Reclinando la cabeza en la almohada y oyendo, en suspenso, al corazón que todavía no se aquietaba, con las manos aferradas a la sábana, como

si no soltándolas. . . Los ojos de nuevo cerrados. No había que buscar el botón de la luz; alguien la había encendido, ya).

La imagen dejó la mesita y corrió más las cortinas rojas de la ventana que daba al jardín. Estaban en el dormitorio de arriba. Un poco de sol cayó en el entarimado. Exasperantes segundos. ¿Cómo iba yo a tolerar esta escena, en el maldito dormitorio con olor a jazmín? El dolor de la cabeza se volvía insoportable. Grito: ¿qué hora es?

(Las nueve y media. Hace más de diez minutos que estás revolviéndote en la cama y hablando, murmurando cosas ininteligibles. Al final te calmaste, pero después, cuando la imagen te subió el desayuno, te encontró inmóvil, y casi no te oía respirar. Parecías rígido. ¡Le diste un susto! ¿No la oías? Te habló, te gritó. Abriste los ojos una vez sola, hiciste una mueca y los volviste a cerrar).

—Virginia. (¡Virginia! Irrumpe inexplicable alegría.) No la maté. Está viva, no tengo que huir. No la maté, no la maté.

—Yo estaba huyendo. Al final, me perseguían de cerca. Estaba huyendo en un auto prestado.

La imagen trae el desayuno. La imagen de Virginia, la celosa, la que conversa mucho, la que pregunta meses, si es preciso, y con y sin interrogación, a la que hay que responder, frente a quien hay que defenderse, justificarse. Virginia, la degradante. La de cuerpo absoluto —triumfal, que no admite competencias ni de ideas. Virginia la insistente. (Ahora mismo su imagen ha pasado un cuarto de hora tratando de despertarme, más temerosa de no enterarse nunca de lo que soñé que de perderme.) Virginia, escalón por escalón, y yo que siento una vergüenza indomable, —viril, quizá—, pero indomable. ¿Voy a morder, como siempre, cada rincón disponible de mis labios? Voy a morder vergüenza y después tomaré confusas decisiones. Hasta creeré ver claro y me alegraré unas horas, por no haberla matado. Escalón por escalón, voy a seguir mintiendo. Pobre de mi, pobre de mi acosada, marchita, lamentable soledad. Ahí

están otra vez sus ojos humildes, desamparados, y yo harto y transpirando mi pesadilla por todos los miembros;

la imagen sonríe y se sienta al borde de la cama, colocando sobre sus rodillas la bandeja con el desayuno;

y ella cree que es tan simple soñar y luego seguir viviendo; ella cree que para todo hay horas, y que una no cambia a la que sigue; ahora se sueña, después se vive, aquí se sufre y allí se ríe, más allá. . . Ella piensa que todo es sencillo, que se existe por trozos, por fragmentos que no se condicionan necesariamente unos a otros, y ella es alegre, y porque así, con esa bata semiabierta, me domina mejor; con su irresistible cuerpo me empuja; su sexo va a abolir todos los pensamientos—, victoria, victoria. Claro que me costaría desayunar, así; claro que debo dejar el desayuno para más tarde y apartar la bandeja con un largo suspiro, —ahora que el corazón no me salta más—, y tomar la imagen entre mis brazos;

Virginia; qué mundo pulcro, el de la piel; mundo enjugado; qué paciencia en los poros. Y la tersura de la mano, buscando lo que necesita, levantando finas ondas, quietos vientos de fuego; qué contracciones cálidas, casi sin consonantes; las pocas vocales que las pueblan son de aire, y se rompen apenas en los labios, como en dos diques breves; lo que no ha de murmurarse, se oye, sin embargo, en la carne; colinas, cordilleras calientes, montes blancos y blandos; ángel de tibia nieve, montes cerrados y absorbidos como si hablaran los temblores, en ellos, por primera vez; geografía dulcísima que el esqueleto oprime y que tiende a acortarse, a acentuarse, si la mano se demora; imitación del cielo, clave. Ah. No quieras saber. Fernando. Rezonga la boca describiendo manías, repeticiones; protesta un brazo que retiene la mano para mejor ayudarla, no por impedir sus excesos; caen los párpados y se pierden los ojos ensimismados hacia adentro, y ella, ella que pronto se abrirá como corola regular, —ella, jazmina reiterada, habrá de someterse con la sonrisa

quebrada, por fin cerca de un dolor tolerable que corre ya hacia exhausta paz;

adelante, con ella, sí, es fácil, ahora sí que es fácil, sí que dominas a esta exasperante mujer, afuera la bata, quítale la bombacha, aquí, celosa, charlatana, preguntadora, degradante, insistente, aquí, ahora, Virginia, escalón por escalón, adelante, me enderezo, tomo la dirección de la lucha, me apresto a la alegría del jinete, ella se deía hacer, ya, entreabre las piernas, ahora, Fernando, ahora esta intolerable mujer, esta mala estatua, intolerable imagen de mujer, cumplen el rito, sí, ya está, placer, placer, gozar, gozar, gozar, domínala, que concluya esta pasión basta, basta, te odio, te odio, desaparece, evapórate, nunca más, Virginia, nunca más, nunca más, una mano golpea en la bandeja, me haces daño, mi mano golpea en la bandeja;

el cuchillo reluce, el cuchillo para la manteca, con su fina hoja, el cuchillito modesto, irrisorio pero suficiente. Virginia, sí, te odio, basta, basta; ¿hasta cuándo? ahora: su mano, con el cuchillo en alto; la mirada alucinada. Y Virginia eléctrica, inmóvil.

—Déjenme. ¿Qué pasa?

Un árbol crecerá, de pronto, abarcando la noche con sus ramas de cera. Su tronco, más y más inminente, y de la espantosa luz con que los faros querrán devorarlo, surgirá como un gran chasquido, un ruido tormentoso y seco; turbiamente romperán los metales contra el tronco.

El hombre, que empezará a llamarse se llamaba, el hombre que quería ser hasta el final (y hasta más tarde), el actor Fernando Alvarez, se encogerá, rápidamente; como una estatua de goma; inclinará sobre el regazo la cabeza doblegada, que pierde en su temblor los datos,

las relaciones, los recuerdos. Que pierde, sin regreso posible, esta vez, las referencias. Y callarán sus ojos, sus oídos y su boca, abierta a la luna y a la noche húmeda y ya sin lluvia.

Al costado del auto, como un tranquilo latido, una amarilla luz intermitente seguirá indicando la curva que no llegó a tomar.